

¡ Una promesa conduce a
un hombre a los brazos de la
hija de otro y surge una jocosa union
libre que ni siquiera Freud habría soñado !

un Favor muy Especial

Novela de
MARVIN H. ALBERT
basada en un argumento
cinematográfico de
STANLEY SHAPIRO
y **NATE MONASTER**

Llevada ahora al cine
con **Rock Hudson**
y **Leslie Caron**



Lectulandia

ESTRATEGIA SEXUAL:

Situación: Desesperada.

Tácticas: Traicioneras.

Armas: El irresistible atractivo de un soltero, champaña, y luz tenue.

Objetivo: Conquistar a una joven psicóloga francesa, maniobrando hábilmente con sus teorías freudianas.

UN FAVOR MUY ESPECIAL

Un trauma en lucha con el amor.

Un animoso francés sabotea la honra de su hija, contando con un poco de ayuda del extranjero, proporcionada por un americano ardiente.

Lectulandia

Marvin H. Albert

Un favor muy especial

ePub r0.4
elagarde 17.09.13

Título original: *A very special favor*

Marvin H. Albert, 1965

Traducción: Juan Bosco Auriol Ladrón de Guevara

Editor digital: elagarde

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

EN CUALQUIER OTRA PARTE del mundo, habría sido demasiado temprano aquella mañana, para que tuviesen lugar esos acontecimientos; pero no en París, y menos aún estando en plena primavera. Los árboles parisienses estaban llenos de savia, a reventar; el aire de la ciudad crepitaba con la excitante electricidad de la vida, renovándose a sí misma. La atractiva pareja formada por un hombre y una mujer, quienes ocupaban el pequeño y elegante auto deportivo que se acercaba a la acera del frente del tribunal parisiense, parecía estar rodeada por un aura de magnetismo sexual.

Y con la influencia combinada de todos esos factores, no era de admirar el hecho de que, apenas el hombre hubo puesto el freno, su compañera se volvió hacia él con gracia sinuosa, acomodó sus brazos desnudos alrededor del cuello del joven y lo besó apasionadamente en la boca. El hombre se compenetró fácil y naturalmente del espíritu de aquel momento, y colocando las manos sobre los tersos hombros descubiertos de la mujer, le devolvió el beso con la misma pasión y una habilidad digna de encomio.

El individuo que se encontraba en el automóvil era Paul Chadwick, un estadounidense delgado y desdeñosamente guapo, que tenía algo más de treinta años. Su acompañante, poco más o menos de la misma edad, era una francesa bella y voluptuosa, llamada Jacqueline; a pesar de que ya era de día, ella conservaba todavía un traje descotado y ceñido al cuerpo. Además, como se encontraban en París..., y como ya había llegado la primavera..., cuando al fin terminaron de besarse, no se apartaron uno del otro, sino que permanecieron con los rostros muy juntos, mirándose mutuamente a los ojos...

En la acera se encontraba una pareja de clase radicalmente distinta, observando todo aquello con mucho asombro. Dicha pareja tenía un nombre común: señor y señora Rutledge, y formaba un típico matrimonio estadounidense de mediana edad; en otras palabras, ambos habían llegado, desde mucho tiempo atrás, al período en que los dos aceptaban como inevitable el que la esposa saliese triunfante en todas las discusiones.

El estar juntos en París aquella mañana, disfrutando de unas vacaciones de primavera, no cambiaba las cosas para ellos. La señora Rutledge llevaba el mapa de la ciudad, y la actitud permanente de disgusto que es el resultado natural de salirse siempre con la suya. Su marido cargaba con todo el equipo de su cámara fotográfica y el peso agobiador de la humillación, ostentando una actitud constante de aburrida derrota. Resultaba evidente para ambos que la pareja del auto deportivo no formaba un matrimonio.

Aquello era obvio, en primer lugar, porque Paul Chadwick tenía el aspecto de

calmada seguridad que acompaña solamente a los hombres acostumbrados a ser dueños absolutos de su propia vida y de cualquier situación en que se encuentren. Por otro lado, Jacqueline lo miraba con una expresión de felicidad que resultó tan ofensiva para la señora Rutledge, que la consideró casi indecente. En realidad, ninguna pareja de personas casadas se miraría así, ni estaría diciendo las cosas que aquellos jóvenes se decían...

—Es muy difícil creer esto —susurró Jacqueline—. Hace doce horas, yo no sabía siquiera que existías, y ahora... eres el escultor que me dará forma, y yo no soy más que un pedazo de barro en tus manos.

Paul Chadwick sonrió vagamente y sus fuertes dedos acariciaron suavemente los hombros y los brazos de la mujer.

—Siempre me ha gustado trabajar con barro y he modelado vasos, fruteros, ceniceros..., pero nunca había tenido en mis manos algo parecido a ti.

Jacqueline adoptó una actitud de gato mañoso al ser acariciado por su amo.

—Tienes que ir a mi casa esta noche, a hacer la prueba conmigo —cuchicheó.

—Todo depende de lo que ocurra en el tribunal —le dijo Paul, tranquilamente—. Si mi compañía gana el caso, tendré humor para modelar en barro; sin embargo, si perdemos...

Jacqueline le hizo callar, dándole un rápido beso.

—No perderás, querido. Confía en mi infalible intuición femenina.

Paul le acarició afectuosamente la mejilla y descendió del automóvil. Cuando Jacqueline se deslizó para colocarse detrás del volante, recordó algo de pronto.

—¡Querido! —gritó.

Sacó de su bolso de mano una llave que tenía amarrado un pequeño disco de metal, en el cual estaba impreso el nombre y la dirección del hotel en donde Jacqueline se hospedaba.

—Úsala, en caso que llegues a mi apartamento antes que yo, Paul —dijo, arrojándole la llave.

Paul la atrapó en el aire, envió con la mano un beso a la mujer y empezó a subir los escalones para entrar al tribunal, mientras Jacqueline daba vuelta a la esquina.

Cuando ella se perdió de vista, la escandalizada señora Rutledge se volvió hacia su esposo.

—¿Viste eso, Calvin? —preguntó—. ¡Besarse a las nueve de la mañana e invitar, prácticamente, a ese individuo a que pase la noche con ella! No encontrarás mujeres así en Cedar Rapids.

Su esposo asintió tristemente.

—Ni aunque me esforzara mucho por lograrlo —comentó, en tono de queja.

La señora Rutledge lo miró con furia, y Calvin Rutledge, escarmentado, se alejó con ella de aquel lugar, dócilmente; iba más triste, pero no había aprendido nada

nuevo, después de echar un breve vistazo a la vida de Paul Chadwick.

Ya dentro del tribunal, Paul localizó la sala que buscaba y entró en ella. No había espectadores presentes en el juzgado, porque aquél era un aburrido caso de demanda civil. Solamente se encontraban allí los interesados: los abogados de ambas partes. Frente a una mesa se hallaba el abogado principal de la defensa, Michel Boullard, un hombre canoso y notablemente atractivo, que tendría cincuenta y tantos años; René Picard, su joven socio, estaba con él.

El abogado del demandante, Claude Daudet, esperaba ansiosamente cerca de otra mesa, tratando de ocultar su nerviosidad; tenía consigo un legajo de documentos legales. Paul caminó hacia aquella mesa y tomó asiento, saludando jovialmente:

—¡Buenos días, Claude!

El aludido lo miró con considerable alivio y un poco de irritación.

—¿Dónde ha estado usted, Monsieur Chadwick? —preguntó—. He tratado de hablarle por teléfono a su hotel toda la noche, pero me contestaron, una y otra vez, que se encontraba ausente. ¿Acaso usted no duerme nunca?

Paul sonrió.

—¿Qué tipo de hombre pasaría su primera noche en París solo y encerrado en la habitación de su hotel, Claude?

Tercamente, el abogado empezó a decir:

—Le diré qué tipo de hombre... —entonces, hizo una pausa, pensó en el asunto durante un momento, y agregó—: Un anciano muy enfermo o inválido, y cuya esposa le bloquee la salida.

En la otra mesa, el asistente del abogado defensor observó al recién llegado y preguntó en voz baja a su canoso jefe:

—¿Quién es ese hombre que acompaña a Monsieur Daudet?

Michel Boullard echó una mirada a la mesa que ocupaba la acusación y, luego, consultó su cuaderno de notas.

—Paul Chadwick —contestó—. Llegó anoche. Trabaja para la Compañía Petrolera del Norte.

—¿Es abogado?

—No; es lo que los estadounidenses llaman «experto en problemas»: un especialista que se envía para resolver situaciones críticas.

El joven asistente de Michel Boullard rio, confiado.

—La situación de la Compañía Petrolera del Norte ya no tiene salvación: su fin ha llegado. Todo lo que queda servirá para que el juez redacte su epitafio.

En la mesa del demandante, Claude, pesimista, le decía a Paul Chadwick algo muy parecido:

—Todas las pruebas están a favor de ellos. Además, ustedes están demandando a

una compañía francesa, en Francia, y ante un juez francés.

En ese momento, el alguacil de la corte, llamado huissier en Francia, se puso de pie y anunció que el juez iba a entrar en el juzgado.

Claude sacudió tristemente la cabeza cuando se levantó, junto con Paul.

—Hemos cometido un terrible error al permitir que el asunto llegara tan lejos. ¡Este caso debería haber sido arreglado fuera de la corte!

—¡Lo fue! —le informó Paul, con mucha calma, mientras la puerta de la cámara del juez se abría y Jacqueline salía de ella, vistiendo la toga judicial de color oscuro, encima de su traje de noche.

Unos veinte minutos después, el principal abogado de la defensa, Michel Boullard, se detuvo al lado de una fuente que se hallaba en el corredor del tribunal, observando a su asistente, quien echaba agua fría sobre su hinchada mano derecha.

—He sido criticado verbalmente por un juez, en ocasiones anteriores —murmuró el asombrado muchacho—, pero nunca me habían atacado físicamente.

—Deberías hacer sacar una radiografía de esa mano, René —le aconsejó Michel, tranquilamente.

—Pero ¿por qué se puso ella tan furiosa conmigo? Todo lo que hice fue colocar la mano sobre su escritorio y ella me golpeó con el mazo, cuando le explicaba, simplemente, que el estadounidense era un bribón y, además, mentiroso.

Michel Boullard ya no estaba escuchando, porque su atención se había desviado hacia otro lugar del corredor, donde el abogado demandante y el estadounidense «experto en problemas» atravesaban en ese momento una pequeña rotonda.

—¡Es asombroso! —Comentaba por tercera vez Claude con Paul Chadwick, sintiéndose alborozado, aunque continuaba atontado por su inesperada victoria legal—. ¡Jamás comprenderé cómo hemos triunfado!

Paul, imperturbable, no dijo nada.

Sin separarse de su compañero, Claude se detuvo enfrente de una pequeña estatua de la Justicia. Era la figura tradicional de una mujer con los ojos vendados, que sostenía en la mano una balanza. El abogado se la señaló a Paul.

—En este caso, la diosa de la Justicia estaba verdaderamente ciega, Monsieur Chadwick. ¿Qué misteriosa fuerza será la que, en última instancia, inclina hacia un lado esa delicada balanza?

Paul sacó de su bolsillo la llave del apartamento de Jacqueline y la dejó caer en uno de los platillos de la balanza, haciéndolo descender.

Claude, perplejo, frunció el ceño, mirando la llave, y después, a Paul. Sin darle explicación alguna, el estadounidense agitó jovialmente la mano, despidiéndose del abogado, y se dirigió hacia la salida del tribunal de justicia, para hacer los preparativos de su vuelo a Nueva York.

Paul no era el único que había proyectado volar a Nueva York, aquella mañana. También Michel Boullard pensaba realizar ese viaje; sin embargo, durante algún tiempo, después que salió del tribunal, no estuvo seguro de que lograría alcanzar su avión. Su automóvil se descompuso a varias cuadras del juzgado y perdió casi dos horas en llevarlo a un garaje, en encontrar un taxi vacío, llegar a su casa y recoger su equipaje.

Afortunadamente para Michel, el chófer del taxi era un individuo atrevido que tenía el delirio de sentirse un corredor campeón de la carrera del Grand Prix. Hizo que su vehículo se colara entre el enmarañado tránsito parisiense, con temerario abandono, y corrió a la velocidad de un cohete de propulsión a chorro hacia el aeropuerto, manteniendo el acelerador hundido totalmente hasta tocar el piso del automóvil. Michel consiguió abordar el enorme jet, justamente tres segundos antes que despegara.

El canoso abogado sólo había volado en pocas ocasiones y todavía se sentía muy nervioso durante los despegues y los aterrizajes. Una vez que se acomodó en su asiento, junto a la ventanilla, y se abrochó el cinturón de seguridad, Michel se apoyó en el respaldo y mantuvo los ojos fuertemente cerrados, hasta que el avión se encontró volando sobre las nubes, habiéndose perdido de vista el suelo. Entonces, el abogado abrió los ojos, relajando un poco los músculos, y trató de olvidar que iba volando, concentrándose en una emocionante novela que había comprado precisamente para el caso.

Cuando el jet volaba sobre el Atlántico, Michel Boullard ya estaba completamente calmado, pero sus piernas empezaron a entumirse. Se levantó para estirarlas y se dirigió a la sala de descanso. Repentinamente, se detuvo, lleno de asombro.

Paul Chadwick estaba sentado en un diván de la sala, hojeando perezosamente una revista.

Michel titubeó durante un momento; luego, se acercó al estadounidense, diciendo:
—Monsieur Chadwick...

Paul miró, asombrado, al atractivo abogado canoso.

Michel se sentó a su lado y se presentó, con auténtica afabilidad:

—Soy Michel Boullard, su oponente en el caso de esta mañana, ¿recuerda?

—Naturalmente —respondió Paul, estrechando la mano que tenía extendida el francés—. Lamento que haya perdido.

El abogado se encogió de hombros.

—Fue una experiencia para mí —dijo—. Nunca había defendido un caso ante un juez femenino.

Paul pareció darse cuenta de aquel detalle por primera vez, en ese momento.

—Ahora que lo pienso, el juez era una mujer —dijo.

—Muy atractiva, por cierto —comentó Michel—; y, según creo, muy bien formada.

—Es posible —admitió Paul, ingenuamente—. ¿Quién puede decir lo que se oculta debajo de esas togas?

Michel sonrió, tristemente.

—Yo nunca lo sabré, y es evidente que usted, por ser un caballero, jamás lo dirá. —Michel notó la sorpresa que apareció en la cara de Paul, cuando éste se dio cuenta de lo que sabía el abogado, y prosiguió—: Mi caso estaba bien preparado, las pruebas habían sido presentadas en forma apropiada y los procedimientos legales observados escrupulosamente. Como abogado, no pasé nada por alto; pero, como francés, soy una vergüenza para mi nación.

Michel sacó de su bolsillo la llave del apartamento de Jacqueline.

—Usted dejó esto en la balanza de la Justicia, en el tribunal. Debo estar envejeciendo, ya que he permitido que un estadounidense me derrote en esta clase de juegos.

Paul arqueó una ceja, al ver la llave.

—Bueno, ese juego se ha hecho muy popular también en los Estados Unidos, ¿sabe usted?

—Pero ustedes todavía lo practican como aficionados. ¿Cómo se sentiría usted si los franceses derrotaran a un equipo estadounidense de béisbol? —Michel guardó nuevamente la llave en su bolsillo—. Mitigue mi humillación, *monsieur* —suplicó—. ¡Dígame que, al menos, usted es francés en parte!

—No. Lo siento, pero mi madre nació en Gales y mi padre es danés.

—Eso me parece suficiente —decidió Michel—. Muchos de los primeros normandos procedían de Dinamarca, y muchos de los galeses son descendientes de invasores normandos; así que usted debe de tener algo de sangre francesa en las venas.

—Tal vez —concedió Paul.

—¡Positivamente! —Insistió Michel—. No obstante, lo que todavía me molesta es que mi asistente, que es francés del todo, se haya olvidado de informarme que el juez era una mujer joven y atractiva, en tanto que usted no descuidó detalle alguno.

—La situación era crítica —explicó Paul—, y el factor tiempo era esencial. Me apena que usted piense que yo le he sacado ventaja obrando de mala fe...

—¿Está usted dándome disculpas por haber realizado un acto genial? —preguntó Michel, interrumpiéndolo, con una sonrisa amistosa—. ¡Estoy lleno de admiración solamente, Monsieur!

Paul se sintió aliviado y, en cierto modo, conmovido, al ver que el francés hablaba en serio.

—Pocos hombres habrían tomado las cosas con la ecuanimidad de usted,

Monsieur Boullard. En cierto modo, siento que yo le debo un favor.

Al acabar de hablar, sacó una de sus tarjetas de visita y se la entregó a Michel, diciendo:

—Si hay alguna cosa que yo pueda hacer por usted mientras se encuentre en Nueva York, telefonéeme.

—Gracias. Es muy amable de su parte.

Una hermosa azafata atravesó la sala de descanso y colocó una taza de café frente a cada uno de ellos. La joven miró a Paul durante un momento, más de lo necesario, antes de alejarse.

Paul apartó su atención del suave movimiento ondulante de las caderas de la joven y volvió a fijar la vista en Michel.

—¿Es este su primer viaje a mi país? —preguntó.

—Sí; voy a visitar a mi hija.

—¡Ah!

Paul levantó su taza de café..., y se detuvo al ver una llave que se encontraba debajo de ella, en el plato, y que tenía amarrado un pequeño disco metálico, con una dirección grabada en él.

Los ojos de Paul se desviaron de la llave hacia la cocina, donde la bella azafata estaba parada, mirando en dirección al sitio que él ocupaba. La joven sonrió y él le devolvió la sonrisa, asintiendo con la cabeza; así, quedó consumado el arreglo.

Michel, que no había perdido detalle alguno, levantó lleno de esperanza su taza y miró el plato; pero allí no había ninguna llave.

Apesadumbrado, el abogado empezó a abrir un envoltorio de papel celofán que contenía unas tabletas de sacarina.

—¡Ah, juventud! —exclamó—. Usted consigue llaves de apartamentos y a mí sólo me corresponde tomar tabletas.

Ya era avanzada la tarde, cuando el avión aterrizó en el aeropuerto Kennedy, de Nueva York. En cuanto salió del jet, Paul Chadwick atravesó la sala de espera dirigiéndose, sin tardanza, hacia un grupo de teléfonos pegados a la pared, que estaban separados unos de otros únicamente por una pequeña división de vidrio. El joven tomó los receptores de dos teléfonos adyacentes, depositó una moneda de diez centavos en cada uno de ellos y marcó simultáneamente dos números diferentes. Después, alzó los aparatos y se colocó uno en cada oreja.

Pasado un momento, dos voces femeninas distintas dijeron:

—¡Hola!

Paul habló con las dos mujeres al mismo tiempo, diciendo, en ambas bocinas:

—Habla Paul, querida.

—¡Ángel! —susurró una de las muchachas, cuya voz llegó a la oreja izquierda de

Paul.

—¡Cariño! —gritó con deleite la otra, en la oreja derecha del joven.

Paul comenzó a hablar rápidamente por ambos teléfonos, sin dar tiempo a que alguna de sus amigas le contestara:

—No digas una sola palabra, querida. Mi avión acaba de aterrizar. París, sin ti, fue un infierno y solamente pude pensar en la inolvidable hora que pasé contigo, antes de partir. Ahora tengo que detenerme en la oficina para archivar mi informe. ¡Ponte alguna ropa cómoda y espérame!, llegaré a tu casa a cualquier hora de la noche.

Colgó inmediatamente ambos teléfonos, inhaló aire con satisfacción y lo exhaló lentamente. Cuando dio la espalda a los aparatos telefónicos, encontró a Michel Boullard, que tenía su maleta a un lado, en el piso, y una sonrisa de envidiosa aprobación en el rostro.

—¡Dos al mismo tiempo! —Comentó el abogado, con una admiración absoluta—. ¡Ni siquiera Napoleón habría intentado efectuar dos invasiones a la vez!

—Bueno... Ambas viven en el mismo edificio —explicó Paul, con modestia.

—¡Magnífico! Usted debe tener un poco de sangre francesa en las venas.

Paul empezaba a sentirse algo abrumado por la entusiasta apreciación del abogado.

—Sea lo que sea —reconoció, con una mueca parecida a una sonrisa—, hace que mi vida resulte completa y fascinante.

Michel rio y dio un golpecito con la mano en el hombro de Paul.

—Ha sido un placer conocerlo.

—No lo olvide —le recordó el estadounidense, cuando se dieron la mano para despedirse—: si necesita algún favor que yo pueda hacerle, mientras esté usted en Nueva York...

Capítulo 2

MICHEL OBSERVABA a Paul Chadwick alejarse para continuar su «vida completa y fascinante», cuando una voz proveniente de la sala de espera gritó:

—¡Michel!

El abogado se volvió rápidamente y distinguió a un hombre calvo y rollizo, Étienne Parrault, que lo saludaba agitando la mano frenéticamente, en el otro extremo de la sala.

—¡Étienne! —gritó Michel a su amigo.

Caminaron apresuradamente uno hacia el otro, entre la multitud, y se abrazaron con afecto. Eran dos viejos amigos que no se habían visto durante veinte años, desde que Étienne había salido de París para abrir un restaurante especializado en comida francesa en Nueva York. Se estrecharon fuertemente, se dieron palmadas en la espalda y se besaron las mejillas.

Al fin, Michel apartó a Étienne un poco y lo miró, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Déjame mirarte! —pidió—. ¡Ah! No has cambiado en estos veinte años.

Étienne fingió resentimiento.

—¿Cómo puedes decir que yo tenía mi aspecto actual hace veinte años, siendo tu amigo? —preguntó.

Los dos rieron, se abrazaron nuevamente y enjugaron sus lágrimas. Después, Étienne sujetó el brazo de su amigo y empezó a caminar hacia la salida, diciendo:

—¡Vamos! Tenemos que...

—¡Espera! —Le interrumpió Michel—. Déjame mi maleta cerca de las casetas telefónicas.

Mientras regresaban tomados del brazo hacia donde estaban los teléfonos, Étienne preguntó:

—¿Qué opinas de los Estados Unidos?

—Son desconcertantes.

—¿Tan pronto crees eso?

—Pues... Verás... Étienne: siempre he oído decir que el hombre estadounidense es ineficaz y débil, y que está completamente dominado por la mujer.

—Es cierto —le aseguró su amigo—. Así son las cosas en este país.

—¿Sí? —Replicó Michel, sacudiendo la cabeza con incertidumbre—. He conocido a un individuo llamado Paul Chadwick, cuya actitud me hace difícil el creer que me encuentre en esos Estados Unidos de los que tanto he oído hablar.

Para entonces, ya habían llegado a las casetas de teléfonos y Michel recogió su maleta. Estaban a punto de alejarse de allí, cuando atrajo su atención la voz de un joven que hablaba alborozadamente por teléfono.

—¡Hola, Martha! ¡Soy yo, Ralph! El avión acaba de aterrizar, y estaré allá dentro

de media hora —dijo.

Escuchó la voz que provenía del otro extremo de la línea y la alegría desapareció de su cara.

—Pero..., ¡han pasado siete semanas! —protestó—. ¿Te duele la cabeza...? ¿Quieres que pase la noche en un hotel?

Desanimado, el joven dijo:

—¡Está bien, Martha! Sí, querida... Pero, añoraba... ¡Después de todo, eres mi esposa!

Michel miró a Étienne, y asintió.

—¡Ah! —suspiró—. Ahora sé que estoy verdaderamente en los Estados Unidos.

Su amigo sonrió y lo condujo fuera del edificio hasta su automóvil. En el trayecto, Michel le confió que cada vez se sentía más nervioso al pensar en su inminente encuentro con su hija. Étienne hizo cuanto pudo para calmar los temores del abogado, pero sin obtener gran éxito.

—Tal vez debería telefonarle primero —musitó Michel, mientras Étienne enfilaba en su auto hacia Manhattan—. Quiero decir que..., este... No me parece cosa fácil, después de todo este tiempo. ¿Cómo puede uno presentarse ante su hija, a quien no ha visto en casi veinte años, y saludarla?

Étienne no encontró dificultad alguna.

—Puedes decirle, simplemente: «Permítame presentarme» —explicó.

—¡No seas tonto! —Repuso Michel—. Esa frase solamente resulta adecuada si uno trata de vender algo a la persona que lo recibe; pero ella es mi pequeña, la niñita a quien yo solía arrojar al aire, jugando.

—Bueno; juega con ella arrojándola al aire.

Michel dirigió una mirada de reproche a Étienne, pensando que aquél no era momento para bromas.

—¡Veinte años...! Ni siquiera podré reconocerla. ¿Cómo pude dejar pasar tanto tiempo?

Étienne trató de aliviar el sentimiento de culpa que abrigaba Michel al respecto.

—Fue su madre quien te abandonó para traerla a este país —indicó—; después, sobrevino la guerra, y luego, los años que tú pasaste en el Medio Oriente.

Sin embargo, Michel no lo escuchaba porque estaba muy ocupado cavilando.

—Al principio, le escribía diariamente: luego, lo hice cada semana; después, cada mes y, finalmente, acabé por enviarle tan sólo un regalo de cumpleaños y tarjetas de Navidad. Para mi hija, yo soy solamente una persona de quien recibe noticias dos veces al año.

—Todo resultará bien —afirmó Étienne, consolándolo—, y esta noche, ustedes dos irán a mi restaurante, donde todos juntos celebraremos tu regreso. Beberán champaña, hablarán acerca de todos estos años perdidos, y sus recuerdos los harán

reír.

—¡Estoy muy nervioso! —Exclamó Michel—. Me parece la misma situación de la noche en que Lauren nació. Todavía pienso en ella como si fuera una pequeñuela, aunque ha dejado de serlo, ya que ahora es toda una mujer.

Étienne sacó una pequeña tarjeta del bolsillo y la entregó a Michel, diciendo:

—Ésta es su tarjeta. Vas a sentirte orgulloso de ella. Es muy joven para ser una prominente psicóloga.

Michel, pensativo, miró la tarjeta.

—¿Dices que sigue soltera?

—Su educación y el formarse una buena clientela le han quitado casi todo el tiempo —indicó Étienne, reduciendo la importancia de la soltería de Lauren Boullard.

—Pero ya casi tiene treinta años...

—¡Bah! Supongo que continúa buscando al hombre que más le conviene.

—Generalmente, cuando una joven de dieciocho años busca al hombre ideal, lo encuentra cerca —afirmó Michel, filosóficamente—; pero a los treinta, cuando la mujer busca, lo único que se le acerca es su cuadragésimo cumpleaños.

El abogado continuó mirando, pensativo, la tarjeta de su hija mientras el automóvil lo introducía en el corazón de Manhattan. El vehículo de Étienne avanzó lentamente debido al intenso tránsito. Finalmente, Michel bajó de él, delante de un moderno edificio médico. Después de dirigirle algunas palabras de estímulo, Étienne se alejó rumbo a su restaurante. El abogado penetró en el edificio, consultó la tarjeta que llevaba en la mano y tomó un ascensor para subir al sexto piso. Al llegar, caminó nerviosamente por el corredor hasta que encontró la puerta que buscaba, y permaneció mirándola durante unos momentos mientras guardaba la tarjeta en el bolsillo.

En ella estaba impreso: «Lauren Boullard. Psicóloga».

Y debajo de aquello, en letras pequeñas: «Terapia de Grupo».

Michel recorrió con la yema de los dedos el letrero del nombre de su hija, saboreando aquel momento. Se enderezó la corbata y se estiró la chaqueta, porque deseaba causar una buena primera impresión, y se peinó el plateado cabello con la palma de la mano. Finalmente, abrió la puerta y entró a una pequeña sala de espera.

Había un escritorio destinado a una recepcionista, junto a una puerta interior, pero nadie lo ocupaba. La única persona que se encontraba en aquella sala era un hombre joven, alto y delgado, cuya cara alargada parecía conservar siempre una expresión de disculpa. Michel le hizo una ligera inclinación de cabeza y se sentó en una silla cercana, mirando, temeroso, la puerta cerrada.

Un momento después, el joven se inclinó hacia él y le dijo, casi susurrando:

—La doctora está adentro, en su oficina. No se preocupe: usted será quien pase en seguida, ya que yo no vengo a consultarla, ¿sabe?

—¡Ah!

—Yo soy Arnold Plum —anunció con orgullo el joven—, su novio.

Michel lo observó, aceptando lentamente el hecho de que estaba mirando a su futuro yerno, y en cierto modo, aquello no le resultó agradable. Arnold Plum parecía ser un muchacho bastante simpático; sin embargo...

—¿Van a casarse usted y la doctora?

Arnold sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como ella pueda acomodar nuestra boda entre sus compromisos.

La reacción de Michel ante aquella aprobación poco viril fue tan evidente, que Arnold se apresuró a dar explicaciones.

—Es una mujer muy ocupada —señaló la puerta que conducía a la oficina interior, y agregó—: Justamente ahora está elaborando algunas notas para una conferencia y no puedo decirle con certeza cuánto tiempo va a permanecer dentro de ese cuarto. Yo he estado esperándola durante casi una hora.

—Usted ha estado... —repitió Michel, lentamente.

—¡Sí! —Admitió Arnold; consultó su reloj, y añadió—: Esperaremos diez minutos y, después, toseremos.

—¿Toseremos?

—Para hacerle saber que estamos aquí.

El joven se acercó más todavía a Michel, mostrándose ansioso por hacer un trato.

—Si ella sale enojada —susurró—, no le revelaremos quién de nosotros tosió.

Michel examinó a aquel hombre que estaba completamente dominado, aun antes de haberse casado.

—¿Por qué habría de enojarse? —preguntó.

—Porque nadie debe molestarla cuando está trabajando. Ésa es una de las cosas en que convinimos al comprometernos; eso... Y el no tener hijos.

Hasta entonces Michel había estado molesto; pero aquello lo horrorizó.

—¿No tendrán hijos? —preguntó.

—Ella tiene que pensar en su carrera, ¿comprende? —Respondió el joven—. Apenas le alcanza el tiempo para atender todos los asuntos que se le presentan.

—¡Pero, alguien debe tener hijos! —Replicó Michel, con frialdad—. Desgraciadamente, usted no puede tenerlos.

Arnold asintió, aceptando con solemnidad que aquello era una desgracia.

—Sí —dijo—; eso resolvería muchos problemas.

Michel empezaba a sentirse cada vez más infeliz e indignado, cuando la puerta interior se abrió de pronto. Una mujer hermosa, delgada, cuyo cuerpo estaba deliciosamente torneado, y que tenía unos enormes ojos oscuros y una boca adorable que denotaba resolución, salió de la oficina: era Lauren Boullard.

Arnold Plum se puso en pie de un salto, nerviosamente. Michel se levantó con lentitud, devorándola con la vista, emocionado. Por fin se encontraba en presencia de la mujer a quien había visto por última vez como una niña. Para el abogado, aquél era un momento desconcertante.

Lauren miró a Arnold y dijo, con tono de absoluta indiferencia:

—Creí oír que había alguien aquí.

El joven, asustado de muerte por el hecho de que la psicóloga pudiese estar disgustada, y deseoso de evitar que lo culpasen por haberla interrumpido, levantó rápidamente un dedo acusador hacia el canoso abogado.

—¡Fue él quien tosió! —dijo.

Tranquila, Lauren se volvió a su padre.

—Si usted quiere concertar una cita, espere a mi recepcionista; regresará pronto —le informó.

Después, fijó nuevamente su atención en Arnold, quien estaba terriblemente inseguro al verse enfrente de aquella mujer y buscaba desesperado su aprobación. Michel observó, con espanto, cómo su hija procedía tranquila y casi efectivamente, sin demostrar emoción alguna, a aniquilar la virilidad de su futuro esposo.

—Terminaré en diez o quince minutos, Arnold —dijo.

—Conseguí boletos para ir al teatro esta noche —balbuceó el joven, ansioso de complacerla y sacando del bolsillo orgullosamente dos boletos y sosteniéndolos en alto—. Presentan una magnífica revista musical. Todos los críticos han dicho que esa será la mejor obra que se presentará en Broadway, durante esta temporada.

Lauren echó una mirada al nombre de la obra, impreso en los boletos, e hizo una mueca.

—Algunas veces dudo de la opinión de los críticos —dijo.

—Cometen un error tras otro —convino Arnold al momento, abandonando automáticamente su posición—. Devolveré estos boletos y conseguiré otros dos para ir a ver una obra cuya calidad conozco, como..., como...

Miró a Lauren para tomar su decisión.

Ella le dio la idea.

—Hamlet —dijo.

—Como Hamlet —decidió enfáticamente Arnold—. De todas maneras, esa obra se está representando cerca del restaurante que escogí. Hice reservaciones en el Triánón, porque allí preparan unos magníficos filetes.

—El cocinero siempre los fríe demasiado.

Arnold abandonó nuevamente su posición.

—Tienes mucha razón, Lauren —afirmó—. Él hace lo mismo en todas las ocasiones. Además, hay muchos otros establecimientos para cenar, como..., como...

—«El Trovador».

—¡Sí! ¡Como «El Trovador»! Les hablaré ahora mismo por teléfono.

Lauren miró la cabeza de Arnold Plum.

—Veo que te hiciste cortar el pelo —dijo.

—¡Sí! —respondió el joven, sonriendo, en espera de su aprobación.

La psicóloga siguió observando su cabello durante un momento, y luego, habló, con voz suave:

—¿Por qué permitiste que te hicieran eso?

La cara de Arnold se demudó.

Lauren prosiguió, demostrándole tierno interés:

—Ya sabes que, cuando te recortan demasiado a los lados, tu cabeza parece angosta.

—Yo le indiqué al barbero cómo te gustaba. Se suponía que él haría un buen trabajo.

Lauren estudió el corte de pelo desde otro ángulo y se encogió ligeramente de hombros.

—Supongo que, analizando bien las cosas, no se le podía pedir más —la mujer estiró la mano y sacudió las hombreras del saco de Arnold—. No has usado el cepillo para la caspa que te compré.

—Lo olvidé —admitió el joven, humildemente.

—Para terminar, cariño, no laves ese traje azul esta noche.

—Sí, querida.

Lauren le acarició afectuosamente la mejilla y regresó a la oficina interior, cerrando la puerta tras de sí.

Arnold exhaló aire lentamente y se volvió a Michel.

—¿Verdad que tiene personalidad? —preguntó, orgulloso—. Le apuesto que no esperaba usted que fuese así.

—No, no lo esperaba —contestó el abogado, tranquilamente, meditando en la ejecución pública que acababa de presenciar—. Dígame: ¿por qué no puede usted usar el traje azul esta noche?

—Porque eso acentúa mi mala postura. Tengo los hombros sumamente redondos, ¿ve usted? Ella advirtió ese detalle en nuestra primera cita y me aconsejó lo que debería yo hacer.

—Usted es un hombre afortunado: pudo haber pasado su vida sin enterarse de eso.

—Es verdad. Y si no fuese por Lauren, no usaría yo estos zapatos correctivos.

Arnold levantó un pie para enseñarle a Michel el tacón de su choclo.

—Ella hizo forrar con plomo la parte externa de todos mis zapatos, para proporcionarme equilibrio.

—Ha hecho muchas cosas por usted.

—Así es, ciertamente —convino Arnold—. Yo era un desastre... Y la parte verdaderamente triste del asunto es que nunca lo supe, hasta que la conocí. Lauren tuvo que indicármelo.

Arnold se dirigió al escritorio de la recepcionista, buscó el número telefónico del restaurante «El Trovador», en el directorio, y lo marcó.

—¡Hola! —dijo el joven, cuando le contestaron, adoptando repentinamente un tono de voz autoritario—. Quiero una mesa para dos, esta noche. Llegaremos a las siete y media... En el rincón que está junto a la chimenea... ¿De parte de quién? ¡De la doctora Lauren Boullard!

Michel se espantó al darse cuenta de que aquel hombre había perdido su propia identidad tan completamente, que necesitaba utilizar el nombre de Lauren para causar impresión.

Sin embargo, Arnold parecía no advertir aquello. Colgó el teléfono con una mirada de satisfacción y dijo:

—Es preciso mostrarse firme con esos capitanes de camareros.

Consultó su reloj.

—Será mejor que me vaya a casa para cambiarme. Me alegra el haberlo conocido, señor.

Michel asintió con la cabeza, diplomáticamente, y miró salir a Arnold. Después, caminó hacia la puerta del despacho interior, levantó la mano para llamar... y quedó paralizado, con la mano en el aire.

Un rato después, la bajó, se dio vuelta y salió de la oficina.

Las sombras del crepúsculo caían sobre las calles de Manhattan, cuando el taxi en que viajaba Michel llegó al restaurante de Étienne. El abogado entró en el establecimiento, encontró a su amigo en la cocina y procedió a contarle toda la horrible historia.

—Así, salí sin llamar a la puerta —concluyó, tristemente—. No pude encararme con ella así como así. Estaba asustado y no me sentí capaz de decirle que soy su padre. Esas cosas no pueden hacerse con mujeres como ella. Lauren me habría respondido, simplemente: «¡Muy bien! Déjeme usted su nombre y número de teléfono. Si alguna vez necesito un padre, lo llamaré».

Étienne trató de calmar a su viejo amigo.

—¿Quién sabe? Pudo haberse echado a llorar, o haberte estrechado en sus brazos, o haberte besado...

—Y me habría indicado que necesitaba afeitarme.

No... Yo presencié lo que le hizo a su novio; fui testigo, en su oficina, de la destrucción de un hombre. Lauren lo hizo pedazos, desde la punta de su angosta cabeza hasta la de sus zapatos forrados de plomo. Cuando ella lo reconstruya, ¿qué

será él?

—El marido estadounidense ideal.

Michel sacudió la cabeza, con absoluta perplejidad.

—¿Por qué no protestan esos hombres? ¿Por qué no abandonan a sus esposas?

—¿A dónde irían? ¿A caer en manos de otras mujeres estadounidenses? ¿Le sirve de algo a un prisionero el cambiar de alcaides?

—Nunca debería yo haber permitido que la madre de Lauren la trajera a este país —gimió Michel—. ¡Ojalá pudieras ver lo que ha escogido como esposo! Ese tipo es un gusano, un sapo, un individuo que tendrá que solicitar una audiencia para acostarse con ella.

Étienne asintió, compadecido.

—¡Es trágico! —Comentó—. En los Estados Unidos no se practica el sexo como algo normal, sino como un delito.

Mientras más pensaba Michel en Arnold Plum, más enojado se sentía.

—¿Cómo pudo escoger mi hija a un hombre así, un sujeto cuyo único remordimiento se debe a que él no puede tener hijos!

—Eso sería algo verdaderamente difícil —admitió Étienne.

Michel hizo una mueca.

—Cuando lo conozcas, dejarás de desechar esa posibilidad —replicó.

—Según lo que me has contado de él, ese hombre tiene un grave problema, en verdad.

—No; es mi hija quien tiene problemas, y ha encontrado el lugar más seguro para ocultarlos: la oficina de un psicólogo. Es más: ni siquiera se encuentra allí como paciente, sino como doctora.

Étienne lo miró con el ceño fruncido por el descontento.

—No comprendo, Michel.

—Permíteme que te lo explique: Si un tipo comete desfalcos, ¿trabaja en la oficina de un hombre que esté desfalcado? ¡No! Tomará un empleo en un banco.

—Ciertamente.

—Pues bien, lo mismo ocurre con mi hija. En la oficina de psicóloga que tiene, ella puede enfrascarse en la lectura de los libros de Freud, Adler y Jung, pronunciar algún pequeño sermón acerca de la vida y el amor, enfrente de sus indefensos pacientes, y regresar a ocultarse tras de los *textos*.

Étienne puso amablemente la mano en el hombro de su amigo.

—No puede ser tan grave su caso.

—Pero lo es —le aseguró enfáticamente el abogado—. La miré a los ojos, Étienne, y descubrí en ella a una solterona de treinta años, una muchacha con el estado de ánimo de una doncella anciana.

—¿Estás seguro?

—Sí, y mucho —afirmó Michel, con gravedad—. Soy un hombre que comprende a las mujeres, Étienne; eso ya lo sabes. Te aseguro que mi hija es una muchacha que nunca ha disfrutado de la vida.

Étienne suspiró.

—¡Qué tragedia para un padre francés!

—Y precisamente yo, su padre, soy el culpable de eso —se acusó Michel.

Sin embargo, el abogado no era hombre de los que permanecen estrujándose las manos ante una tragedia. Era un hombre de acción y había estado pensando, profundamente, desde que había salido de la oficina de Lauren, en la solución que requería aquel asunto.

—Solamente hay una forma de que yo arregle el daño causado por todos estos años en que he descuidado a mi hija. Ya no puedo comprarle muñecas ni juguetes, porque ha dejado de ser una niña. Únicamente existe un obsequio adecuado para Lauren: el goce de su cumplimiento como mujer. Eso es lo que le debo, por ser su padre.

—Así es —convino Étienne, pensativo.

—No puedo permitir que una bella rosa, como Lauren, se marchite sin haber sentido el calor del sol.

—Pero, una rosa de treinta años de edad no es fácil de deshojar, amigo mío —indicó Étienne—, porque tiene demasiadas espinas. Vas a necesitar a un jardinero muy diestro.

—¡Precisamente! —Admitió Michel—. Para esto se requiere un hombre extraordinario.

—Sí. Uno de infinita fineza... ¡Será muy difícil localizarlo! Además, un individuo así tendrá tantas mujeres rogando por sus atenciones, que no se interesará en desperdiciar su tiempo con un problema como el de Lauren.

Se miraron tristemente, durante un rato.

De pronto, Michel recordó algo.

—¡Sí está disponible un hombre así, amigo mío!

Étienne se alegró.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Lo haremos venir de Francia, en avión, inmediatamente!

—No hay necesidad —replicó lentamente Michel—. Él es estadounidense.

Étienne rio, burlonamente.

—¡Estás bromeando, Michel! —dijo—. Para llegar a la luna, puedes confiar en un norteamericano; pero, para llegar al corazón de una mujer, debes depositar tu fe en un francés.

—El genio no tiene nacionalidad, Étienne —repuso el abogado—; y en esto, incluyo a un genio en el arte de amar.

Michel metió la mano en el bolsillo, extrajo la tarjeta que le había dado Paul Chadwick y la contempló afectuosamente.

Recordó las palabras de despedida del estadounidense: «Si necesita algún favor que pueda yo hacerle...».

Capítulo 3

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Michel calculó la hora de su llegada al edificio de apartamentos de Paul Chadwick con mucho cuidado. Se presentó bastante tarde para asegurarse de que Paul ya estaría levantado, y suficientemente temprano para tener la certeza de que no habría salido a trabajar todavía. Al salir del ascensor, en el quinto piso, vio el número del apartamento que buscaba, al otro extremo del corto pasillo.

Iba a la mitad del corredor, cuando se abrió la puerta del apartamento de Paul. Una joven adorable y elegantemente vestida salió, llevando una sartén, un cuchillo y un tenedor en una mano, y en la otra, una pequeña cacerola. Cuando la puerta se cerró atrás de ella, la mujer caminó lentamente por el corredor y pasó junto a Michel, sin mirarlo, porque tenía la vista fija hacia el frente, casi como si estuviera en trance.

El abogado volvió la cabeza y la vio entrar en el ascensor. Luego, con el ceño ligeramente fruncido, caminó hacia la puerta de Paul y llamó.

Paul Chadwick estaba anudándose la corbata cuando acudió a abrir la puerta. Sorprendido al ver a Michel, alzó un poco las cejas y exclamó:

—¡Señor Boullard!

Luego, su expresión de asombro cedió el lugar a una amistosa sonrisa.

—¡Entre! A quien menos esperaba ver a esta hora de la mañana, era a usted.

—Espero no molestar...

—¡De ninguna manera! Simplemente me estoy vistiendo para ir a mi oficina, pero no hay prisa alguna. No tengo que presentarme allí hasta dentro de una hora.

Michel penetró en la estancia del apartamento y echó una mirada en torno suyo. Era tal como él había pensado: grande, cómoda y apropiada para un hombre. Cuando Paul cerró la puerta, el abogado lo miró con curiosidad.

—Esa mujer que acabo de ver salir... —dijo.

—¡Oh, es Elizabeth! —Explicó Paul, sin darle importancia—. Viene todas las mañanas a prepararme el desayuno.

—¿Trae sus propios utensilios de cocina?

—Sí... Dice que no quiere que los huevos que me prepara toquen una sartén que no sea suya.

—Extraña devoción —musitó Michel—. ¿Quién es ella?

—Elizabeth, simplemente. Sólo conozco su primer nombre. Ella se presentó en mi puerta hace años, y, desde entonces, no ha fallado un solo día.

—Como un peregrino rindiendo homenaje a su deidad —murmuró Michel, reflexivamente—. Extraña...

Unos golpes que sonaron en la puerta lo interrumpieron. Paul abrió. Una mujer delgada y de aspecto digno, que vestía un abrigo de visón, estaba en el umbral. Dedicó una sonrisa a Paul y susurró:

—Buenos días.

—¡Buenos días, Sandra! —respondió amablemente Paul.

Recogió un pequeño bulto de ropa sucia y lo entregó a la mujer, diciéndole:

—Aquí tienes.

—Te los devolveré el jueves en la mañana, muy temprano —contestó la joven.

—¡Gracias!

Paul cerró la puerta, se fijó en la mirada de asombro de Michel, y le explicó, tranquilamente:

—Ella se encarga de mi servicio de lavandería.

El abogado siguió mirándolo fijamente.

Paul se encogió de hombros, con gesto de impotencia.

—Insiste en hacerlo.

—Me siento como si hubiese entrado en un santuario —dijo Michel, con sincero asombro—. Soy como un peregrino que ha llegado a la Meca, después de un largo viaje.

Paul rio y señaló con la mano una mesa que estaba junto a un gran sofá forrado de piel.

—Cuando vaya a salir —dijo—, puede dejar sus ofrendas en ese cenicero — luego, movió la cabeza hacia una cafetera, que se hallaba en una mesa cercana—. ¿Quiere un poco de café? —preguntó.

—¡Gracias!

Michel se acercó al comedor y sacó una taza y un plato.

—¿Cómo está su hija? —preguntó diplomáticamente Paul, mientras anudaba su corbata.

Michel vertió café en la taza, abordando el tema indirectamente.

—Monsieur Chadwick —comentó—, hace muchos años, en mi juventud, hice una cosa muy estúpida, porque quería saborear todos los placeres de la vida: ¡me casé!

Paul sonrió, comprensivo.

—Muchos hombres buenos se han asfixiado solos por haber hecho eso.

Michel tomó un sorbo de café.

—Mi mujer era estadounidense; era una mujer excitante, atractiva, hermosa. El nuestro fue un matrimonio ideal..., hasta que salimos de la iglesia en donde nos casamos.

—Disfrutó usted de tanta felicidad como podía esperarse para un hombre cualquiera —comentó Paul, sabiamente, y terminó de anudarse la corbata.

—Estaba lloviendo —prosiguió Michel, recordando el día de su boda—. Su traje de novia se mojó y, en cierto modo, ella me hizo sentir que había fallado en mi primer acto como esposo, puesto que había permitido que lloviera.

—Así que perdió la confianza en usted, ¿eh? Es lógico... Si no podía detener un simple aguacero, ¿qué habría hecho usted, en caso de haberse presentado un terremoto?

Paul entró en su recámara y seleccionó un par de mancuernillas.

Michel lo siguió hasta el umbral de la puerta y se quedó parado allí, observando a Paul ponerse las mancuernillas, en tanto que continuaba la narración de su vida de casado:

—Seguí fallando, cada vez que ella necesitaba más de mí. Y, naturalmente, por tratarse de una esposa norteamericana, nunca descuidó el informarme de cada fracaso. Por ejemplo: ¿dónde me encontraba cuando el piloto de la estufa se apagó? ¿Y cuando su automóvil se quedó sin gasolina? ¿Y por qué estaba yo en mi oficina, cuando se tapó la tubería?

Paul movió un dedo acusador, reprendiendo al abogado:

—Muchos hombres buenos se han asfixiado solos por haber hecho eso.

Michel tomó un sorbo de café.

—Mi mujer era estadounidense; era una mujer excitante, atractiva, hermosa. El nuestro fue un matrimonio ideal..., hasta que salimos de la iglesia en donde nos casamos.

—Disfrutó usted de tanta felicidad como podía esperarse para un hombre cualquiera —comentó Paul, sabiamente, y terminó de anudarse la corbata.

—Estaba lloviendo —prosiguió Michel, recordando el día de su boda—. Su traje de novia se mojó y, en cierto modo, ella me hizo sentir que había fallado en mi primer acto como esposo, puesto que había permitido que lloviera.

—Así que perdió la confianza en usted, ¿eh? Es lógico... Si no podía detener un simple aguacero, ¿qué habría hecho usted, en caso de haberse presentado un terremoto?

Paul entró en su recámara y seleccionó un par de mancuernillas.

Michel lo siguió hasta el umbral de la puerta y se quedó parado allí, observando a Paul ponerse las mancuernillas, en tanto que continuaba la narración de su vida de casado:

—Seguí fallando, cada vez que ella necesitaba más de mí. Y, naturalmente, por tratarse de una esposa norteamericana, nunca descuidó el informarme de cada fracaso. Por ejemplo: ¿dónde me encontraba cuando el piloto de la estufa se apagó? ¿Y cuando su automóvil se quedó sin gasolina? ¿Y por qué estaba yo en mi oficina, cuando se tapó la tubería?

Paul movió un dedo acusador, reprendiendo al abogado:

—Un marido estadounidense jamás estaría en su oficina al taparse la tubería, sino que saldría corriendo hacia su casa, para compartir aquella pena con su mujer. Eso es lo que se conoce como «unión».

—Y luego, cierta noche, cuando estábamos en un restaurante disfrutando de una deliciosa cena, mi esposa echó todo a perder repentinamente.

—¡Se les apareció allí!

—¿Cómo supo usted que yo estaba con otra mujer?

—Usted dijo que disfrutaban de la cena —explicó Paul, simplemente.

—Solamente era un amorío inofensivo —continuó Michel—, y yo traté de explicárselo así a mi mujer; pero todo lo que ella hizo fue quedarse parada enfrente de nosotros y exclamar: «¡Ajá!». De nada me habría servido darle un millón de excusas...

—¡Naturalmente! —Convino Paul—. Una esposa estadounidense no acepta excusas.

—Si mi mujer hubiera sido francesa, la cosa habría sido diferente: ella podía haberme hecho una escena de celos por haberme encontrado con otra mujer, podía haber gritado o haberme golpeado, inclusive; pero después, al llegar yo a casa, la habría hallado deshecha en lágrimas y envuelta en un *négligée* nuevo y seductor.

—Lo siento, amigo, pero mis compatriotas no actúan de ese modo.

—Efectivamente —aceptó Michel, con amargura—. Todo fue distinto con mi mujer, pues cuando llegué a casa esa noche y llamé a la puerta de la recámara...

—... ¡Encontró usted a su mujer con su abogado!

Michel asintió.

—Y con un agente de viajes —completó—. A la mañana siguiente, ella y la niña volaron a los Estados Unidos. Finís. No volví a ver a mi hija, hasta ayer.

Hizo una pausa, y luego, sacó a relucir, por fin, el problema.

—Monsieur Chadwick —dijo—, mi hija ha resultado ser exactamente igual que su madre.

—¿Quiere usted decir que recibió una bienvenida más afectuosa de la Estatua de la Libertad que de ella?

Michel abrió los brazos, solicitando de Paul una explicación de todo aquello:

—¿Cómo adquirió esta actitud la mujer estadounidense? —preguntó—. ¿Dónde principió todo?

Paul eligió una chaqueta de su guardarropa y se la puso.

—El problema se inició con los inmigrantes que llegaron en el Mayflower, cuando éste atracó en la Roca de Plymouth. Entonces, el primer marido estadounidense dio ayuda a su esposa para que saliera del barco, y ella dijo: «Pudimos haber ido a cualquier lugar del mundo, ¡pero tú tenías que traerme a un sitio salvaje y primitivo como éste!». Ésa fue la primera queja que se pronunció en suelo americano en aquella ocasión; el hombre cometió su primer error: pidió disculpas.

—Ya comprendo. Le dio una disculpa... cuando debería haberle dado una

bofetada.

Paul asintió.

—Debió haberla bajado a golpes de la Roca.

Extendió los brazos a su alrededor, como si tratase de abarcar la recámara.

—Si él hubiera tomado una posición firme sobre aquella húmeda roca —sentenció—, no tendría que luchar por su vida todas las noches, aquí.

Michel abrió los ojos, asombrado.

—¿Realmente anda tan mal la cosa? —inquirió.

—Puedo asegurarle que sí —respondió Paul—. La alcoba es como un perfumado campo de batalla. Cada mañana, salen de esta arena el vencedor y el vencido. —Paul movió la cabeza hacia la cama—. Hay más víctimas aquí en una sola noche, que accidentes de tránsito en todo un año. El desarme mundial debería principiar en las alcobas.

Una vez que hubo terminado su discurso, Paul Chadwick miró su reloj y regresó a la estancia.

Michel lo siguió, diciendo:

—Usted posee una gran comprensión, por eso he venido a hablarle. Monsieur, soy un padre cuya hija se ha convertido en una solterona... ¿Sabe usted lo que eso significa?

—Seguro. —Paul sonrió cínicamente—. Eso significa que cualquier hombre que pueda correr, caminar o arrastrarse debería esquivarlo.

Michel fingió no haber oído aquel comentario.

—Cuando una muchacha de dieciocho años posee cierto candor e inocencia, su padre la contempla con alegría; luego, a los veintiún años, el hombre sigue estando contento, pero un poco preocupado. Sin embargo, cuando la joven cumple veinticinco años, su padre deja de sonreír.

—Sí; entonces la situación se vuelve siniestra —comentó Paul, abriendo su portafolios para efectuar una revisión de último momento de los documentos que guardaba.

—Pero, cuando la hija va a cumplir treinta años —concluyó Michel—, ¿qué hace un padre?

Paul cerró su portafolio, mientras respondía:

—Se pone a rezar, porque no le queda nada más por hacer.

—Se equivoca usted. Hay una esperanza: un hombre —dijo Michel, e hizo una pausa para conseguir un efecto dramático y también para disponer de unos segundos, a fin de decidir cuál sería el mejor método de ataque.

El ahogado sabía, por experiencia propia, que pocos hombres podían igualarlo en el arte de la persuasión. El éxito dependía, en absoluto, de seleccionar exactamente el acercamiento correcto para cada víctima particular de sus poderes persuasivos.

Michel decidió probar primero la adulación.

—Aun ahora, un hombre podría ayudar a mi hija; pero tendría que ser un individuo muy especial: mundano y sofisticado. Un hombre que supiera inducirla suavemente a una aventura romántica, a un interludio emocional, de cuyo fuego nacería una mujer. Sin embargo, es difícil encontrar un hombre así...

—No me encontrará —dijo de pronto Paul—, si me da usted diez minutos de ventaja —y en seguida, recogió su portafolio y se dirigió hacia la puerta—. Ha sido un placer verlo nuevamente, señor Boullard. Venga a visitarme en otra ocasión... Cuando regrese otra vez a mi país, por ejemplo.

Cuando abrió la puerta, Michel lo sujetó de un brazo para detenerlo. Evidentemente, la adulación no era el método correcto de plantearle el problema. El abogado debería haberse dado cuenta de eso: un hombre como Paul Chadwick no necesitaba, ciertamente, que halagaran su ego.

Sin embargo, descubrió bajo la actitud desdeñosa de Paul, una naturaleza básicamente amable, que no sería inmune a una angustiosa petición de auxilio hecha de hombre a hombre.

Hizo la prueba:

—¡Por favor, Monsieur, estoy desesperado! ¿Puede un hombre abandonar a su única hija?

—Creo que la sociedad lo perdonará, en este caso.

Paul hizo salir a Michel al pasillo, cerró la puerta del apartamento y empezó a caminar con paso firme hacia el ascensor. Aparentemente, la súplica del canoso abogado no lo había afectado en lo más mínimo. No obstante, el francés sospechó que aquel hombre empezaba a debilitarse.

Manteniéndose al lado de Paul, Michel recurrió a su honor, haciéndole notar que había empeñado su palabra solemnemente.

—Usted me dijo que le llamase si necesitaba algo... Monsieur Chadwick, ahora le pido que me haga el favor prometido.

Paul oprimió el botón del ascensor con el pulgar y dirigió una mirada de indignación a Michel.

—Cuando hablé de «un favor», me refería a cosas como entradas para el teatro, reservaciones de hotel, préstamos bancarios, sacarlo de la cárcel, ¡en fin: un favor!

—También lo que le estoy pidiendo es un favor, un gran favor, por el cual le quedaré eternamente...

—Busque a otra persona —le dijo Paul, indiferente.

—¿Dónde?

—Llame a la Cruz Roja —sugirió Paul—, ya que la situación es desastrosa.

Michel volvió a recurrir a la compasión, abandonando todo lo demás.

—Monsieur Chadwick, no rechace la última petición de un padre que, en el ocaso

de su vida, tiene el corazón destrozado.

Paul se conmovió al ver lo que parecía ser el principio del llanto brillando en los ojos del francés. Nervioso, apartó la vista de él rápidamente. Sin embargo, cuando volvió a mirar a Michel, las lágrimas continuaban allí. Aquello hizo que Paul se sintiera extremadamente incómodo... y avergonzado, en cierta forma, aunque no tenía nada de qué avergonzarse al rehusar. Lo que Michel Boullard le estaba pidiendo era ridículo, ¡una locura!

Como si su voz proviniese de muy lejos, Paul se oyó preguntar, precavido:

—¿Qué aspecto tiene ella?

Michel se alegró.

—Tengo una fotografía... —dijo.

El abogado sacó su cartera y tomó una vieja y borrosa instantánea.

—¡Aquí tiene usted a mi hija, Monsieur! —anunció, orgullosamente.

La foto mostraba a Michel mucho más joven, de pie, con una niña pequeña y un perro, enfrente de una gran casa construida al estilo francés.

—Ella tenía seis años cuando nos retrataron —dijo Michel, con alegría—. ¿Verdad que es adorable?

—Encantadora —admitió Paul, fríamente—. ¿Tiene una foto más reciente de ella?

—No...; Pero ¿cuánto pudo haber cambiado?

Paul tocó la instantánea con el dedo.

—Ha llovido mucho desde entonces —dijo—, y quiero asegurarme de que el agua no la haya echado a perder.

Las puertas del ascensor se abrieron, los dos hombres entraron en él y Paul oprimió un botón para bajar al vestíbulo.

—Lo que yo quiero saber, señor Boullard, es qué aspecto tiene ella ahora, es decir, en estos momentos.

Michel movió los ojos expresivamente, mientras guardaba el retrato.

—¿Cómo puede uno describir la belleza interior? —preguntó.

—Olvide usted la parte interna. Simplemente, hablemos de su aspecto externo por ahora.

Mientras hablaba, Paul trataba de imaginar cómo había sido arrastrado tan lejos, hasta el punto de que deseaba discutir la posibilidad de aceptar.

Michel comprendió perfectamente hasta qué punto exacto había presionado a su víctima y decidió no sobrepasarse, ya que eso haría que Paul sospechase algo.

—Puedo afirmar, sinceramente, que mi hija es atractiva —dijo con honradez.

—Usted puede afirmarlo, pero ¿qué diría otra persona al respecto?

—Estoy tratando de ser objetivo, lo cual resulta difícil cuando se refiere a mi propia hija. ¡Ah!, supongo que a usted no le gustan las mujeres gordas, ¿verdad?

—No.

Michel sonrió.

—Le agradan delgadas —dijo.

Paul tuvo la sensación de que lo habían atrapado.

—¿Es muy delgada? —preguntó precavido.

—Pues, no es una mujer típica con anchas caderas y busto excesivamente desarrollado que tanto disgusta a los hombres.

—¡Oh! ¿Sí? ¿De qué hombres me habla?

—Tiene un rostro expresivo —prosiguió Michel con entusiasmo—, con ojos también expresivos y una sonrisa deslumbradora. Su dentadura es excepcional, sobresaliente.

—¿Tiene grandes los dientes?

Michel se encogió ligeramente de hombros.

—Eso es cuestión de semántica, ¿comprende?

—Sí, comprendo —le aseguró Paul y resumió lo que había entendido—: Ella es una muchacha flaca, con el pecho plano y dientes de caballo. Y debo hacer notar que, hasta ahora, usted solamente me ha hablado de sus virtudes.

Las puertas del ascensor se abrieron. Paul atravesó el vestíbulo apresuradamente, tratando de escapar.

Michel corrió en pos de él, sintiéndose alarmado de repente, y lo tomó del brazo, obligándolo a detenerse.

—¿Me hará el favor? —suplicó—. ¿No dejará de cumplir su palabra?

Paul echó a andar, sin responderle.

—¡Por favor, Monsieur, se lo ruego: salve usted a mi hija! —pidió Michel.

Su rostro era la viva imagen de la desesperación, y una vez más brillaron las lágrimas en sus expresivos ojos.

Los hombros de Paul se hundieron.

—¡Está bien! —Susurró furioso, sintiéndose como si le hubieran golpeado con un mazo—. Le debo un favor y soy hombre que mantiene su palabra de honor.

Instantáneamente, Michel fue todo sonrisas y apretó la mano de Paul con fervor, para sellar aquel trato de caballeros.

—No fue fácil venir a visitarlo con una petición de esta naturaleza, Monsieur Chadwick. Yo sé que usted será amable, considerado y, principalmente, discreto. No me agradecería que este asunto llegase a ser del dominio público.

—Le aseguro —contestó Paul fatigadamente— que nadie estará más ansioso de mantenerlo en secreto que yo.

Capítulo 4

AQUELLA MAÑANA, al ir sentado en el taxi que lo llevaba al edificio donde estaba su oficina, Paul Chadwick, con los ojos entrecerrados, trató de descubrir la razón por la cual se había permitido el ser estafado para aceptar una proposición tan descabellada. Desde luego, no le cabía la menor duda de que había sido estafado, cosa que era sumamente extraña, puesto que usualmente, él no hacía ninguna cosa que no fuera de su agrado. Y aun cuando Lauren Boullard resultara ser atractiva, era evidente que no iba a ser una mujer bastante agradable para pasar mucho tiempo con ella. Entonces, ¿por qué había aceptado?

Paul pensó en Michel Boullard y sonrió, a despecho de sí mismo. Tanto en su vida privada como en los negocios, Paul se había salido con la suya basándose en su extraordinaria habilidad para manejar a otras personas; por lo tanto, no le quedaba más remedio que admirar a un hombre que era mejor que él en ese respecto. Y aquel francés con cabellos plateados había demostrado que era un maestro de la persuasión. Había conseguido atravesar todas las defensas de Paul con una habilidosa soltura y había movido todos los resortes correctos. Aquello había sido raro, casi mágico. Paul se preguntó inesperadamente si existiría la posibilidad de que hubiera alguna criatura que pudiera llamarse gnomo, en Francia.

Cuando salió del taxi, enfrente de un elevado edificio de acero y cristal, situado entre las avenidas Madison y Park, Paul tomó un ascensor, que lo llevó hasta el decimoséptimo piso. Allí, pasó frente a la entrada principal de las oficinas de la Compañía Petrolera del Norte y llegó a otra puerta que no tenía letrero alguno y conducía directamente a su despacho privado. Su secretaria, Dorothy, estaba escribiendo a máquina con relampagueante velocidad, a pocos pasos de la puerta; era una mujer de unos cincuenta años, grande, fuerte, sensible, y que conocía a su jefe casi tan bien como él mismo.

Cuando éste entró, la mujer dejó de mecanografiar y lo miró con una sonrisa de recibimiento.

—¡Bien venido al Nuevo Mundo! —exclamó.

Y felicitaciones por haber ganado el caso.

—Gracias —respondió Paul, y pasó junto al escritorio de Dorothy, rumbo a su oficina.

La mujer recogió un bloc de notas, con los mensajes que se habían recibido para Paul mientras él había estado en París, y entró detrás de su jefe al despacho.

—La señorita Marklin telefoneó ayer —dijo, consultando el bloc de notas—. Deseaba que usted se enterase de que ella va a casarse esta tarde.

—¿De veras? —Preguntó Paul, dejando caer su portafolio encima de su escritorio—. Esa noticia es sumamente interesante.

—Me indicó que le dijera yo a usted que si no llama por teléfono para el mediodía de hoy, seguirá adelante con la boda. —Dorothy miró la siguiente anotación del bloc—. La señorita Conroy telefoneó para informar que ya ha regresado de Honolulu.

Paul se sentó detrás del escritorio.

—Olvídese de todos esos recados por un rato, Dorothy. Tengo que realizar cierto trabajo social en favor de un padre apesadumbrado.

—Eso suena divertido —comentó Dorothy, y salió cerrando la puerta tras de sí.

Paul metió la mano en el bolsillo y sacó la tarjeta que le había entregado Michel Boullard, para confirmar la dirección del consultorio de la hija del francés y el número telefónico; la colocó sobre el escritorio y la contempló disgustado. Finalmente, irguió los hombros y descolgó su teléfono privado. Después de todo, él había ofrecido a Michel Boullard que le haría un favor; y además, había accedido a complacerlo en aquella situación. No tenía caso el lamentar su destino a esas alturas. Cuando él aceptaba realizar una tarea, ponía todo cuanto estaba de su parte para cumplirla.

Marcó el número telefónico de la oficina de Lauren Boullard. Sonó un timbrado en el otro extremo de la línea seguido inmediatamente por una voz de sonido metálico.

—Ésta es una grabación —dijo—. La doctora Boullard no está aquí en estos momentos. Cuando suene el primer zumbido, empiece usted a hablar. Tendrá hasta el segundo zumbido para dejar su recado. ¡Muchas gracias!

El primer zumbido llegó a la oreja de Paul antes que él hubiese comprendido completamente el mensaje grabado. Reaccionó como cualquier otra persona que de pronto se enfrenta al hecho de tener que comunicarse con un objeto mecánico, impersonal, viéndose obligado a empezar a hablar de inmediato, para mencionar todo lo que tenía que decir antes que terminase el límite de tiempo: comenzó a tartamudear por el teléfono:

—Esto... ¿Cómo está...? Digo..., Este... Usted no sabe quién soy yo, pero..., este...; quisiera hablar con usted. Yo..., este... La razón de que le haya telefoneado es que..., este..., si fuera posible que usted y yo..., este... tal vez usted podría... ¡Vaya!... Quiero decir... Si usted tiene tiempo de...

En ese instante, escuchó el segundo zumbido y la línea telefónica quedó muerta.

Paul miró, frunciendo el ceño, el auricular que tenía en la mano, molesto con aquel artefacto electrónico de la oficina de Lauren Boullard que, primero, lo había reducido a un estado de indecisión tan poco usual en él, y después, había añadido un insulto a aquella indignidad, cortando la comunicación antes que él pudiera agrupar sus pensamientos y terminar lo que tenía que decir.

Furiosamente hundió el botón del receptor, trató de organizar sus ideas antes de

telefonar esta vez, y luego, volvió a marcar el número.

—Ésta es una grabación —recitó la voz mecánica en la oreja de Paul Chadwick—. La doctora Boullard no está aquí en estos momentos. Cuando suene el primer zumbido, empiece usted a hablar. Tendrá hasta el segundo zumbido para dejar su recado. ¡Muchas gracias!

En el momento de sonar el primer zumbido, el joven se lanzó al ataque, hablando tan rápidamente como le era posible. Comenzó bastante bien:

—¡Hola! Soy yo, nuevamente. Se me olvidó dejar mi número telefónico. Es..., este..., Madison 39844.

Pero no pudo continuar, porque la tensión producida por el intento de abordar a una mujer desconocida en cuestión de segundos, hizo que se desconcertara otra vez.

—Es difícil... —tartamudeó—. Este... Nunca nos hemos visto; sin embargo..., este..., cuando usted me telefonee, creo que yo podré..., este..., es decir, siempre es más fácil cuando..., este..., alguien... ¡Bueno! Usted sabe... Lo que quiero decir es que..., este...

El segundo zumbido sonó y la línea telefónica volvió a quedar inactiva.

Paul colgó de golpe el aparato, sintiéndose completamente encolerizado esta vez contra aquel adminículo mecánico que lo había convertido en un estúpido de plástica incoherente e inarticulada. Además, estaba furioso con la mujer a quien pertenecía aquel artefacto.

Dorothy volvió a entrar en la oficina, cuando él todavía estaba enojado, y vio la expresión de su cara.

—¿Pasa algo malo? —preguntó la mujer.

—Dorothy —respondió Paul, gruñendo—, si alguna vez un padre de familia le pide a usted que le haga el amor a una de sus hijas, ¡mándelo a bañarse!

Su secretaria alzó la mano, adoptando la actitud de una muchacha exploradora al hacer su juramento, y dijo:

—Le doy mi palabra de que así lo haré.

Justamente en el momento en que Paul entraba de nuevo en su despacho, después de haber tenido una conferencia con su jefe que había tardado una hora, el teléfono privado que se hallaba en su escritorio sonó. El joven lo descolgó, y dijo:

—¡Hola!

Una voz femenina, muy precisa y profesional, le informó:

—Habla la doctora Boullard.

Como Paul todavía tenía la mente en la asamblea que acababa de terminar, fue tomado por sorpresa durante unos segundos.

—¿Eh...? Este... —respondió, tartamudeando de nuevo—. ¡Oh! Sí, sí.

—¿Es usted el caballero que telefoneó a mi oficina? —inquirió la voz.

—¿Qué...? ¡Oh, sí! Sí; yo soy..., quiero decir, yo la llamé por teléfono...

—¿Quiere usted que lo acepte como paciente? —preguntó la voz, subiendo de tono.

—Pues..., en realidad..., este... Yo pensé que sería posible..., este...

La mujer trató de ayudarlo, conservando la voz aguda y el tono peculiar de quien habla de negocios.

—Tal vez se le faciliten las cosas si me dice quién lo recomendó conmigo...

—Fue su pad... ¡No! Yo... Quiero decir... ¡Vaya! Me parece que..., este...

—¿Desde cuándo tiene usted ese defecto al hablar?

Paul parpadeó, asombrado.

—¿Que tengo qué? —preguntó.

—Usted parece tener dificultades para formar frases completas; me llamó en dos ocasiones y no consiguió redondear un solo pensamiento. Aparentemente, existe una barrera entre el impulso cerebral y la respuesta motora.

—No; usted no entiende... Yo... Este...

—Yo no me encargo de curar defectos del habla —prosiguió la mujer, tranquilamente—; sin embargo, le recomiendo que primero compruebe la posibilidad de que su condición pueda deberse a su estado físico. ¿Ha padecido esa tartamudez desde su nacimiento?

—No... Quiero decir, yo no tengo...

—¿Acaso sufrió usted algún accidente que le haya dejado una lesión en la cabeza?

—¿Una lesión en la cabeza? —repitió Paul.

Trató de adueñarse de la conversación, pero la mujer no le dio tiempo.

—Puede tratarse de que su cerebro esté dañado —le advirtió la doctora, con gravedad—. ¿Ha visitado usted a algún neurocirujano para que le saquen un electroencefalograma?

—¡Escuche, doctora Boullard! Yo...

—¿Sí? —le interrumpió la mujer en seguida.

Aquella interrupción hizo que Paul perdiera nuevamente el hilo de sus pensamientos.

—Yo..., este... ¡Oh, sí...! La razón de que le haya telefonado es...

Pero una vez más, la aguda voz de la doctora lo interrumpió, más impacientemente en esa ocasión.

—¿Sí? Realmente, estoy muy ocupada en estos momentos, así que, si no le molesta...

Paul se vio entonces tratando de expresar varios pensamientos al mismo tiempo: que no había nada malo en su cerebro, que no tenía ningún defecto para hablar, que le repugnaban las mujeres con voz aguda y formal, y que quería concertar una cita con

ella. Como resultado de eso, todo lo que pudo expresar fue un confuso conjunto de palabras sin sentido.

—Parece que su condición está empeorando —comentó la mujer, suave, pero firmemente—. Insisto en que debe usted buscar pronto atención médica. Gracias por haber llamado.

Y al terminar aquella frase, colgó.

Paul quedó paralizado junto a su escritorio, sosteniendo el teléfono en la mano y sintiéndose sofocado por la ira que le provocaba su frustración.

—¡El cerebro dañado! —Murmuró, furioso, apretando los dientes—. ¡Miserable...!

Colgó el auricular de golpe y comenzó a pasearse por la oficina como un tigre enjaulado al cual inquieta el llamado de la selva. Ninguna mujer lo había reducido a una impotencia tan completa anteriormente y eso era algo que no le agradaba en lo más mínimo; y tampoco le resultaba agradable la causante de aquello.

Con un esfuerzo de su voluntad, despejó la ira de su mente y se dedicó a meditar fría y metódicamente en el problema de la doctora Lauren Boullard. Su primer acercamiento a ella había sido un fracaso, porque él no había deseado, en realidad, salirse con la suya. Era lógico, entonces, que hubiera actuado de mala gana y titubeando; pero ya no volvería a cometer esa clase de errores. Después de lo que ella acababa de hacerle, nada podría haber inducido a Paul a que renunciara al trabajo prometido.

Antes, todo había sido, simplemente, cosa de hacer un favor a un francés simpático.

Ahora, era cuestión de venganza.

Rápidamente, Paul estudió su acercamiento a la doctora Boullard. La única manera de acercarse a ella lo suficiente para dar principio a sus actividades era, desde luego, como paciente; y el convertirse en cliente suyo sería cosa bastante simple. El médico que lo atendía en Nueva York era también un antiguo compañero de escuela. Todo lo que Paul tenía que hacer era decir a su amigo que tenía un problema emocional que no le era posible revelar a nadie, excepto a un psicoanalista, y que él había oído decir que la doctora Lauren Boullard era excelente. Aquel médico no tendría ningún problema en conseguir que ella aceptara a Paul como paciente.

Una vez tomada esta decisión y planeada la estrategia inicial, Paul dejó de pasearse y miró el teléfono, hablándole como si fuera Lauren Boullard:

—Conque eres la gran psicóloga, ¿eh? —un brillo malicioso apareció en sus ojos—. ¡Verás qué caso tan peliagudo voy a proporcionarte!

Gracias a la cooperación de su médico, todo resultó tan fácil como él lo había pensado. Dos días después, Paul entró en la oficina de la doctora Lauren Boullard como un paciente recién recomendado, y asistió a su primera sesión de terapia en grupo.

Junto con él, estaban otros dos hombres y tres mujeres; los seis se hallaban sentados, formando un semicírculo, en la gran oficina interior del consultorio; Lauren Boullard ocupaba un sillón de piel cerca de ellos, y tomaba notas. Ella hablaba poco, excepto cuando era necesario interrumpir una discusión que estuviera volviéndose demasiado acalorada, o bien para dar una nueva dirección a la línea de conversación. La mayor parte del tiempo permanecía callada en su sitio, tomando notas nada más y observando al grupo fríamente, mientras escuchaba lo que cada quien tenía que decir.

Pero, en realidad, solamente escuchaba la plática de cinco de ellos, porque Paul se mantuvo en silencio durante casi toda aquella sesión.

Una razón de que callara era que estaba dedicado a estudiar a Lauren Boullard, y a revisar algunas de las ideas que se había formado acerca de ella. Hasta aquella sesión Paul no la había visto, porque su médico se había encargado de arreglar todo para que lo aceptara la joven psicóloga. Ella solamente conocía el nombre de su nuevo paciente y que tenía un molesto problema emocional, que le resultaba muy difícil discutir. Lauren le había asegurado al médico amigo de Paul que la terapia de grupo era la mejor forma de calmar a esa clase de enfermos y conseguir que revelaran sus molestias.

En muchos aspectos, la doctora Boullard era exactamente tal como Paul la había imaginado. Lo que él no había imaginado era que Lauren resultara tener un aspecto tan femenino. La combinación de su sensual belleza con su máscara de frialdad emocional y sus rasgos de dominadora era tan incongruente, que intrigaba a Paul Chadwick.

Otro motivo de su silencio era que éste formaba parte de su estrategia. Él dejó que los otros cinco miembros del grupo platicaran todo el tiempo sin escuchar siquiera lo que decían, hasta que casi cuando iba a terminar la sesión, una de las mujeres habló directamente con él, preguntando:

—¿Qué opina usted de eso, señor Chadwick?

Él parpadeó, desconcertado, y trató de recordar el tema acerca del cual lo estaba interrogando la mujer. Como no lo consiguiera, le dio por su lado:

—Pues, no estoy seguro. Es difícil decirlo...

El hombre que se hallaba a su izquierda lo sacó del atolladero.

—Yo soy quien puede considerarse más capacitado para contestar eso —dijo—, y mi respuesta es no. Mi madre no era dominante. Era una mujer maravillosa.

El individuo que estaba a la derecha de Paul rio, en son de burla.

—Nuevamente está usted defendiéndola. ¿Cuándo admitirá que la odia? ¿No quiere mejorar?

El otro hombre apeló a Paul.

—Señor Chadwick —dijo—, ¿cree usted que un hombre tiene que odiar a su madre para adaptarse bien a la vida?

—No —respondió Paul, precavido—. Yo no diría eso.

El sujeto que se encontraba a su derecha se volvió a él, exclamando:

—¡Ajá! ¡Otro enamorado de su madre! ¡Bien! ¡Cante usted, para que lo sepamos todo!

Una mujer echó una mirada de enojo al hombre que acababa de hablar.

—¡Oh, por Dios! —exclamó—. ¿Por qué no deja usted de usar ese lenguaje de músico? Realmente, como usted sabe, no impresiona a nadie aquí.

El aludido no le prestó atención y se concentró en Paul.

—¡Vamos! —se mofó—. ¿Con qué canción desentonada lo arrullaba su madre en la cuna?

Lauren Boullard interrumpió la discusión tranquilamente.

—Tiene usted que recordar que éste es el primer día del señor Chadwick en el grupo, y es natural que esté algo cohibido. No debemos presionarlo, ya que él nos contará todo lo que se refiere a sí mismo cuando sea conveniente —miró su reloj y se puso en pie, diciendo—: Me parece que esta ha sido una sesión muy productiva. Hasta la semana entrante, a la misma hora.

Al ser despedidos así, todos se levantaron obedientemente de sus asientos y empezaron a desfilar por la salida del consultorio. Paul se retrasó al hacerlo, de manera que quedó al final de la hilera. Se detuvo en el umbral de la puerta que comunicaba las dos oficinas, esperó hasta que los otros cinco llegaron al pasillo y, entonces, se volvió hacia Lauren Boullard, que estaba parada junto a, su escritorio ordenando las notas que había sacado durante la sesión.

—Doctora Boullard —dijo Paul, lentamente—, siento no haberme podido unir a la discusión.

—No se preocupe por eso —respondió la aludida—. Eso le parecerá más fácil la próxima vez.

—No voy a regresar...

Lauren alzó un poco las cejas.

—¿De veras? —preguntó.

—Verá usted —explicó Paul—: Yo no podría discutir mi problema enfrente de otras personas.

—¿Por qué no? —inquirió la mujer.

Su actitud era profesional, pero amable.

—Usted oyó a los demás hablar con bastante libertad acerca de asuntos muy

personales, hoy.

—¡Claro...! ¡Pero no mencionaron nada que fuese realmente vergonzoso! Simplemente, hablaron de fijaciones maternas, esposas irresponsables, infidelidades... ¡En fin: problemas normales! ¡Ojalá que mi problema fuera tan sencillo!

Paul exhaló un suspiro.

—¡Bueno, adiós, doctora! —concluyó.

Seguro, para entonces, de que ya había picado la curiosidad de Lauren, se volvió para irse.

—¡Espere, señor Chadwick! —pidió la mujer.

Paul se detuvo y la miró.

Lauren le señaló una silla, cercana al escritorio.

—Siéntese, por favor.

Paul caminó obedientemente hacia la silla y se acomodó en ella.

Lauren se sentó detrás de su escritorio, colocó encima de él las manos cruzadas y clavó la mirada directa e impersonal en Paul.

—Vamos a ver, ¿cuál es su problema? —preguntó.

—Es... demasiado personal —dijo.

—Ya se fueron los otros —indicó Lauren—, y ahora estamos solos.

—Usted sigue aquí.

Lauren no se inmutó.

—Entiendo que usted ha venido aquí por una razón muy específica, señor Chadwick.

—Sí, —respondió Paul, con sinceridad— así es.

—¿Sería más fácil para usted el contarme todo si yo fuera hombre?

Paul consiguió mantenerse serio.

—No; eso lo haría imposible.

Lauren frunció ligeramente el ceño.

—¿Puede aclararme el porqué?

—Solamente una mujer podría ayudarme, si yo consiguiera hablar de este asunto con ella, claro está. Pero ¡no puedo! ¡Me siento sumamente avergonzado!

—Usted no puede decirme cosa alguna que no haya escuchado antes yo misma, señor Chadwick. Le aseguro que no me impresionará, sea cual fuere su problema. Ahora, dígame: ¿qué le molesta?

Paul tomó aliento, y luego, dijo:

—¡Las mujeres!

—Eso no es algo extraordinario —replicó Lauren, tranquilamente—. Muchos hombres encuentran dificultades en tener relaciones con una mujer.

—No es ese mi problema. Verá usted, doctora, yo...

Su voz se apagó y miró fijamente al muro, como si estuviera combatiendo un ataque de aguda vergüenza.

—¿Usted es qué? —preguntó, amablemente, Lauren.

—Es sumamente difícil decirlo.

—¡Dígalo!

—Yo soy... Irresistible para ellas.

Lauren quedó asombrada.

—¿Usted es irresistible para las mujeres?

—Sí. No me dejan tranquilo.

La joven lo estudió con creciente interés.

—Muy pocos hombres considerarían eso un terrible problema.

—¿Un problema? —repitió Paul, y rio toscamente—. ¡Eso es una maldición, doctora, una pesadilla!

Repentinamente, él se volvió y miró a Lauren directamente a los ojos.

—¿Sabe usted lo que se siente el ser deseado simplemente por su cuerpo?

—Yo..., este... ¡No!

—¡Cómo la envidio! ¡Lo que yo daría por tener un cuerpo que nadie deseara!

Lauren se puso tiesa, sin sentirse completamente segura acerca de si aquel comentario se refería o no a ella.

Paul golpeó suavemente con el puño cerrado el borde del escritorio.

—Es algo inhumano —dijo—. Ellas saben que no puedo rehusarme.

Lauren pestañeó.

—¿Por qué?

—Por Wanda.

—¿Quién es Wanda?

Paul cerró los ojos y se apoyó, fatigadamente, en el respaldo de su silla. Después de hacer una pausa muy bien calculada para llevar el interés de Lauren a su clímax, abrió los ojos y empezó a contarle la triste historia:

—Los dos estábamos en la escuela secundaria y era nuestro último año. Wanda era una muchacha atractiva, llena de vida... ¡Tan llena de vida! Había guerra y yo me había enrolado en la Infantería de Marina, aquella mañana. Atravesábamos caminando el puente Golden Gate... Wanda era una chica decente; pero, en un momento de patriotismo, se me ofreció.

Paul hizo una pausa, como si el recuerdo se hubiera vuelto demasiado penoso para él.

Lauren lo instó, amablemente:

—Ella se le ofreció, y...

—¡Yo la rechacé! —Gimió Paul—. Verá usted: entonces yo era infante de marina y no quería hacer algo que manchara el honor de la organización —titubeó, y luego,

susurró, con voz conmovida—: Si no la hubiese rechazado, ella no habría saltado.

Lauren consiguió mantener su compostura.

—¿Saltó del puente? —inquirió.

Paul asintió, tristemente.

—Me estiré para asirla, pero solamente logré agarrar el dobladillo de su toga. Ésta se rasgó y Wanda siguió cayendo, mientras yo permanecía parado en el puente, sosteniendo en la mano un vestido de graduación, pero vacío...

Paul inclinó la cabeza, angustiado.

Lauren le urgió una vez más:

—Usted conservó el vestido vacío, y...

—Wanda cayó directamente al agua. Lo último que recuerdo es que, al zambullirse, un dedo acusador me señalaba.

Lauren creyó haber comprendido la situación.

—Y, desde entonces, usted ha abrigado un sentimiento de culpa —comentó.

—Sí. Y nunca he rechazado a otra mujer.

—No es costumbre que las mujeres se suiciden cuando un hombre se niega a enamorarlas, señor Chadwick.

—¡Pero yo no puedo correr el riesgo de encontrarme con otra Wanda! Ése es el problema. Además, se ha corrido la voz de que soy un hombre que no se atreve a rehusarse, doctora. ¡Oh, qué despiadadas son las mujeres cuando uno está indefenso! ¡Me he convertido en un juguete de amor! Ellas se toman terribles libertades conmigo —estiró las manos hacia Lauren, en actitud suplicante—. ¡Ayúdeme, doctora! —pidió—. Me están matando.

—Usted se está matando solo, señor Chadwick —le informó la mujer, vivamente—, para reparar el daño que le causó a Wanda. ¿Alguna vez ha tratado de rechazar a una mujer, desde aquella digamos... infortunada experiencia?

—Al principio, sí lo intenté. Empezaba a rechazarlas... ¡y entonces veía yo aparecer en sus ojos aquella mirada, la misma que tenía Wanda cuando saltó! Por eso, he dejado de luchar y hago todo lo que me piden.

Paul gimió, como si considerase la vergüenza que había en todo aquello, y hundió la cara en las manos.

—Señor Chadwick...

La voz de Paul sonaba amortiguada por sus manos.

—¡Estoy tan avergonzado! —exclamó.

—Señor Chadwick —repitió Lauren—. Realmente no tiene nada de qué avergonzarse. Usted tiene que recordar que yo soy doctora y lo comprendo.

Paul alzó la cara.

—¿De veras? —preguntó—. ¿En verdad comprende usted lo que representa el levantarse cada mañana en un apartamento desconocido y encontrar encima del

tocador una nota de agradecimiento y además el importe del pasaje del taxi?

Lauren asintió.

—¡Claro que sí! —afirmó—. Eso produce vergüenza.

Paul sonrió, aliviado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Al fin puedo platicar con alguien que, como usted, ha pasado por eso.

Lauren se molestó mucho, al darse cuenta de que se había ruborizado.

—No me estaba refiriendo a una experiencia personal mía —corrigió, precipitadamente—. Yo sólo quise decir que, con mi educación y adiestramiento en psicología, puedo comprender perfectamente su insólita experiencia.

—¡Ah! ¿La comprende usted?

—¡Naturalmente! Debido a la trágica muerte de Wanda, usted ha creado una fantasía que aplica a todas las mujeres; sin embargo, la mayoría de ellas no son como su amiga. De hecho, yo puedo asegurarle que ella fue un caso extremadamente raro. Debe usted saber, señor Chadwick, que sí puede rechazar a una mujer.

—¡Pero tengo miedo de hacerlo! —gimió Paul.

—Nada ocurrirá si lo hace —le aseguró Lauren.

Paul consideró aquello, frunciendo el ceño.

—Si pudiera tener la certeza de que así es...

—La tendrá, con el tiempo; después que haya alejado el problema de su mente, habiendo pasado por un período de sesiones terapéuticas.

Lauren se apoyó en el respaldo de su silla y sonrió, adoptando una actitud inconfundible de despedida.

—No lo olvide —concluyó—: su grupo se reunirá aquí la semana próxima, a la misma hora.

Paul se quedó sorprendido y decepcionado. Él había pensado que estaba logrando su propósito hasta entonces, pero Lauren era más difícil de abordar de lo que él había pensado.

—Pero, todas esas personas me ponen nervioso. No podré llegar a ninguna parte, a menos que hable a solas con usted.

—Lo siento —replicó Lauren—, pero no puedo hacerme cargo de ningún paciente individual, por ahora.

—Pero...

—Créame —afirmó la mujer—, usted puede solucionar su problema con la terapia de grupo.

Paul sonrió, lánguidamente.

—Sí, doctora —admitió—; pero eso lo hará mucho más difícil.

No obstante, la decisión de Lauren era definitiva, a menos que él pudiese encontrar alguna forma de hacerle cambiar de idea. Aquella tarde, cuando iba en un

taxi de regreso al edificio donde estaba su apartamento, Paul trató de pensar en el modo de salvar aquel obstáculo. Logró trazar buen número de planes diabólicos, pero se vio forzado a descartarlos, uno tras otro, como impracticables.

A fin de cuentas, lo que iba a hacer que cambiara la decisión de Lauren Boullard, no sería un plan de Paul, sino una serie de eventos fortuitos que, en ese preciso momento, sin que él lo supiese siquiera, empezaban a desarrollarse. Paul iba a tener éxito a causa de la extraordinaria combinación de tres elementos: una anciana aficionada a beber un poco, un reportero demasiado ansioso y unos geranios.

Capítulo 5

CUANDO EL TAXI se detuvo enfrente de su edificio de apartamentos, Paul vio a una pequeña muchedumbre reunida cerca de la entrada del frente. También se encontraba allí una ambulancia, y, junto a ella, un joven interno colocaba una férula en el brazo izquierdo de una viejecilla excéntrica, quien parecía estarse divirtiendo con toda aquella algarabía.

Paul salió del taxi y se dirigió apresuradamente hacia la pequeña anciana.

—¿Qué le pasó, señorita Feeney? —preguntó.

La aludida sonrió y señaló con la mano derecha el tiesto de flores que se hallaba en el borde de su ventana, en el segundo piso, justamente arriba del dosel de la entrada.

—Cuando estaba regando mis geranios, caí de la ventana a la calle —le contó, alegremente—. Reboté en el dosel y aterricé en la acera. Permanecí inconsciente durante diez minutos, según me han dicho.

—Usted ha vuelto a tomar unos tragos, señorita Feeney —la reprendió Paul, amablemente.

—Es mejor que hacer tejidos de gancho —replicó la anciana, pícaramente, y se volvió hacia el interno—. Nunca he estado en una ambulancia. ¿Encenderán todas las luces rojas?

—Sí, señora —respondió el joven, y empezó a conducirla hacia el vehículo.

—¡No le permitan que maneje! —gritó Paul, sonriendo festivamente.

—¡Aguafiestas! —replicó la señorita Feeney, en son de burla.

La muchedumbre empezó a retirarse, mientras ayudaban a la anciana a subir a la ambulancia. Paul permaneció inmóvil, esperando hasta que el vehículo se alejó.

En esos momentos, un automóvil de la prensa se estacionó detrás de Paul. Un joven reportero saltó del vehículo y miró alejarse la ambulancia; luego, se volvió hacia Paul.

—Soy de La Crónica —informó—. Oí decir que una mujer saltó de una ventana.

—No saltó —replicó Paul—: ¡se cayó!

El reportero lo miró discretamente.

—Eso es lo que dicen siempre —replicó—. Fue un pleito de enamorados, ¿eh?

—Nada de eso —le respondió Paul, impaciente—. Yo la conozco muy bien y puedo asegurarle a usted que fue un accidente. ¿Por qué exagerar las cosas?

Se dio vuelta y entró en el vestíbulo.

El reportero se dirigió hacia el portero, y señalando a Paul, indagó:

—¿Cómo se llama ese tipo?

—Paul Chadwick.

El reportero hizo un gesto en la dirección, que había tomado la ambulancia.

—¿Y la mujer? —preguntó.

—Es la señorita Caroline Feeney —le respondió el portero.

Esa fue la causa de que, a la mañana siguiente, cuando Lauren Boullard leía el periódico mientras se desayunaba, llegó a un pequeño encabezado, que decía:

**MUJER RECHAZADA
SALTA DE UNA VENTANA**

Debajo del encabezado, había un breve relato de dos párrafos. Lauren leyó el primero solamente por satisfacer su curiosidad, pero cuando llegó al segundo, abrió los ojos desorbitadamente, horrorizada. El relato decía:

«Según algunos testigos de lo ocurrido, la señorita Caroline Feeney, abatida aparentemente por una riña entre enamorados, saltó por una ventana del edificio de apartamentos Springfield Arms. Cuando fue interrogado un amigo íntimo de ella, llamado Paul Chadwick, negó que se hubiera tratado de un intento de suicidio».

El significado era obvio para Lauren. Ella le había dado a Paul Chadwick su consejo profesional, él había seguido sus instrucciones... ¡y el resultado había sido el mismo que en el caso de Wanda! La doctora Boullard se puso en pie de un salto y corrió a buscar el directorio telefónico para averiguar el número del teléfono que Paul tenía en su apartamento.

Precisamente en ese mismo instante, Paul Chadwick, ya vestido para ir a su oficina, estaba tomando la segunda taza de café cuando llamaron a su puerta. Se levantó y la abrió. Allí encontró a la señorita Feeney con un brazo en cabestrillo, sosteniendo un periódico en la mano sana y exhibiendo una expresión de alegría en su extravagante rostro.

—¡Buenos días, señorita Feeney! —La saludó Paul—. ¿Cómo está su brazo?

—¡Olvídese de mi brazo! —replicó la anciana, alborozada—. ¡Usted y yo hemos aparecido en el periódico!

Le entregó el diario a Paul y le señaló el pequeño encabezado.

—¡Creen que somos amantes, muchacho, y que yo salté al verme rechazada! ¿No es fantástico?

Paul leyó el relato que estaba debajo del encabezado, y dijo, sonriendo:

—Usted va a pasar un mal rato al explicar esto a las socias de su club.

—¿Quién va a explicarles algo? ¿Cree usted que deseo acabar con mi nueva personalidad?

El teléfono sonó en la estancia del apartamento. Paul se dirigió a donde estaba el

aparato, y lo descolgó.

—¡Hola! —dijo.

—Señor Chadwick —contestó, con voz agitada, Lauren—, habla la doctora Boullard. Acabo de leer en el periódico lo que le ocurrió a la señorita Feeney.

Inmediatamente, Paul comprendió todo y se dio cuenta de cuál era la conclusión a la que había llegado Lauren.

Al instante, se decidió a sacar completa ventaja de aquella dorada oportunidad.

—¡Oh, doctora! —gimió—. ¡Fue horrible! Se repitió la misma escena del puente, con Wanda.

—Escúcheme —pidió Lauren, con urgencia.

—¿Qué caso tiene? —la interrumpió Paul, en tono triste—. Debí haber saltado con ella por la ventana.

—¡No diga eso! —replicó en seguida Lauren, profundamente conmovida.

—¿Por qué no? ¡Soy una amenaza para la sociedad!

—Iré directamente a mi consultorio, señor Chadwick. Vaya a verme, antes de ir a su trabajo.

—Es inútil, doctora. ¿Podrán dormir pacíficamente los padres de familia sabiendo que yo puedo rechazar a sus hijas?

—¡Vaya usted a mi consultorio! —le ordenó Lauren, con firmeza.

Veinte minutos después, Paul se hallaba sentado en una silla de la oficina de Lauren Boullard, sumido en la desesperación mientras relataba la tragedia que acababa de ocurrir.

La doctora estaba de pie junto a él, tratando de librarlo de la impresión causada por aquella experiencia.

—Pero usted dijo que la muchacha no está seriamente herida —le recordó—: el dosel interrumpió su caída.

—¿Cómo puedo seguir viviendo así? ¿Debo esperar que siempre reboten en algún dosel? —Paul sacudió la cabeza, desesperado—. ¿Por qué debo combatir mi problema? Déjelas que se diviertan conmigo, ya que así salvaré muchas vidas.

—Piense bien en esto, señor Chadwick. ¿Sabe usted cuántas probabilidades hay de que no vuelva a suceder algo así?

—Por favor... ¡Soy un caso perdido!

—Eso no es cierto —insistió Lauren.

Sin embargo, se dio cuenta de que no podía convencerlo. Era evidente que Paul necesitaba, desesperadamente, un tratamiento especial, intenso. Y como ella se creía responsable de lo que le había ocurrido a Caroline Feeney, se sintió obligada a cumplir con lo que se requería de ella.

—Estoy convencida de que usted necesita atención personal e inmediata, señor

Chadwick —anunció—, y he decidido aceptarlo como paciente particular mío.

Paul agachó la cabeza fingiéndose abatido, para evitar que Lauren viese el brillo del triunfo en sus ojos.

—Olvídese de mí —pidió—. Usted tiene otros pacientes: psicópatas, maniáticos depresivos, drogadictos... ¡Ayúdelos a ellos, que son personas que valen la pena!

—¿No cree que valga la pena salvarlo a usted?

—¿Por qué? —Se lamentó Paul—. ¿Por qué despierto esta espantosa pasión en las mujeres?

—Usted debe tener fe en que conseguirá recuperarse, señor Chadwick. Además, yo puedo ayudarlo.

—Aquí, sí; pero yo necesito ayuda cuando estoy solo en la alcoba, haciendo frente a ese horrible momento. ¿De dónde voy a sacar valor para negarme entonces?

Lauren consideró aquel problema y tomó de pronto una decisión.

—Usted jamás volverá a estar solo en la alcoba. ¡Yo lo acompañaré!

Paul alzó la cara asombrado, mientras la mujer se dirigía a su escritorio y anotaba algo en una hoja de papel.

—Éste es el fundamento del Instituto Antialcohólico —explicó—: Cuando el paciente tiene la necesidad de beber un trago, habla por teléfono con su consejero, quien, a su vez, lo convence de que no ingiera el licor —arrancó la página del bloc de notas y se la entregó a Paul—. Aquí está el número telefónico de mi casa —dijo—. Si me necesita, llámeme. Estaré alerta, día y noche.

—Pero su vida privada...

—No debemos tomar eso en consideración. La primera vez que usted vino a verme, estaba desesperado; tenía un problema que parecía insoluble.

—Sí; es verdad. Me sentía como si hubiera estado golpeándome la cabeza contra una puerta cerrada.

—Pero eso ya pasó —dijo Lauren, amablemente—. ¿Acaso no le he abierto un poco esa puerta?

Paul la miró durante unos momentos, y luego afirmó, con genuina y profunda satisfacción:

—Sí; creo que he conseguido dar un paso hacia adelante para entrar.

Eran las dos y media de la mañana cuando Paul detuvo su automóvil en la calle, junto a la cabina de un teléfono público y se volvió hacia la hermosa rubia que lo había acompañado a recorrer varios cabarets de Manhattan.

—Quédate quieta un momento —le dijo—, porque tengo que hacer una llamada telefónica.

—¿Ahora? —preguntó la rubia, mirándolo suspicazmente—. ¿A quién llamarás? ¿A otra mujer?

—Algo parecido... Pero no te preocupes: ella solamente es mi psicoanalista.

—¿Y para qué necesitas tú una psicoanalista?

—Tengo un problema con las mujeres —le informó Paul, sinceramente—: No puedo rechazarlas. Ella está tratando de curarme.

La rubia lo rodeó con sus brazos, y gruñó:

—Si lo consigue, deberían quitarle su licencia.

Paul se libró del abrazo, bajó del automóvil y entró en la cabina telefónica.

Lauren Boullard estaba profundamente dormida cuando sonó el teléfono al lado de su cama. Al ser despertada de pronto, movió el interruptor de la lámpara, encendiéndola, y quedó deslumbrada por la repentina luz. El teléfono volvió a sonar, alegremente.

Todavía medio dormida, Lauren buscó a tientas el receptor, lo descolgó, y musitó:

—¿Sí?

—Doctora —dijo una voz asustada—, habla Paul Chadwick. Me molesta importunarla a estas horas de la noche, pero se ha presentado una emergencia...

Instantáneamente, Lauren se sentó en la cama y se puso alerta.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está usted? —preguntó.

—En mi casa. Hay una chica en mi alcoba.

—¿Cómo logró entrar?

—Con una llave maestra —respondió Paul, con voz trémula—. Alguien ha hecho varias copias y se dedica a venderlas. ¡Estoy atrapado!

—Escuche con atención, Señor Chadwick: tiene que dominar el miedo y ser firme. Debe rechazarla.

—Ya lo hice, pero ella simplemente entró corriendo en la alcoba y se arrojó a la cama. Está llorando. ¡Yo sé que algo terrible va a suceder!

—Nada sucederá —replicó Lauren.

—¡Sí; sí pasará algo! —Repuso Paul—. Vi esa mirada especial en sus ojos. ¡Es una saltadora!

—Señor Chadwick —dijo Lauren, usando un tono de voz dominante—, éste es un momento crucial para su terapia. Haga exactamente lo que yo voy a decirle. Entre en la alcoba, siéntese en la cama, tome a esa chica de los hombros, mírela a los ojos y ordénele que regrese a su casa.

—Pero...

—¡No discuta! ¡Cuelgue y hágalo!

—Como usted diga —aceptó débilmente Paul, y colgó el auricular.

Lauren acomodó el teléfono en su lugar y permaneció sentada en la cama, durante algunos minutos, mordiéndose, pensativamente, el labio inferior. Finalmente, saltó del lecho y comenzó a pasearse, esperando, con el temor de recibir otro telefonema de Paul pidiéndole más consejos. Una vez que hubo transcurrido media hora sin que

sonara el teléfono, la doctora Boullard se calmó lo suficiente para apagar la lámpara y volverse a acostar.

Sin embargo, tardó algún tiempo en volver a dormirse; y cuando al fin lo logró, empezó a tener sueños molestos, en los cuales veía a muchas mujeres saltando, una tras otra, por las ventanas. Una de aquellas pesadillas le resultó particularmente enojosa, porque la mujer que saltaba de una ventana parecía ser ella misma.

Finalmente, el sonido de la alarma del reloj la despertó a las siete de la mañana y ella se sintió fervientemente agradecida de que ya hubiera terminado aquella noche. Luego, cuando estuvo vestida y terminaba su desayuno, tomando una última taza de café, Lauren se sintió mucho mejor. Después de todo, Paul Chadwick no había vuelto a telefonarle, cosa que habría sucedido, casi seguramente, en caso de que algo hubiera salido mal. Así, la conclusión natural era la de que él había seguido su prudente consejo y que éste había dado buen resultado.

Más tarde, al llegar a su oficina, Lauren Boullard ya había conseguido alejar a Paul Chadwick de su mente, de tal manera que podría concentrarse en sus demás pacientes, a quienes tendría que tratar durante el día. Cuando entró en la sala de espera, recogió las cartas que había recibido esa mañana, abrió la puerta que comunicaba a su oficina interior, entró..., y quedó paralizada.

¡Paul Chadwick yacía en un sofá y parecía estar profundamente dormido!

Lauren se acercó a él apresuradamente en cuanto se recuperó de la impresión, y lo sacudió.

—Señor Chadwick —dijo.

—¡Por favor, Arlene —suplicó Paul, entre sueños—, déjame dormir!

Lauren volvió a sacudirlo, con más fuerza.

—¡Señor Chadwick! —gritó.

Paul abrió los ojos repentinamente con una expresión de horror en ellos, que desapareció poco a poco, conforme fue reconociendo a Lauren.

—¡Ah, es usted! —Musitó, con profundo alivio—. ¡Gracias al cielo!

—¿Qué está usted haciendo aquí?

Paul se sentó, fatigadamente.

—Conseguí escapar al amanecer —dijo—. Fui a la catedral, pero estaba cerrada..., por eso vine aquí; le dije al velador que era paciente suyo y él me dejó entrar.

—¿Qué sucedió, después de su telefonema?

—¿Debo hablar acerca de eso?

—Sí. Todos los detalles son importantes —le indicó Lauren, con vehemencia.

Paul colocó una mano en la nuca y la otra en la base de su espina dorsal, haciendo presión para calmar su fatiga.

—¡Bien! Seguí sus instrucciones e hice exactamente lo que usted me había

ordenado: penetré en la alcoba, me senté en la cama, tomé a la muchacha por los hombros, la miré a los ojos y le ordené que se vistiera y se fuera a casa.

Repentinamente, Lauren sintió una leve debilidad en las rodillas.

—¿Quiere usted decir que ella se había quitado la ropa? —preguntó.

—No toda: se quedó con los zapatos puestos.

—¡Oh!

Lauren se sentó lentamente en una silla, mirando a Paul.

—Traté de vestirla yo mismo, pero ella se defendió —continuó Paul y, mirando inocentemente a Lauren, le hizo una pregunta—: ¿Alguna vez se ha enfrentado a un hombre que tratara de vestirla cuando usted no lo deseaba?

—¡Nunca! —respondió Lauren, muy precavida y enfáticamente—. Prosiga.

—Traté de sujetarla con una mano y vestirla con la otra, pero ella seguía retorciéndose, escabullándose y zafándose. Realmente, tenía yo las manos muy ocupadas en la tarea.

—¿Habló usted con ella?, ¿intentó hacerla razonar?

Paul sacudió la cabeza.

—Cuando una mujer no tiene puesto nada más que los zapatos, uno no está en posición de negociar con ella, doctora. Debo haber forcejeado con ella durante unas dos horas, hasta que, al fin, conseguí vestirla. Sin embargo, ella continuó luchando conmigo y sollozando histéricamente. Todavía lloraba cuando la metí en un taxi y la mandé a su casa.

Lauren se tranquilizó.

—¡Conque sí dieron resultado mis instrucciones! —comentó—. Ella se marchó.

—Sí, pero tuve miedo de permanecer en mi apartamento después de eso. Podía haber regresado, ¿no? ¡Oh! ¿Qué objeto tiene todo esto? Solamente hay una esperanza verdadera para mí: ¡una operación!

—¡Señor Chadwick! —gritó Lauren, abandonando momentáneamente su compostura clínica, a causa de la impresión.

—Me refiero a que me hagan una cicatriz —explicó Paul, señalando su mejilla—. Tal vez me pueda salvar la cirugía plástica, haciéndome repulsivo.

Lauren recobró su compostura.

—Hay otros modos de resolver el problema —dijo.

Paul se encogió de hombros con fatiga.

—No se me ocurre otra solución —replicó.

—Eso se debe a que en este momento usted se encuentra cansado, confuso, nervioso. Necesita reposo.

Paul asintió, soñoliento.

—Si pudiera dormir al menos una noche completa —dijo.

—Es evidente que usted es demasiado vulnerable en su apartamento —decidió

Lauren—. Quiero que vaya a un hotel y se registre bajo un nombre supuesto.

—Como usted diga. Confío en sus decisiones.

—¡Bueno! En realidad, me ha dado alientos lo que le ocurrió anoche. Usted está haciendo progresos, señor Chadwick, ya dio el primer paso.

—¿Sí?

—Sí, se lo aseguro. Usted rechazó a una mujer y ella no saltó por la ventana.

—Pero eso me produce mucha angustia y...

—¡Bah! Lo que importa —indicó Lauren— es que ella gritó, profirió amenazas, pero no saltó. Ahora, ¿cuál es el siguiente paso? Aun cuando una mujer esté desnuda frente a usted, podrá rechazarla.

—¡Ese será mi día! —exclamó Paul, con sentimiento.

Pensó luego en la orden que había recibido de registrarse en un hotel y también en como atacaría a Lauren. Ambas cosas podían hacerse al mismo tiempo, según lo que él había planeado, y decidió que aquella noche tendría ocasión de pasar a la siguiente etapa de su campaña.

Capítulo 6

AQUELLA NOCHE, Lauren estaba sentada ante un escritorio en la estancia de su apartamento, repasando algunas notas que había tomado acerca de los pacientes que había tenido en el día, cuando la puerta de la cocina se abrió. Arnold Plum salió llevando un mandil amarrado a la cintura, una pequeña salsera en una mano y una cuchara en la otra.

—Lauren —la llamó el joven, titubeando, mientras atravesaba la habitación, hacia el lugar en donde, se encontraba la mujer—, ¿quieres probar la salsa que hice? Es para el pollo.

La doctora Boullard se volvió hacia él, quien le ofreció una cucharada de salsa.

Lauren la probó, consideró su sabor y, al fin, pronunció su juicio.

—¡Está muy buena! —comentó.

—Es una vieja receta de familia. —Le informó Arnold, orgulloso—. Mi padre me la dio, cuando cumplí dieciséis años.

Lauren volvió a concentrarse en sus notas.

Arnold la miró durante unos momentos, pensativo. Finalmente, le dijo:

—A mí no me molesta cocinar; pero cuando nos casemos, voy a exigir que haya ciertos cambios. Tendremos un horno empotrado en la pared.

Cuando el joven regresaba a la cocina, sonó el teléfono que estaba en el escritorio de Lauren. La joven lo descolgó.

—¡Hola! —dijo.

—Doctora Boullard —dijo una voz en el otro extremo de la línea— habla Paul Chadwick. Me encuentro en el hotel Winston, usando un nombre falso. Quise telefonarle antes de irme a acostar para informarle que todo marcha bien.

—¡Magnífico! —Comentó Lauren—. Duerma toda la noche, y en la mañana...

Un repentino grito de alarma de Paul la interrumpió:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace? ¡Deténgase!

Su temor afectó inmediatamente a Lauren.

—¿Qué pasa? ¿Quién está allí? —preguntó la joven.

—¡Una mujer! —contestó Paul—. ¡Va a entrar por la escalera de emergencia!

En la habitación del hotel, Paul se encontraba sentado en un cómodo sillón, con los pies subidos sobre un taburete, un libro en las piernas y una copa de coñac a su lado. Retiró ligeramente la cara del teléfono y habló a la copa de coñac, como si fuera la imaginaria intrusa:

—¡Aléjese de mí! ¡Por favor!

—¡Hágala salir! —Gritó Lauren, en el teléfono—. ¡Sáquela a empellones!

—¿A las dos?

Lauren se paralizó.

—¿Son dos? —preguntó.

—¡La primera trajo a una amiga suya! —Gritó Paul—. ¡Auxilio, doctora!

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

—¡Señor Chadwick! —Gritó Lauren, oprimiendo una y otra vez el botón del teléfono—. ¡Señor Chadwick!

Todo fue inútil: la línea estaba muerta. Lauren Boullard colgó, se puso en pie de un salto y corrió hacia el armario. Estaba sacando su abrigo, cuando Arnold salió nuevamente de la cocina, llevando en las manos dos platos con los que iba a poner la mesa para cenar.

—El joven miró a su prometida y preguntó:

—¿A dónde vas?

—¡Al hotel Winston! —contestó la mujer, mientras se ponía apresuradamente el abrigo.

—Pero..., ¿y la cena?

Lauren se dirigió a la puerta.

—Esto es más importante, Arnold. ¡Ese hombre me necesita! —dijo.

Salió y cerró la puerta de golpe.

Arnold depositó tristemente los platos en la mesa.

—Ésa es otra cosa que voy a cambiar, después que nos hayamos casado —gruñó, hablando consigo mismo—. Ya no saldrá corriendo así como así para encontrarse con algún hombre en un hotel, ¡tendrá que cenar, antes de irse!

El taxi que llevó a Lauren al hotel Winston no consiguió acercarse a la entrada, porque enfrente del establecimiento había autos estacionados en doble y aun en triple fila, provocando un congestionamiento monumental del tránsito. Una enorme muchedumbre de hombres y mujeres que gritaban alegremente y llevaban puestos sendos feces amarillos, ocupaba totalmente las aceras y la calle. Encima de la entrada del hotel, colgaba un enorme cartelón que aclaraba todo aquello; decía:

BIENVENIDOS, MIEMBROS DE LA FRATERNAL ORDEN DE BISONTES

Lauren salió del taxi a media cuadra de distancia del hotel. Se abrió paso entre la multitud a empujones y, forcejeando, logró llegar, por fin, a la entrada del establecimiento. Adentro, la situación era peor. El vestíbulo estaba como Times Square en la noche del Año Nuevo: una muchedumbre parecía haber sido acomodada allí, hombro con hombro. Y aparte de los participantes del congreso, había cincuenta y dos mesas de madera pequeñas, para que se registraran todos ellos; cada mesa

representaba un estado diferente del país. El ruido que producían las voces de toda aquella gente era ensordecedor. La multitud era tan densa, que resultaba casi imposible avanzar entre ella. Muchos se pasaban copas de licor por encima de las cabezas de los demás. Hasta el equipaje se pasaba sobre las cabezas de todos, ya que aquél era el único espacio abierto disponible en ese lugar.

Asfixiada en medio de la muchedumbre, Lauren continuaba tratando frenéticamente de avanzar, poco a poco, hacia el escritorio del encargado del hotel, pero casi nada conseguía.

—¡Déjenme pasar! —Suplicaba, empujando al muro de cuerpos erguidos y apretados entre sí que la rodeaba—. Tengo que pasar. ¿Quieren abrirme paso, por favor?

Finalmente, logró llegar al centro del vestíbulo... y allí quedó atrapada entre la gente, con los brazos clavados a sus costados, incapaz de moverse un centímetro más en cualquier dirección. Estirando el cuello, consiguió echar una mirada al despacho del encargado, allá a lo lejos, en medio de un océano de cabezas coronadas por extraños «*feces*»^[1] amarillos que se movían incesantemente.

Aquel dependiente estaba, a todas luces, al borde del colapso, tratando de alejar a unos nueve o diez congresistas de su escritorio. Detrás de él, la operadora del conmutador se encontraba sentada en las rodillas de un congresista, tratando desesperadamente de continuar cumpliendo con su trabajo en el conmutador, mientras quitaba de su cuerpo las manos de aquel individuo.

La gente estaba amontonada contra el frente del escritorio, pidiendo a gritos sus llaves, preguntando si había recados para ellos, o queriendo pagar sus respectivas cuentas. Algunos de los participantes del congreso que se hallaban detrás del escritorio empezaron a sacar cartas y recados de los casilleros y a meterlos en otros casilleros. Otros congresistas comenzaron a tomar las llaves de las habitaciones y a lanzarlas, sin ton ni son, a la muchedumbre.

—¡Por favor, caballeros! —Gritó el dependiente—. ¡Orden! ¡Todos ustedes irán a parar a cuartos que no les corresponden!

—¡Excelente! —le respondió a gritos uno de ellos—. ¿Ha visto usted el aspecto de nuestras esposas?

Lauren, que continuaba presa en el centro del vestíbulo, trató de mover libremente los brazos, pero no lo consiguió. Repentinamente, la mano de un hombre apareció encima de la cabeza de la doctora Boullard, sosteniendo una copa vacía para champaña. Desde otro lugar, surgió una mano, también sobre la cabeza de Lauren, llevando una botella de champaña. Cuando la joven inclinó la cabeza para mirar hacia arriba, manteniendo la boca parcialmente abierta a causa de lo que presentía, la mano que sostenía la copa se movió hacia un lado y la otra mano empezó a verter un chorro de champaña.

El líquido cayó directamente en la boca abierta de Lauren. Al sentir que se ahogaba, la joven trató de retirarse de aquel sitio, y cayó de rodillas... Así, descubrió un camino para atravesar la muchedumbre y empezó a arrastrarse entre las piernas de los congresistas.

Su avance a gatas fue lento y tortuoso, teniendo que hacer muchas desviaciones. En cierto lugar, durante el recorrido, adquirió sin saber cómo un fez amarillo, que quedó inclinado sobre su cabeza en un ángulo absurdo. Finalmente, llegó a su meta, levantándose enfrente del escritorio del dependiente.

Detrás del mueble, el encargado estaba prácticamente loco, tratando de mantener el orden.

—¡Uno por uno! —suplicaba a los congresistas que, a ambos lados de Lauren, exigían ser atendidos—. ¡Deben formar una sola hilera!

—¡Debo hablar con usted, por favor! —Le gritó Lauren—. ¡Busco a un hombre!

—¡Si no puede conseguirlo aquí, debe darse por vencida! —respondió a gritos el aludido.

—¡Él se encuentra en peligro! ¡Dos mujeres acaban de penetrar por la fuerza en su habitación!

—¡Debe de ser la delegación de Pasadena! ¡Tres de sus mujeres acaban de secuestrar al gerente del turno de la noche!

Desesperada, Lauren gritó:

—¿Dónde está el detective del hotel?

El dependiente señaló un rincón del vestíbulo.

—¡Allí! —contestó—. ¡Es el que lleva un bombín negro!

Lauren miró en la dirección indicada y vio a un hombre con bombín negro y a una mujer con fez amarillo que estaban parados en el rincón, abrazándose. En cierta forma, no parecía posible que el detective del hotel se interesara en el problema de Lauren en aquel preciso momento.

La joven se volvió nuevamente hacia el dependiente, quien tenía nuevas dificultades: dos congresistas lo habían esposado a un poste.

—¡Soy doctora! —Le gritó Lauren—. ¡Se trata de una emergencia! Debo encontrar a ese hombre.

—¿Cómo se llama?

—Ignoro qué nombre usó al registrarse...

Una congresista se abalanzó sobre el dependiente y comenzó a darle apasionados besos en todo el rostro. Incapaz de resistirse, ya que tenía los brazos sujetos alrededor del poste, el hombre recurrió a Lauren:

—¡Él está perdido! ¡Sálveme a mí!

—¡Pero está enfermo! —replicó la joven.

—¡Escuche lo que ella dice! —rogó el dependiente a la mujer que lo estaba

besando—. ¡Ella es doctora y afirma que esto podría matarme!

Sobre el barullo de la muchedumbre, se oyó una voz proveniente de los altoparlantes:

—Doctora Lauren Boullard, al teléfono —dijo—. Doctora Lauren Boullard.

Cuando la joven comenzó a abrirse paso a empujones, a lo largo del frente del escritorio, rumbo a los teléfonos, toda la gente que ocupaba el vestíbulo empezó a cantar el himno de la Orden de Bisontes. Finalmente, una vez que consiguió sostener un teléfono en la mano, tuvo que gritar con todas sus fuerzas para ser escuchada por encima de los bramidos.

—¡Habla la doctora Boullard! ¡Acaban de avisarme que me llaman por teléfono!

Se oyó un zumbido; luego, un chasquido y, después, la voz de Paul Chadwick, que preguntaba, gimiendo:

—¿Dónde está usted, doctora?

—¡En el vestíbulo! —respondió Lauren, gritando—. ¿Se encuentra usted bien?

—No; me encerré en el cuarto de baño, ¡pero están quitando las bisagras!

—¿En qué cuarto está usted?

—Me hallo en el tercer piso, cuarto...

Paul calló, sin terminar la frase, y colgó el teléfono.

—¿En qué cuarto? —gritó Lauren en el auricular—. ¡Señor Chadwick!

La línea estaba muerta. Solamente le quedaba un camino para localizarlo: subir al tercer piso y empezar a tocar de puerta en puerta.

Lauren comenzó a abrirse paso a empujones y codazos entre la muchedumbre, dirigiéndose hacia los ascensores. Le tomó diez minutos, durante los cuales fue golpeada y desgredada, el llegar a su destino. Cuando lo consiguió, se abrieron las puertas de un ascensor y salió de él una multitud de congresistas cargados de maletas, que absorbió a Lauren, arrastrándola en dirección a una cercana puerta lateral.

Atrapada en medio de la delegación que iba a partir e incapaz de librarse de ser llevada con aquella gente, Lauren fue sacada por la puerta y conducida a la parada de autobuses, donde esperaba un vehículo. Una vez que todos los congresistas hubieron abordado el autobús, Lauren no tuvo más probabilidades de bajar que una sardina al tratar de salir de su lata.

La puerta del autobús se cerró y el vehículo se alejó del hotel, dirigiéndose al norte..., para salir de la ciudad.

A temprana hora de la mañana siguiente, Lauren se encontraba de pie, junto al escritorio de su consultorio, hablando por teléfono con su novio:

—No me preguntes cómo fui a parar a Albany, Arnold. Quedé atrapada dentro de un autobús, con noventa y ocho bisontes borrachos. Siento que hayas permanecido levantado hasta las dos de la mañana, manteniendo la cena caliente, pero...

Dejó sin terminar la frase, porque la puerta del consultorio se abrió. Lauren miró hacia allí y abrió la boca, asombrada.

Parado en el umbral de la puerta se hallaba Paul, desaliñado y con los ojos inflamados; tenía el pelo despeinado y la mayor parte de los botones de su camisa habían desaparecido. Llevaba una valija en una mano, con la chaqueta atravesada encima. En la otra mano sostenía dos feces amarillos.

—Te llamaré después, Arnold —dijo Lauren, colgando el teléfono; luego, corrió hacia Paul, diciendo—: Señor Chadwick...

—Dos contra uno —dijo él, irritado, levantando los dos feces—. ¡Fue injusto!

Se apoyó, exhausto, contra el marco de la puerta.

Lauren lo tomó del brazo y lo condujo hacia la silla más cercana.

—¿Qué ocurrió?

—Arrancaron la puerta del cuarto de baño —gimió Paul, hundiéndose en la silla y dejando caer a un lado la valija y los dos feces—. Traté de esconderme, pero... —miró a Lauren tristemente—. ¡Oh, doctora! ¿Dónde estaba usted cuando yo la necesitaba más que nunca?

—No pude abrirme paso a través de la multitud.

Paul se encorvó en la silla, mirando fijamente el piso.

—Debe haber alguna cosa que usted pueda darme y que tenga efecto rápido y sin dolor. ¡Elimíneme!

—No hable así.

—Solamente le pido que no me entierren junto a una mujer..., ni cerca de una de ellas.

—Está usted tan agotado, que no piensa con suficiente claridad.

Lauren lo examinó y tomó una decisión. Rodeándolo con los brazos, lo ayudó a ponerse en pie.

—Venga conmigo —ordenó.

Paul la miró con repentina alarma... y suspicacia.

—¿Qué va usted a hacer conmigo?

—Veré que descanse un poco —le respondió Lauren tranquilizadamente—, y que nadie lo moleste.

Acomodó un brazo alrededor de la cintura de Paul para ayudarlo a caminar, y recogió la valija con la otra mano.

—¿Adónde vamos? —preguntó débilmente Paul.

—A mi apartamento —respondió Lauren—. Usted va a dormir en donde puedo asegurarle que estará a salvo: ¡en mi cama!

Capítulo 7

MEDIA HORA DESPUÉS, Paul se encontraba apoyado en las almohadas que había en el lecho de Lauren, vistiendo un pijama y cubierto por una sábana hasta la cintura. La joven se hallaba sentada en el borde de la cama, junto a su paciente, sosteniendo un pequeño tazón de sopa. Tomó un poco con la cuchara y sopló para enfriarla.

—¡Bien! ¿Tuve razón? —le preguntó a Paul—. ¿No se siente usted bien y seguro aquí?

—Sí —respondió él, con voz débil—. Nunca hubiera pensado en venir a ocupar su cama.

Lauren depositó una cucharada de sopa en los labios del hombre.

Paul la tragó, y dijo:

—Ya casi estaba dispuesto a darme por vencido, ¿sabe usted?

—Eso es algo que no debe hacer. Admito que ha encontrado algunos obstáculos; pero, desde la primera visita que me hizo en mi consultorio, ha avanzado un largo trecho del camino hacia el éxito.

—Si —convino Paul—, me doy cuenta de eso ahora que estoy en su cama.

—Sin embargo, todavía le falta mucho.

—También me doy cuenta de eso.

Lauren le dio otra cucharada de sopa.

—Tengo que regresar a mi oficina. He descolgado el teléfono del apartamento y voy a cerrar con llave la puerta al salir. Duerma un poco. Regresaré a las seis.

—Usted no tiene idea de lo que esto significa para mí, doctora. Desde hace mucho tiempo no he podido dormir con la mente tranquila, sintiéndome seguro de que no me despertará repentinamente alguna mujer, al meterse en mi cama y...

En ese momento, sonó el timbre de la puerta.

Lauren bajó el tazón de sopa.

—Disculpe —dijo—. Alguien llama a la puerta.

Paul se encogió, apoyándose contra las almohadas, aterrorizado.

—¡Han dado conmigo! —gritó.

—No, no —le aseguró Lauren—. Nadie sabe que usted se encuentra aquí.

Se levantó y salió de la alcoba; atravesó la estancia y abrió la puerta. Era Arnold Plum.

—Supuse que estarías aquí —dijo cuando entró—, porque no estabas en el consultorio y la línea telefónica de tu apartamento sonaba ocupada. ¡Traigo buenas noticias! Mamá vendrá en avión desde West Palm Beach para conocerte. Estaba yo hablando con ella por teléfono y decidí que ya era tiempo de mencionar nuestras relaciones; ella me dijo que tomaría el primer jet donde encontrara un asiento desocupado.

Lauren se dirigió a la cocina.

—Creí que tu madre tenía miedo de viajar en avión —dijo.

—Así es —respondió Arnold, mientras caminaba tras ella—. Pero, como ella me dijo por teléfono, ¿qué importa la vida de una madre, cuando su único hijo está a punto de casarse?

—¡Qué manera tan agradable de decirlo!

—Sí —convino Arnold—. Así es mamá: nunca se preocupa por sí misma. Te encantará. Es tan simpática que todo el mundo le dice mamá Plum.

Arnold dio dos pasos más después de pasar frente a la puerta de la alcoba en seguimiento de Lauren, antes de reaccionar por lo que había visto en aquella habitación. Entonces, se detuvo, retrocedió hasta el umbral de la puerta de la recámara y miró nuevamente hacia adentro.

Paul lo saludó agitando despreocupadamente la mano desde el lecho.

Arnold, sin saber qué otra cosa podía hacer, le devolvió el saludo, moviendo la mano.

Paul sonrió en forma amistosa.

Arnold le devolvió la sonrisa, y después, siguió caminando, pensativo, hacia la cocina, y abrió la puerta giratoria. Lauren estaba lavando la cacerola en que había calentado la sopa.

—Lauren —dijo Arnold.

—¿Sí?

—Hay un hombre en tu cama —le informó el joven.

—Lo sé —replicó Lauren—. Está descansando.

Arnold pensó un momento.

—¿Está enfermo? —preguntó.

—No; solamente exhausto.

—¿De qué?

—Es un paciente mío —explicó Lauren.

—¡Ah!

—Estoy tratando de hacer que recupere su fuerza. ¿Te molestaría entrar en la recámara y asegurarte de que se termine la sopa?

Arnold, obediente, se dio vuelta y salió de la cocina.

Al entrar en la alcoba, se dirigió a la cama y estiró amistosamente la mano.

—¡Qué tal! —saludó.

—¡Hola! —respondió Paul, inseguro, y estrechó la mano de Arnold.

—Soy Arnold Plum, el novio de la doctora Boullard.

Hubo una breve pausa mientras Paul aceptaba el hecho, desconocido para él hasta aquel momento, de que Lauren Boullard estaba comprometida.

—¿De veras? —preguntó.

Arnold miró el tazón que estaba en la mesilla, junto a la cama.

—Usted no ha probado la sopa —le dijo a Paul, reprendiéndolo.

—Yo..., este..., quise dejar que se enfriara un poco.

Arnold echó un vistazo en torno suyo, con curiosidad.

—¡Conque ésta es la alcoba de Lauren!, ¿eh? —comentó el prometido de la doctora.

Paul lo miró.

—¿Nunca había estado aquí? —inquirió.

—¿Para qué? —Replicó Arnold—. El aparato televisor se encuentra en la estancia.

Arnold se sentó en el borde de la cama y recogió el tazón de sopa.

—¡Vamos! La doctora quiere que recobre usted sus fuerzas —dijo, y le dio una cucharada de sopa a Paul.

Éste la tragó y miró a Arnold, tratando de descifrar su personalidad.

—¿No hay alguna pregunta que quiera usted hacerme? —le preguntó.

—¿Respecto a qué?

—Pues..., respecto a que estoy en la cama de su novia —contestó Paul.

Una sonrisa sofisticada de hombre mundano apareció en los labios de Arnold.

—¿Qué clase de relaciones tendríamos Lauren y yo, si sospechara de todos los hombres que encontrara en su lecho?

Tan pronto como Lauren salió de su apartamento, llevándose a Arnold Plum consigo, Paul saltó de la cama. Penetró inmediatamente en la estancia, tomó el teléfono y marcó el número del hotel donde se hospedaba Michel Boullard, consiguiendo que la operadora lo comunicara directamente a su habitación.

Un momento después, escuchó la voz del abogado:

—¡Hola!

—Habla Paul Chadwick —gruñó el estadounidense—; le llamo desde el apartamento de su hija y quiero...

—¡Cómo! ¡Ya está usted en su apartamento! ¡Maravilloso! Yo sabía que usted iba a triunfar.

—No he triunfado aún, ni triunfaré jamás. Lo que voy a hacer es vestirme y marcharme...

—¿Vestirse? —preguntó Michel, más feliz a cada momento, interrumpiéndolo—. ¡Oh, usted es soberbio!

—Escuche, Boullard —pidió Paul.

Explicó con brevedad lo que había ocurrido.

—Por eso voy a irme de aquí inmediatamente —concluyó—. ¡Y no regresaré jamás!

—No comprendo, *monsieur*. ¿Qué cosa ha provocado su enojo?

—¡Ella está comprometida!

—¿Y...?

—¿Qué quiere usted decir con eso? ¡La situación ha cambiado radicalmente!

—Pero, usted me hizo una promesa... ¡Me dio su palabra!

—¡Usted no me dijo que ella tenía novio! —replicó Paul—. ¿Para qué me necesita a mí? Deje que se case con Arnold. Los dos harán un viaje de luna de miel y..., este...

Su voz se apagó, cuando se acordó de Arnold Plum.

—Si usted pudiera terminar esa frase, *monsieur* Chadwick —dijo Michel, con pesadumbre—, yo no lo necesitaría. Permanezca en ese apartamento hasta que mi hija regrese; ¡por favor!

Paul no pudo ver lágrimas en los ojos del francés, puesto que hablaban por teléfono, pero pudo escuchar el tono de angustia que había en su voz. Trató de resistir, replicando:

—Olvídese de ella, Boullard. Es más fría que un pollo congelado; no hay esperanzas de salvarla.

—No lo creo así. Lauren tiene sangre francesa: tres tías suyas eran la sal y pimienta de París.

—¿Sí? Pues creo que a su hija le sobra sal y le falta pimienta. ¡Jamás reaccionará!

—¿Dejará usted de... de cumplir su palabra? —preguntó Michel, emitiendo un sollozo.

Cuando Lauren regresó a su apartamento, a las seis de aquella tarde, arrojó su abrigo sobre el sofá y se dirigió directamente a la recámara. Al penetrar en la habitación, iba preguntándose si encontraría a Paul Chadwick en la cama, durmiendo todavía, o si estaría sentado en ella, completamente recuperado de su agotamiento. Pero lo que halló fue que su alborotado lecho estaba vacío. Paul ya no estaba allí.

Sorprendida, echó un vistazo a su alrededor.

—¿Señor Chadwick? —preguntó.

La puerta del armario donde Lauren guardaba su ropa se entreabrió y un ojo la espío.

—¡Ah, es usted! —exclamó Paul, con considerable alivio, y abrió completamente la puerta.

Salió en seguida, vistiendo todavía su pijama, pero con un aspecto reposado y saludable.

—No me sentía seguro —explicó mientras regresaba nuevamente a la cama—. Cuando oí que se abría la puerta del frente, temí que pudiera ser una mujer quien entraba para atacarme.

—El ocultarse en los armarios no lo curará —repuso Lauren, mientras lo miraba estirarse en el lecho—. Ya le he dedicado a usted demasiadas atenciones este día. Solamente hay una cosa que resolverá el problema.

Paul la miró, expectante.

—¿Sí?

—¡Vístase!

El hombre se las arregló para disimular su decepción, al preguntar:

—¿Para qué?

—Usted va a salir esta noche.

—¿Salir? —Repitió Paul y, temblando, señaló hacia la ventana—. ¿Saldré a la calle, donde podrán verme las mujeres? ¡Imposible! Me atacarán.

—¡Tonterías! —replicó Lauren, firmemente—. Usted no puede pasar el resto de su vida en mi lecho.

—Todo lo que necesito son unos cuantos días.

—Eso sería retroceder. Primero serían tres días, que se convertirían en tres semanas, y después, en tres meses. ¡Terminaría por no querer salir de esta habitación!

—Jamás enfermaré a tal grado.

Paul la miró, preguntándose por qué se sentía tan enojado con Lauren. Él había conocido a mujeres frías antes, siempre había tenido pena por ellas y nada más, acabando por olvidarlas. Supuso que la diferencia, en esa ocasión, era que Lauren Boullard era extremadamente femenina..., en apariencia. Parecía una mujer normal, pero no lo era. Aquella femineidad era solamente un disfraz que ocultaba a un monstruo metálico dominante. Y eso causaba, más que nada, el resentimiento que Paul abrigaba hacia ella.

Lauren permaneció parada junto a la cama, examinándole como si él fuese algo parecido a un espécimen experimental.

—Sus ansiedades con respecto a las mujeres —dijo—, están llegando a una etapa de psicosis, señor Chadwick. He decidido demostrarle que puede pasar una noche con una mujer, sin que ella amenace con suicidarse ni intente forzarlo físicamente.

—Pero yo no puedo arriesgarme a hacer el intento, después de lo que me ha ocurrido. Usted no sabe cómo se ponen las mujeres cuando están cerca de mí, querida doctora.

—Usted va a salir conmigo. Cenaremos, bailaremos un poco, tomaremos unas copas, y después, regresaremos aquí. Nos despediremos dándonos la mano y se irá a casa.

Paul la miró, pensativo.

—¿Nada más? —preguntó.

—Nada más.

—Doctora, no abrigue esperanzas falsas. Hay algo en mí que provoca que las

mujeres, todas ellas, pierdan el control. ¿Cómo puedo tener la seguridad de que usted podrá dominar sus instintos cuando estemos...?

—¿Acaso no está ocurriendo una situación peligrosa en este momento? —preguntó Lauren, interrumpiéndole—. ¿Por ventura no estamos solos, en mi alcoba?

Paul miró en torno suyo, como si por primera vez se diera cuenta de ello.

—¡Vaya! Estamos solos —dijo—, ¿verdad?

—¿Ve usted lujuria o deseo en mis ojos?

Paul la miró a los ojos.

—No —respondió, sinceramente.

—¡Y jamás los verá! —afirmó Lauren, convencida.

—Estoy empezando a creerlo —replicó Paul, con la misma convicción.

Paul decidió que, en aquellas circunstancias, era preciso recurrir a tácticas especiales y nuevas. Sí; tenía que emplear otros métodos, aunque fueran despreciables.

Esa noche, poco después de las nueve, un taxi se estacionó enfrente del edificio de apartamentos donde vivía Paul Chadwick. Arnold Plum descendió del vehículo, sacando dos maletas. Cuando estaba depositándolas en la acera y pagando al chófer, una mujer corpulenta, de aspecto formidable, que tendría sesenta o sesenta y cinco años, salió del taxi: era mamá Plum.

Al alejarse el automóvil, Arnold se volvió a ella.

—Siento que Lauren no haya podido conocerte esta noche —dijo—, pero está con un paciente y...

Mamá Plum le dirigió una mirada de resignación.

—Comprendo, hijo. ¿Por qué habría de abandonar todos sus asuntos una extraña, para ver a una anciana que ha viajado dos mil kilómetros solamente para conocerla?

Arnold trató de cambiar de tema, señalando el edificio de apartamentos y diciendo:

—Sé que te agradará este lugar, mamá. Dicen que es un sitio muy respetable. La mayoría de los apartamentos están ocupados por huéspedes permanentes, pero tienen algunas habitaciones magníficas para clientes transitorios y yo tuve suficiente suerte para conseguirte uno.

Arnold estiró la mano hacia las valijas.

Mamá Plum lo empujó a un lado y las recogió ella misma, diciendo:

—Yo las llevaré. No quiero que hagas esfuerzo alguno.

—¡Bah! Ya soy todo un hombre, mamá —protestó el joven, avergonzado, mientras ella caminaba con esfuerzo junto a él para penetrar en el vestíbulo cargando las maletas como si cada una de ellas pesara cincuenta kilos—. Después de todo, ya voy a casarme y tendré mujer e hijos.

—Es posible que ella te deje llevar las valijas; pero hasta entonces, debes contar con tu madre, que se preocupa por ti.

Precisamente en aquel momento, Lauren y Paul estaban terminando una soberbia cena en el restaurante de comida francesa de Étienne. Fue Lauren quien escogió aquel sitio para cenar. Ella conocía al dueño como amigo de su padre, a quien apenas recordaba, y algunas veces iba a cenar allí con Arnold; mejor dicho, Arnold la acompañaba a cenar allí.

Paul también conocía a Étienne, porque habían sido presentados por Michel Boullard poco tiempo después de que el estadounidense aceptara hacerle el favor. No obstante, cuando Lauren los presentó, al entrar en el restaurante, los dos hombres habían fingido cuidadosamente que se estaban conociendo por primera vez.

Ahora, Étienne los observaba discretamente, desde lejos, esperando ver una muestra del fabuloso tacto con las mujeres que, según le había asegurado Michel, tenía el estadounidense. Hasta entonces, no había visto nada impresionante. De hecho, Paul Chadwick parecía estar actuando con rígida diplomacia hacia Lauren, y aquello, ciertamente, no resultaba apropiado para derretir el corazón de ninguna mujer común y corriente.

Al terminar la cena, mientras tomaba una taza de café, Paul miró pensativo a Lauren.

—¿Sabe, doctora? Realmente ha sido una experiencia muy agradable el haber salido con alguien como usted —dijo.

Lauren sonrió complacida por lo que consideraba un cumplido.

—Esto hace que me dé cuenta —prosiguió Paul—, de que he estado saliendo con la clase de mujeres que no me conviene.

Lauren continuó sonriendo.

—El reconocer ese hecho es algo muy útil en su caso —opinó.

—¿Le molestaría que le dedicara un cumplido? Me gusta el vestido que lleva.

—Gracias.

—Considere usted a una muchacha como Doris, que es una joven con quien salgo de vez en cuando: ella habría gastado cuatrocientos o quinientos dólares en algún modelo original muy atractivo. Sin embargo, yo prefiero mucho más la simplicidad del vestido que lleva usted... Se nota que lo consiguió, probablemente, en una barata.

Lauren dejó de sonreír.

—En realidad, este vestido fue diseñado especialmente para mí —replicó—. ¡Es un modelo original!

Paul analizó aquel exquisito traje de noche con ojo crítico.

—Ahora que lo pienso, supongo que sí es probable que usted se mande hacer sus vestidos a la medida —decidió, con diplomacia.

—¿Por qué dice usted eso? —le preguntó Lauren, con tono frío y disgustado.

—Bien..., usted sabe. Por ejemplo, yo tengo un hombro ligeramente más bajo que el otro, y por eso necesito un poco de relleno en una hombrera de mis chaquetas. Todos nosotros necesitamos que se hagan ciertos ajustes a nuestra ropa; pero a algunos les hacen más falta que a los demás.

Para entonces, Lauren ya lo estaba mirando furiosa, lo cual deleitó a Paul. Al fin estaba abordándola.

—Sin embargo, dejemos que nuestros sastres se preocupen por esos problemas — prosiguió con una sonrisa—. Estamos aquí para divertirnos. ¡Vaya! Ciertamente estoy contento de haber salido con alguien como usted, doctora.

Lauren volvió a sonreír débilmente. En cierta forma, lo que él aparentemente decía como «cumplido» resultaba cada vez menos halagador.

En el otro extremo del restaurante, un conjunto formado por tres músicos empezó a tocar románticas piezas de baile.

—¿Bailamos? —inquirió Paul, titubeando.

—¡Naturalmente!

Lauren se puso de pie y lo acompañó a reunirse con algunas otras parejas en la pequeña pista de baile.

Cinco minutos después, mientras se movían suavemente al compás de la música, estrechándose, Paul se dedicó a hacerle otro cumplido:

—¿Me permite decirle que me agrada mucho bailar con usted?

—¡Gracias! —respondió Lauren, complacida.

Debería haber sabido mejor a qué atenerse, para aquel momento.

—Desde hace mucho tiempo —le dijo Paul—, no he bailado un ritmo tan sencillo como éste. La mayoría de las muchachas de la actualidad lo han olvidado.

La complacencia de Lauren desapareció.

—¿De veras? —preguntó.

—Parece que la mujer moderna ya no aprecia el buen baile —dijo Paul.

—¿Qué le gusta a la mujer moderna?

—¡Oh! Sus gustos cambian a diario. Tomemos, por ejemplo, a una muchacha como Susan, que es otra amiga con quien salgo una que otra vez. Ella habría insistido en que fuésemos a un lugar en donde se practicaran todos esos nuevos pasos rápidos. En cierto modo, sin embargo, esa clase de bailes salvajes encaja en la personalidad de las jóvenes como Susan, ya que todo el mundo tiene energía para bailar así, a su edad.

Lauren se enojó ligeramente, sin querer.

—¿Cuántos años tiene ella? —preguntó.

Paul pensó un poco, y respondió:

—No debe de tener arriba de veintiséis o veintisiete.

Lauren bajó la voz y habló, apretando los dientes.

—¿Y yo represento más de veintiséis o veintisiete años? —inquirió.

—Usted es una mujer afortunada. Como es delgada, su apariencia confunde y no hay manera de precisar su edad.

—¿Delgada? ¿Me considera delgada?

—Eso es lo mejor para la salud. Según las estadísticas, usted vivirá más que el término medio de las mujeres. —Paul continuó fingiendo que no advertía cuán ofendida estaba Lauren—: De cualquier manera, ¿qué importancia tiene la edad, después de cierto período de la vida? Lo principal es que ahora nos estamos divirtiendo mucho. ¡Vaya! En verdad me alegro de haber salido con usted, doctora.

Lauren recordó que era psicóloga, que Paul era su paciente y que había salido con él solamente para curarlo. Trató de sonreír, pero el resultado fue triste, en verdad.

Media hora después, regresaron a su mesa y Paul hizo una señal al camarero encargado de los vinos.

—Usted ha hecho que esta sea una noche maravillosa, ¿sabe? —Le dijo, agradecido, a Lauren—. Me gustaría que la celebráramos con un poco de champaña. Ahora, veamos... ¿En qué año resultó buena la champaña?

Meditó durante unos minutos, y luego, miró a Lauren como si le pidiese ayuda.

La joven trató de serle útil.

—Es excelente la del cincuenta y uno —dijo.

Paul levantó un poco las cejas, sorprendido.

—¡Muy interesante! —comentó—. Tome en consideración a una muchacha como Andrea, otra conocida mía: ella habría ordenado una botella del cuarenta y siete. Sin embargo, ella es de la clase de personas que insisten en pedir lo mejor.

En esos momentos, Lauren ya estaba cansada de los «cumplidos» que le dedicaba Paul y molesta de que la comparase constantemente con otras mujeres. Aunque se reprimió un poco, no pudo dejar de defenderse.

—Señor Chadwick —dijo—, no soy una ignorante en lo que se refiere al champaña, porque mi padre era francés. Por lo tanto, resulta que su amiga Andrea no es la mayor autoridad a ese respecto. ¡Es mejor la del cincuenta y uno!

Paul consideró mentalmente los argumentos de Lauren y los encontró deficientes.

—Para actuar con seguridad —decidió al fin—, creo que sería mejor que aceptáramos la opinión de Andrea.

Miró al camarero y ordenó:

—Una botella del cuarenta y siete.

Francoamente disgustada, Lauren le gritó al camarero:

—¡Y una del cincuenta y uno!

Paul le dirigió amablemente una mirada de reproche.

—Su ego está herido, doctora, y usted solamente trata de probar un punto.

—¡Es mejor la del cincuenta y uno!

—Pero es una tontería que haya ordenado una botella para usted sola. Con una muchacha como Andrea, sería aceptable, ya que podría acabársela; pero usted no puede.

—¡Conque no puedo!, ¿eh? ¡Usted no conoce, mi capacidad!

—Ahora está tratando de probar otra afirmación —dijo Paul, con tono de preocupación—. Dice que puede tomar tanto como Andrea, aunque sabe que no podrá acabarse una botella de champaña usted sola.

—¿No?

Lauren miró al camarero y dijo, terminantemente:

—Una botella del cincuenta y uno para mí, por favor.

Una hora después, Étienne observaba de pie junto a la mesa, perplejo y frunciendo el ceño, lo que había ocurrido.

Paul permanecía sentado, mirando su botella de champaña vacía a medias, muy satisfecho con el último acontecimiento. La botella de Lauren estaba completamente vacía y la mujer tenía la cabeza apoyada de plano sobre la mesa; sus ojos estaban cerrados y sus brazos colgaban completamente sueltos a los lados. Estaba inconsciente.

—Yo sabía que ella no lo resistiría —dijo Paul, mientras se ponía en pie.

—Pero yo no comprendo de qué puede servir esto —susurró Étienne—. El hecho de emborrachar un poco a una mujer, puede ser útil en algunas ocasiones, naturalmente; sin embargo, cuando la víctima ha perdido el conocimiento por completo... Temo que usted ha llegado demasiado lejos, señor Chadwick.

—No; nada he hecho —replicó Paul, con una breve sonrisa—, al menos hasta ahora.

Y, después de haber pronunciado aquella enigmática aseveración, levantó a Lauren de la silla, se la acomodó en el hombro y salió del restaurante.

Capítulo 8

CUANDO LLEGARON al edificio de apartamentos de Paul, Lauren seguía inconsciente y parecía que iba a permanecer así por el resto de la noche.

El hombre volvió a acomodar de nuevo a la doctora Boullard en su hombro y la metió en el edificio. Se dirigió hacia el escritorio que había en el vestíbulo, detrás del cual se encontraban trabajando dos mujeres: una era la cajera, una cincuentona regordeta, llamada Helen, y la otra era una operadora de conmutador, alta y delgada, que acababa de pasar de los treinta años y tenía fricciones bastante bien delineadas, aunque ligeramente masculinas.

—¿Quiere subir a mi apartamento por unos minutos tan pronto como pueda, Mickey? —preguntó Paul a la operadora.

Mientras el hombre seguía su camino hacia el ascensor, la mujer retiró la vista del conmutador y miró a Helen, la cajera.

Ésta, a su vez, la miró con las cejas levantadas y le preguntó, susurrando:

—¿Viste a la chica que lleva el señor Chadwick a su apartamento? ¡Está inconsciente!

Mickey sacudió la cabeza, tristemente.

—¡Qué momento escogió para desmayarse! —fue su comentario.

Cuando Paul iba entrando en el ascensor, mamá Plum penetró en el vestíbulo llevando algunas revistas que acababa de adquirir en el puesto de periódicos de la esquina. La mujer atravesó apresuradamente el vestíbulo y se metió en el ascensor. Al momento, quedó paralizada. Cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, la señora Plum miró, impresionada, a la mujer que colgaba completamente suelta sobre el hombro de Paul Chadwick.

Les volvió la espalda, marcadamente.

—¡Es enojoso! —musitó.

—Escandaloso —convino Paul, de buen grado.

Mamá Plum bufó.

—Creía yo, sin embargo, que éste era un hotel respetable —replicó.

—Por eso no pude dejar a esta mujer tirada enfrente, en el arroyo —explicó Paul—. Eso le daría mala reputación a este establecimiento.

Mamá Plum se estremeció.

—¡Cuán bajo puede caer una mujer! —comentó.

—Bastante —respondió Paul—. En un tiempo, le obsequiaron muchos abrigos de visón y anillos de brillantes; pero, ahora, es posible tenerla a cambio de una botella de moscatel y unas cuantas estampillas verdes.

Las puertas se abrieron en el piso donde estaba el apartamento de Paul, que sacó cargando a Lauren al pasillo, dejando tras de sí a mamá Plum, asombrada.

Quince minutos después, Mickey terminó de desvestir a Lauren, que seguía completamente desmayada, y la acomodó en la cama. Cuando salió de la alcoba a la estancia de Paul, la mujer se asombró al ver que él arrojaba una almohada y una sábana al diván.

Mickey se detuvo y lo miró, perpleja.

—¿Qué hace? —preguntó.

—Voy a dormir aquí.

—No comprendo. Primero, hace que yo desvista a esa muchacha y la ponga en la cama, ¡y ahora va a dormirse usted en el diván!

—Así es.

—Usted está despedazando mis ilusiones, señor Chadwick —le dijo Mickey, tristemente—. ¿En qué puede tener fe una mujer, cuando un hombre como usted hace estas cosas?

Paul rodeó con un brazo los hombros de la mujer y la condujo a la puerta.

—No pierda la fe, Mickey —dijo.

—Solamente por eso sigo trabajando aquí. Siempre he soñado que alguna noche habrá un terremoto, seguido por una inundación y un ciclón; entonces, ninguna muchacha podrá llegar hasta aquí y usted tendrá que arreglárselas conmigo.

Paul abrió la puerta que daba al pasillo.

—Sea paciente, pues la estoy reservando para una ocasión especial. Recuerde: ¡Todo llega para los que esperan!

—¡Oh, seguro! Llegan las canas, los dientes postizos y la gota.

Mickey salió, cerrando la puerta tras de sí.

En su prolongado trato con personas enfermas, Lauren Boullard había tenido que reconocer, desde mucho tiempo atrás, que era muy afortunada al poseer un elemento físico a su favor: era una mujer extraordinariamente saludable. Aquella fue la causa de que se levantara a la mañana siguiente sin el menor malestar por la borrachera. De hecho, despertó con una extraña sensación de relajada alegría. Al estirarse voluptuosamente, pensó, ociosa, en aquel sentimiento de bienestar.

Entonces, abrió los ojos. Bostezó y dejó que sus ojos se cerraran.

Un instante después, abrió rápidamente los ojos otra vez, desmesuradamente, mientras comenzaba a darse cuenta de que no se encontraba en su propia cama. Frenética, volvió la cabeza de un lado a otro y recorrió con la vista aquella extraña habitación, tratando de orientarse.

No había nada familiar en la alcoba que pudiera proporcionarle alguna pista respecto al lugar en donde estaba. Solamente pudo tener la certeza de que era, definitivamente, una recámara masculina. Había un perchero de trajes, hecho de bronce, junto a la cama, con un pantalón de hombre doblado encima. Estiró la mano

tímidamente y tocó el pantalón, mientras trataba de recordar, desesperada, dónde se hallaba y por qué estaba allí.

No lo consiguió. Lo último que recordaba era que había estado bebiendo champaña con Paul Chadwick en...

Su corazón comenzó a latir salvajemente. Todavía no sabía con seguridad dónde se encontraba, pero sí tenía ya un presentimiento... que le resultaba aterrador.

Levantó, temerosa, la sábana que la cubría y miró lo que había debajo... Luego, la dejó caer, con rapidez, al ver que estaba completamente desnuda.

Casi en estado de shock, Lauren se sentó, se enredó la sábana alrededor del cuerpo, como si se tratase de una toga, y saltó de la cama. La primera cosa en que se fijó al levantarse fue su faja negra, que yacía en el piso, junto con sus medias de seda que continuaban prendidas a ella, como si alguien se la hubiera quitado con gran apresuramiento.

Con una sensación de vacío en la boca del estómago, Lauren avanzó lentamente, rodeando la faja, hacia la puerta que conducía a la estancia. Uno de sus zapatos de tacón alto estaba tirado en el umbral, cerca de su sostén. El resto de sus ropas estaba esparcido más allá por el piso de aquella extraña habitación, amueblada con gusto masculino.

Lauren avanzó un paso más, entrando en la estancia, y quedó inmóvil al ver a Paul Chadwick.

El hombre estaba hundido, con actitud desesperada, en una silla; todavía vestía pijama y tenía la cabeza entre las manos.

—Se... señor Chadwick —tartamudeó Lauren.

Paul no se movió ni contestó.

—¡Diga algo, señor Chadwick! —gritó Lauren, con todas sus fuerzas.

—Yo confiaba en usted —susurró Paul, confusamente. Levantó la cabeza con movimiento lento, y la miró con ojos angustiados y acusadores—. ¡Usted era mi última esperanza!

—¿Qué ocurrió? —suplicó Lauren, desesperada.

—Por favor —contestó Paul, cansadamente—. Vístase simplemente y márchese a casa.

—Debe contármelo todo —insistió la joven, mientras aumentaba su miedo—. Soy su psicoanalista... ¿Qué hice?

—Usted es peor que las otras —gimió Paul—. Ellas se reían nada más y se iban a la mañana siguiente. Usted, en cambio, quiere enterrar el cuchillo más profundamente en mi herida haciéndome hablar al respecto. ¡Ah!

—¡Por favor, señor Chadwick, cuéntemelo todo! Debo saberlo. La última cosa que recuerdo es que estábamos bebiendo un poco de champaña.

Paul la miró cínicamente.

—¡Conque sí!, ¿eh? —replicó—. ¿Supongo que no recuerda haberme pedido ingenuamente que nos detuviésemos un momento para visitar mi apartamento, verdad?

—No.

—¿Tampoco recuerda que después que entramos aquí me pidió que fuera yo a la cocina a preparar algo de café?

—No; no lo recuerdo. ¡Créame!

—Cuando salí de la cocina, me di cuenta de que usted deseaba algo más que café. Lauren apretó la sábana un poco más alrededor de su cuerpo y preguntó, susurrando:

—¿Qué ocurrió?

—Vi su ropa, pero usted no la tenía puesta.

La joven sintió que sus rodillas se doblaban.

—¿Y dónde estaba yo? —preguntó.

—¿Por qué insiste usted en humillarme de esta manera? —Inquirió Paul—. Ríase de lo ocurrido y váyase ya.

—Créame, señor Chadwick, no tengo ganas de reír ahora. ¿En dónde estaba yo?

—En mi cama. Cuando llegué a su lado, usted tenía la almohada sobre el rostro y bromeaba, riendo y preguntando: «¿Puede adivinar quién soy?».

Lauren se turbó por la mortificación. Podía sentir cómo el rubor se extendía por todo su cuerpo.

—Yo seguí su consejo profesional —continuó Paul, fríamente—. La agarré de los tobillos, de un tirón la hice salir de la cama y le ordené que se vistiera. Usted logró zafarse y corrió a esta habitación; yo salí corriendo tras de usted y miré el lugar al que se había dirigido.

—¿Adónde fui?

Paul señaló un pequeño balcón que se encontraba afuera de la ventana de la estancia.

Lauren lo miró, asombrada.

—¿Estaba yo... en el reborde? —preguntó.

Paul asintió, con fatiga.

—Estaba parada sobre una sola pierna, como si fuera un gran pájaro desnudo; y, luego, pronunció la única palabra que podía dejarme indefenso —explicó Paul y, después de una pausa melodramática, concluyó—: Dijo: ¡Wanda!

—¡No es posible! ¡Yo jamás haría eso!

Paul se encogió de hombros.

—Lo demás es cosa sabida.

Lauren siguió mirándolo fijamente, impresionada hasta lo más profundo por el descubrimiento de que hasta ella había sucumbido al misterioso magnetismo físico

que emanaba de Paul; ahora, la doctora sabía que, tan pronto como sus inhibiciones habían sido debilitadas por un poco de alcohol, había forzado físicamente a su paciente, atacándolo a causa de un irresistible brote de pasión.

—Por favor, debe usted creerme —suplicó, con voz sofocada—. ¡No recuerdo nada! Estoy tan impresionada y tan perpleja que no sé qué decir.

—No diga nada —replicó Paul, con aspereza—. Simplemente, vístase y márchese.

Lauren estaba demasiado avergonzada para pronunciar una sola palabra más. Empezó a recoger del piso de la estancia todas sus prendas de vestir.

Paul la observaba atentamente. Cuando la mujer se detuvo bajo la puerta de la alcoba para alzar su sostén y un zapato, él le dijo, con tono de amargura y desaliento:

—Prométame solamente una cosa, doctora: si tiene que hablar de esto con sus amistades, no se jacte de ello.

Dando traspiés, Lauren penetró en la recámara, sobrecogida por el sentimiento de culpa que le causaba el conocimiento de lo que le había hecho a aquel hombre y confundida por la manifestación de insospechados instintos que abrigaba en su interior.

Aquella noche, Lauren llevó a Arnold Plum al restaurante de Étienne, ordenó para cenar lo mismo que había pedido la noche anterior y una botella de champaña de la misma cosecha. Apenas probó la comida, y cuando acabó de cenar, se dedicó a abrir la botella con una mirada de determinación.

Arnold la observaba, al otro lado de la mesa, frunciendo el ceño.

—Has estado actuando en forma muy extraña, Lauren —dijo.

La joven ingirió la primera copa de champaña y volvió a llenar el recipiente, sin decir nada.

—Lo que quiero decir es que has hecho cosas raras —explicó Arnold, con nerviosidad—. Ayer en la mañana, por ejemplo, cuando llegué a tu apartamento, encontré a un desconocido en tu cama, y eso pudo haber sido terriblemente embarazoso. Por fortuna, pude aclararle quién era yo.

Lauren vació su copa y la llenó otra vez.

—Después, estuviste ausente toda la noche —continuó Arnold—. No pude comunicarme contigo en todo el día y dejaste plantada a mi mamá. Y al fin, me llamas, me traes a este lugar, dices que todavía no estás preparada para conocer a mamá Plum, y ahora, empiezas a beber como..., como...

La joven tragó la champaña.

—¡Ésa es tu tercera copa, Lauren! —le indicó Arnold, titubeando.

—Estoy plenamente consciente de eso —le informó la aludida, con calma—. Antes que me case contigo, Arnold, tengo que aclarar algo acerca de mí misma; y,

para lograr eso, es preciso que me emborrache ahora.

Arnold pestañeó.

—¿Debes emborracharte? —preguntó, asombrado.

—¡Sí! Éste es un experimento que realizo en beneficio de nuestras futuras relaciones, para descubrir cómo me comporto bajo la influencia de los excesos del alcohol. Quiero saber si, al emborracharme, me convertiré en una mujer lujuriosa y trataré de atacarte físicamente, Arnold.

El joven se encogió de miedo en la silla.

—¡Me asustas, Lauren! —dijo.

La mujer no hizo caso del terror de su novio y llenó nuevamente su copa, con deliberación. En realidad, no le había confiado a Arnold cuál era la verdadera intención de su experimento; tenía que averiguar si el simple hecho de emborracharse desataba automáticamente en su interior la tormenta del deseo hacia cualquier hombre que se encontrara con ella en aquellos momentos, o si aquello solamente ocurría cuando ella se hallaba con un hombre en especial: Paul Chadwick.

En la parte posterior del restaurante, Étienne no dejaba de vigilarla, mientras hablaba por teléfono junto a las puertas giratorias de la cocina.

—¿Señor Chadwick? —preguntó—. Habla Étienne, el amigo de Michel. Lauren Boullard está en mi restaurante con su novio. Está bebiendo champaña de la misma cosecha que tomó anoche... No; no está haciendo ningún escándalo, pero parece que intenta acabarse nuevamente toda la botella como la vez anterior, cuando hizo lo mismo... Sí, comprendo. Lo esperaré. Entre usted por la puerta posterior, atravesando la cocina.

Étienne colgó el teléfono y observó a Lauren, que continuaba bebiendo.

La joven no consiguió terminarse el contenido de la botella entera, aunque lo intentó. En el fondo quedó cerca del equivalente de una copa, y cuando Lauren alargó la mano hacia la botella, sus ojos se cerraron repentinamente. Su mano no pudo tocar el recipiente, resbaló por el borde de la mesa y quedó colgando. Lauren empezó a inclinarse hacia adelante.

—¡Lauren! —exclamó Arnold.

La mujer apoyó la cabeza sobre la mesa y perdió el conocimiento, conservando una sonrisa de felicidad.

Arnold movió su silla hacia atrás apresuradamente, y se puso de pie.

—Espera aquí —susurró, innecesariamente—. Saldré corriendo a conseguir un taxi.

Corrió a toda prisa hacia la salida del restaurante y salió.

Momentos después, Étienne condujo a Paul fuera de la cocina, atravesando las puertas giratorias, y le señaló la mesa de Lauren. Sin pronunciar una sola palabra, el estadounidense se dirigió rápidamente hacia la joven y la levantó de la silla; se la

puso al hombro y regresó a la cocina.

Cuando ambos penetraban en aquella habitación, Arnold entró nuevamente en el restaurante, seguido por el chófer de un taxi a quien había pedido ayuda para llevarse a Lauren. El joven se detuvo sorprendido ante la mesa, mirando con la boca abierta la silla vacía.

—¡Lauren! —llamó.

Se inclinó y miró debajo de la mesa.

—¡Lauren! —repitió.

En la parte posterior del restaurante, Paul metió a la desmayada Lauren en el asiento trasero de su automóvil y se alejó del establecimiento. Condujo el vehículo, a través del tránsito nocturno, hacia el edificio donde se alojaba, y se detuvo cerca de la entrada del frente. Salió, acomodó a Lauren en su hombro otra vez y entró en el vestíbulo.

—Mickey —dijo a la operadora del conmutador, mientras pasaba ante el mostrador—, la necesitare de nuevo en mi apartamento por unos minutos.

Mientras él seguía su camino, Mickey y Helen, la cajera, intercambiaron una mirada de asombro.

—¡Esa muchacha es la misma que trajo anoche! —susurró la cajera.

Mickey asintió, pensativa.

—No sé qué ve él en una irresponsable como ella —comentó.

Paul pasó junto a mamá Plum, que estaba depositando una carta en el buzón que se encontraba en el vestíbulo, y penetró en el ascensor. Un momento después, la madre de Arnold entró también, reuniéndose con ellos, y se estremeció de pies a cabeza al ver a Lauren doblada completamente sobre el hombro de Paul Chadwick. En aquella ocasión, no les volvió la espalda cuando el ascensor comenzó a subir.

—Esto es algo repugnante en exceso —le informó a Paul, con franco disgusto.

El hombre asintió, amablemente.

—Sí; es triste el caso de una ebria —comentó.

—No deberían de haber abolido la flagelación en público —dijo mamá Plum, furiosa—. ¿Adónde la lleva usted?

—A mi apartamento.

Mamá Plum lo miró, admirada.

—¡Cielos! ¡Nunca imaginé algo así!

—Debería hacerlo alguna vez —replicó Paul—. ¡Resulta divertido!

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso de Paul. Salió, pasando junto a la asombrada mamá Plum, y recorrió el pasillo hacia su apartamento.

A la mañana siguiente, muy temprano, Lauren salió desesperada de la habitación de Paul, llevando nuevamente una sábana enredada alrededor de su cuerpo. Increíblemente

y escandalizada, recorrió con la vista la estancia... y descubrió que, indudablemente, había repetido su hazaña.

Sus ropas estaban esparcidas por el piso.

Paul Chadwick, vistiendo pijama, estaba encorvado en la misma silla, con la cabeza entre las manos.

—Señor Chadwick —susurró Lauren, vacilante.

El aludido no respondió ni la miró.

—Señor Chadwick —suplicó la joven, presa de miedo—. Yo solamente estaba tomando una copa con mi novio y..., y... ¿Cómo llegué hasta aquí?

Sin alzar la vista, Paul levantó una mano y señaló la puerta del apartamento.

Lauren miró en la dirección indicada y vio que la cadena del cerrojo interior había sido arrancada del muro, como si alguien hubiera entrado por la fuerza en el apartamento.

¿Alguien? Lauren sabía perfectamente bien quién había sido y por qué.

Con la cara roja de vergüenza, Lauren comenzó a recoger sus ropas silenciosamente, sintiendo profunda ansiedad de vestirse, regresar a su propio apartamento y encerrarse con llave para que nadie pudiera verla. Ya no había necesidad de hacer pregunta alguna, porque conocía todas las respuestas y no podía resistir que su vergonzosa actuación fuese descrita nuevamente.

Capítulo 9

PAUL NO TUVO que ir a su oficina porque aquel día era sábado, así que llamó a Michel Boullard y lo invitó a su apartamento para platicar un poco.

El canoso abogado llegó poco después del mediodía, acompañado por Étienne. Los tres hombres se sentaron ante la pequeña cantina que había en la estancia, saboreando unas copas de coñac, mientras Paul resumía los últimos acontecimientos.

—Podría afirmar que ya está lista para ser derrotada —concluyó Paul—; pero debe ser muy duro para una mujer como ella el pensar que tiene tan poco dominio sobre sí misma.

Michel se sintió preocupado por lo que consideró como un tono de renuencia en la voz de Paul.

—Monsieur —dijo—, a estas alturas de su campaña, no es ocasión de pensar en retroceder.

—No dije que haría tal cosa —replicó Paul—. Solamente lo llamé para ver si usted tenía alguna duda.

Profundamente enternecido, Michel dirigió una mirada a su amigo Étienne.

—Cuando mires a *monsieur* Chadwick, aquí presente, verás a un gran hombre. ¿A cuántos individuos conoces tú que, en estas condiciones, pedirían permiso al padre, antes de actuar?

—Solamente a uno —respondió Étienne—: mi primo André... ¡Y recibió severas zurras cada vez que lo pedía!

Michel quedó impresionado ante aquella idea.

—¿Por qué habría yo de pegarle al hombre que va a dar vida a mi hija? —preguntó. Luego, se volvió a Paul, emocionado, y agregó—: No... ¡Yo le daré un abrazo!

Abandonando su banquillo, Michel hizo lo que había dicho. Rodeó con sus brazos a Paul y lo besó en ambas mejillas. Después, atravesó la habitación y se quedó parado dando la espalda a los dos hombres y enjugando una lágrima de sus ojos.

Étienne se inclinó hacia Paul y le dijo, en voz baja:

—Está llorando de felicidad.

—Yo también estoy a punto de llorar —respondió Paul, haciendo una mueca.

Étienne lo miró, con admiración.

—¡Con cuánta habilidad ha manejado usted las cosas, señor Chadwick! —comentó—. Para Lauren, ya no existe la duda de si lo habrá hecho o no, puesto que en su mente existe la idea de que ya lo hizo, aunque no pueda recordar lo ocurrido. ¡Qué tentador! ¿Qué mujer sería capaz de resistir las ansias de regresar al lugar de los hechos, sobria, para averiguar cómo había sido su experiencia?

Conmovido hasta lo más profundo de su alma de francés, Étienne se bajó de su

banquillo y estrechó con ambas manos la de Paul.

—Realmente es usted maestro en el amor —afirmó, con profunda emoción, y besó también en ambas mejillas al estadounidense—. Lo único que yo lamento es no tener una hija para ofrecérsela.

—¿Sabe usted una cosa? —Le preguntó Paul, limpiándose las mejillas—. He recibido más besos de ustedes dos, hasta ahora, que de Lauren.

—No se preocupe por eso —le aseguró Étienne, con una sonrisa de reconocimiento—. Pronto recibirá usted sus besos. La única pregunta que queda por responder es: ¿cuánto tiempo podrá resistir ella, antes que la curiosidad la domine?

En aquel momento, Lauren, agitada y nerviosa, estaba tratando, firme, aunque vanamente, de librar su mente de la irritante curiosidad que sentía acerca de ciertos sucesos olvidados, referentes a las dos noches anteriores. Apenas prestaba atención a Arnold, mientras fumaba con nerviosidad e inexperiencia; el joven estaba sentado junto a ella en el asiento posterior del taxi que los conducía al primer encuentro de Lauren con mamá Plum.

Repentinamente, Arnold interrumpió sus inquietantes pensamientos hablando un poco irritado:

—Yo tengo derecho a una explicación, Lauren —exigió—. Tu conducta ha sido terrible. Te emborrachaste, desapareciste, y ahora, te niegas a decirme dónde has estado.

Lauren trató de dominar sus nervios.

—No quiero hablar de eso, Arnold —replicó—. ¡Y no vuelvas a mencionar jamás lo que ocurrió anoche! Por favor, por favor, ¡por favor!

—Estás al borde de la histeria, Lauren, y solamente hay una cosa que te sacará de ese estado: ¡una buena bofetada!

Lauren lo miró, asombrada.

—¿Qué?

—Ya me oíste —dijo Arnold, con firmeza..., y le ofreció su mejilla—. ¡Anda, pégame! Así te sentirás mejor.

Lauren se recostó en el asiento del taxi.

—No quiero golpearte, Arnold —dijo.

—¿Para qué sirve un esposo, entonces?

La joven reprimió el impulso de darle un golpe... con el puño cerrado. Arnold no tenía la culpa de que ella estuviera de pésimo humor. No podía comprender la razón de que hubiera aceptado acompañarlo, de no ser porque las terribles experiencias adquiridas durante las dos noches anteriores la habían dejado extrañamente insegura de sí misma, y resultaba fácil, aun para Arnold, gobernarla.

—Me sentiría mucho mejor —musitó la joven—, si no tuviera que conocer a tu

madre justamente ahora.

Arnold decidió que, de pronto, comprendía la causa de su agitación.

—¡Eso es! —exclamó—. Esto lo explica todo. Estás nerviosa porque vas a conocer a mi mamá. Tienes miedo de no resultarle simpática, ¿eh?

Lauren lo miró, con seriedad.

—¿Estás seguro de que vamos a formar un buen matrimonio, Arnold? —preguntó—. ¿Soy yo la mujer que te conviene? —Recordó lo que había hecho bajo la influencia del champaña e hizo otra pregunta, con sinceridad—: ¿Soy digna de ti?

Arnold, benigno, sonrió, y le acarició la mano.

—Solamente puedo darte la misma respuesta que le di a mamá, cuando me hizo esas preguntas: ¡sí!

El taxi se estacionó enfrente del edificio de apartamentos donde vivía Paul. Arnold pagó al chófer, le dio una propina exorbitante y salió con Lauren del vehículo. Lauren no se dio cuenta del lugar en donde estaba, hasta que ambos entraron en el vestíbulo.

Quedó paralizada y recorrió aquella habitación con la vista, recordando, con horror, todo lo ocurrido.

Arnold se alarmó al ver la expresión de su cara.

—¿Qué te pasa, Lauren? —inquirió.

—No me gusta este lugar —susurró la joven, dominando su pánico—. ¡Sácame de aquí!

—No seas tonta. Mamá te va a querer mucho.

—¡Llévame a casa, por favor, Arnold!

—No tengas miedo —le aconsejó su novio, comprensivo—. No me vas a perder.

—No me siento bien —gimió Lauren.

—Ya se te pasará —le aseguró Arnold—. Aun cuando mi madre te rechace, yo me portaré como un hombre hecho y derecho: nos veremos en secreto.

—¡Por favor, Arnold! —suplicó Lauren, débilmente.

—Pero ¿cómo podría rechazarte mamá? Después de todo, ¿cuántas novias llegan a los brazos de sus esposos tan puras e inmaculadas como tú?

Aquello provocó la reacción: Lauren fue dominada completamente por la humillación, y las lágrimas inundaron sus hermosos ojos.

Arnold se sobresaltó, ya que nunca la había visto actuar en forma parecida.

—¡No debes llorar! —dijo.

—No puedo evitarlo.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Lauren, y la joven sacó un pañuelo para enjuagarlas.

Arnold la tomó del brazo y la condujo a un sofá que estaba en un rincón del vestíbulo.

—Espera aquí —pidió—. Voy por mamá.

La sentó en el sofá y miró a su novia, nerviosamente, durante unos momentos.

—¡Trata de dominarte, por favor, Lauren! —le aconsejó—. A mi madre no le gustan las lágrimas: dice que son signo de debilidad. ¡Por eso abandonó a papá!

Se volvió y caminó apresuradamente hacia el ascensor. Lauren permaneció sentada, enjugándose el llanto y luchando por dominar sus emociones desatadas. Todavía continuaba dedicada a esa actividad, cuando el ascensor que Arnold había tomado para subir bajó, transportando a Michel y a Étienne.

El abogado iba alabando a Paul Chadwick, al salir los dos del ascensor.

—Es un hombre de extraordinarias cualidades —comentó—. Posee compasión, comprensión e integridad. ¿Cuántos padres tropiezan con una alhaja parecida?

Étienne se detuvo y lo sujetó del brazo.

—¡Mira, Michel! —exclamó.

El aludido obedeció y vio a Lauren sentada en el rincón, enjugándose el llanto que brotaba de sus ojos y luchando por contener más lágrimas. La evidente desdicha de la joven produjo en Michel la reacción instintiva de un padre naturalmente amoroso: se acercó apresuradamente al sofá para consolar a su desdichada hija.

Lauren estaba demasiado concentrada en sus tristes pensamientos para verlo parado enfrente, con la vista fija en ella. Cuando el abogado habló, su voz era tierna.

—La pluma de mil poetas —dijo— no puede conmover el corazón tan profundamente como las lágrimas de una mujer.

Lauren levantó la vista para mirarlo, perpleja.

Michel sonrió, amablemente.

—No quisiera entrometerme —dijo.

—Es muy amable de su parte —dijo Lauren, con voz sofocada—. Ya me pasará.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

Lauren, avergonzada por el espectáculo que estaba ofreciendo en público, negó con la cabeza.

—No hago cosas así a menudo —explicó. Se enjugó nuevamente las lágrimas—. Yo... Yo no recuerdo haber llorado así en toda mi vida —agregó.

La sonrisa de Michel se volvió más tierna aún, cuando llegaron a su mente los recuerdos.

—Cuando tenías tres años y se perdió tu perra «Duquesa», lloraste —le recordó.

Lauren lo miró fijamente, sin comprender aquella extraña afirmación.

—Y cuando le pediste al muchachito de la casa vecina que se casara contigo —prosiguió Michel— y él respondió que prefería a sus ratas blancas, también lloraste.

Los ojos de Lauren, empañados por las lágrimas, iban abriéndose cada vez más.

Michel continuó, suavemente:

—¿Y acaso no lloraste en el aeropuerto cuando tu madre te trajo a los Estados

Unidos?

Lauren se puso lentamente de pie, devorándolo con la mirada, dándose cuenta, por fin, de quién debía de ser él, aunque no estaba segura del todo.

Para entonces, Michel también estaba a punto de llorar.

—Duquesa ha dejado de existir —le dijo a la joven, suavemente—. La pequeñuela se ha convertido en una mujer adorable..., y yo estoy temblando de emoción. ¿Soy todavía aquel caballero de brillante armadura que fui en otra época?

—¡Oh, papá! —gritó Lauren, y se arrojó a los brazos de Michel, sollozando en forma incontrolable.

Ya no era la disciplinada psicóloga, ni la mujer madura y dominante. Repentinamente, había vuelto a ser una pequeñuela, una niña que había sido herida y que corría a pedir ayuda a su padre.

Michel la rodeó con sus brazos, consolándola y protegiéndola, impresionado profundamente por la magnificencia de aquella emocionante escena. Luego, susurró una cariñosa frase que había empleado con mucha frecuencia en el pasado, ya distante:

—¿Y a quién pertenece mi princesita de un cuento de hadas?

—¡A ti, papá, a ti! —respondió Lauren, en medio de sus sollozos.

Michel la estrechó tierna y paternalmente, olvidando su actitud de hombre de mundo.

Étienne, que permanecía cerca de ellos observando todo aquello, se limpió discretamente una lágrima. Un hombre que había salido del ascensor se detuvo a mirar, curioso, dando fumadas a un enorme cigarro. Étienne se fijó en él y se encolerizó: arrancó el cigarro de la boca de aquel individuo y lo arrojó al suelo.

—¡Puerco insensible! —gruñó—. ¿Fumaría usted mientras el coro celestial cantara el Ave María?

El hombre salió apresuradamente del edificio, y Étienne se volvió de nuevo hacia aquel padre y aquella hija que acababan de reunirse, y sonrió alegremente a causa de lo que vio: Lauren continuaba llorando en forma conmovedora, ofreciendo un hermoso espectáculo. Su llanto se debía a la acumulación de penas, durante todos aquellos largos años en que había estado alejada de su padre, y, además, a la conmoción emocional, provocada por su humillante situación con respecto a Paul Chadwick.

Michel la acariciaba afectuosamente y besaba sus cabellos, mientras ella permanecía abrazada de él.

—¡Cálmate, cálmate ya, mi dulce y preciosa nenita! —la consoló el abogado.

—Lo siento —sollozó Lauren—, pero simplemente no puedo dejar de llorar.

—¿Por qué habrías de sentirlo? El hombro de un padre no sirve para nada, si no lo emplea para enjugar el llanto de su hija.

—Pero... ¡Estoy echando a perder tu traje!

—Lo estás ungiendo —le corrigió Michel; luego, saboreando la palabra que pronunció, agregó—: ¡Oh, hija mía, qué orgulloso me siento de ti!

El orgullo de su padre, después de lo que ella había hecho en las dos ocasiones anteriores, solamente sirvió para aumentar su tristeza.

—¡No, papá, no digas eso! —replicó—. Yo no soy digna de ti. Estoy avergonzada.

—¿Qué pudo haber hecho mi princesita que sea tan malo? —preguntó Michel.

—No puedo decírtelo —sollozó Lauren.

Amablemente, Michel sentó a su hija en el sofá y le dio el pañuelo que llevaba en el bolsillo. La joven hundió la cara en aquel pedazo de tela y continuó llorando, mientras sus emociones se desquitaban de ella en esos momentos, por todos los años en que las había mantenido bajo un control demasiado rígido.

El abogado se sentó junto a ella.

—¿Acaso no acudías a mí con tus problemas cuando eras pequeña? —preguntó.

Lauren asintió, sin alzar la vista.

Michel rodeó sus hombros con el brazo.

—¿Recuerdas cuando perdiste tu bicicleta? —inquirió.

—¡Esta vez he perdido más que una bicicleta! —gimió la joven.

—¿Qué sucedió? —le preguntó el canoso abogado, con creciente interés.

—¡No te lo puedo decir! —sollozó Lauren.

—¿Fue un hombre quien causó esto?

Lauren asintió, sollozando.

Michel entrecerró los ojos, con expresión grave.

—¿Fue una experiencia desagradable? —inquirió.

La joven asintió nuevamente, sin retirar el rostro del pañuelo.

Michel comenzó a volverse, emocionalmente, contra Paul, olvidando el papel que había jugado en todo aquello.

—¿Te hizo muy infeliz? —indagó.

Una vez más, Lauren movió la cabeza, asintiendo.

La cara de Michel adquirió una expresión fría.

—Yo soy un padre chapado a la antigua. ¡Ese hombre que ha causado una pena a mi hija tiene que ser castigado! —amenazó.

—¡Soy yo quien tuvo la culpa! —Gimoteó Lauren—. Yo lo obligué a...

—¡No lo defiendas! —Gruñó Michel—. Un monstruo como él, que toma ventaja sobre una hija cuyo padre está ausente, ¡debería ser destruido!

Cerca de allí, escuchando todo, se encontraba Étienne, espantado ante el repentino cambio de Michel, al darse cuenta de que su amigo estaba tomando tan profundamente en serio su nuevo papel como padre encolerizado, que se hallaba a

punto de echar a perder toda la campaña tan cuidadosamente planeada. Hizo señales frenéticamente con ambas manos, tratando de atraer la atención de Michel, para advertirle que no continuara.

Pero Michel no estaba en disposición de hacerle caso: su atractiva cara había adquirido una expresión vengativa, dura, al proseguir:

—¡Qué mente tan torcida y enferma tienen algunos hombres! —Arrulló en los brazos a su desdichada hija y continuó, con tono ligeramente malicioso—: Por ejemplo, acabo de salir del apartamento de un hombre a quien conocí en París. Él hacía alarde de la cruel decepción que había causado a una muchacha inocente.

—¡No, Michel! —susurró, angustiado, Étienne.

El abogado no lo escuchó, y, tranquilamente, agregó:

—Ese hombre hizo deliberadamente que la muchacha pensara que se había entregado a él.

Los sollozos de Lauren subsistieron, mientras ella empezaba a fijarse en lo que decía Michel.

—¡Cuánta maldad hay en un hombre así! —Continuó su padre—. Hizo que la joven se emborrachara, y luego, inventó una fantástica historia acerca de lo que había sucedido durante la noche. Así, aunque no había sucedido nada en absoluto realmente, la pobre mujer creyó en su relato.

Lauren se enderezó, cuando se le ocurrió que ella debía de ser la mujer mencionada.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó la joven, débilmente.

Su padre fingió no haberla escuchado.

—¡Oh, cómo se jactaba de que la muchacha acudiría muy pronto a él, para suplicar sus atenciones!

—¿Es Paul Chadwick? —inquirió Lauren.

—¿Lo conoces? —replicó Michel, ingenuamente. Luego, al observar la reacción de su hija ante aquella revelación, hizo una pregunta—: ¿Es él el hombre?

—Entonces, no me ocurrió nada —susurró Lauren, hablando consigo misma, en parte.

Su cara se endureció, adoptando una expresión vengativa.

—¡Pagará por esto! —afirmó.

Michel asintió, vigorosamente, y dijo:

—Con mis propias manos de anciano estrangularé a esa bestia de presa.

Pero Lauren ya había recobrado el dominio de sí misma nuevamente, y otra vez era la doctora Boullard a quien había conocido Michel en el consultorio, el primer día que estuvo en Nueva York.

—No, papá —replicó la joven—. Debemos conservar viva a esa bestia y hacerla sufrir.

Había un sonido metálico en su voz, y sus ojos parecían de hielo.

—Para Paul Chadwick, la muerte no será un castigo: deberá recibirla como una bendición.

Sonrió cuando terminó de hablar, y la suya no fue una sonrisa agradable.

Al limpiarse los últimos restos de lágrimas, Lauren vio las manchas que su maquillaje había dejado en el pañuelo y se dio cuenta de que se había arruinado.

—Discúlpame, papá —dijo, con calma, mientras se levantaba—. Regresaré en seguida.

—No te preocupes, querida.

Lauren atravesó rápidamente el vestíbulo y entró en el cuarto tocador.

Una vez que la joven se hubo marchado, Étienne se acercó a Michel y lo miró, perplejo.

—¿Qué has hecho, Michel? —preguntó.

El abogado se puso de pie, convertido en un padre vengativo.

—Ese hombre debe pagar por la angustia que ha causado a mi hija —dijo—. ¡Sólo viviré para vengarme!

—¿Te vengarás de... del señor Chadwick?

—¡No envicies el aire pronunciando su nombre!

—Pero si tú acudiste a verlo y le pediste que te hiciera un favor.

—Si él hubiera tenido una pizca de decencia —gruñó Michel—, me habría lanzado a la calle.

—Tú dijiste que era un hombre de extraordinarias cualidades —le recordó, preocupado, Étienne—. Hasta afirmaste que él tenía compasión.

—Egoísmo —replicó Michel.

—Comprensión.

—¡Astucia!

—Integridad.

—¡Engaño!

—Tú lo besaste.

—Estaba cegado por el encanto del tirano. Después de todo, hubo quienes aclamaron a Hitler. —Michel sacudió la cabeza, enojado—. Cuando esa pequeñuela lloró en mi hombro —agregó—, me llené de un odio que me consumía, hacia Paul Chadwick.

—¿Pequeñuela, dices? ¡Tiene casi treinta años!

Michel se encogió de hombros.

—Es una niña en pleno desarrollo —afirmó.

—Michel, Lauren es una solterona.

—Hemos sido amigos durante mucho tiempo, Étienne; no hagas que te dé un golpe —le advirtió el abogado.

—¿Serías capaz de golpearme?

—Si continúas hablando en esa forma acerca de mi hijita, sí —contestó Michel.

Étienne aceptó con resignación el cambio de su amigo.

—Es inútil discutir con un hombre que acaba de convertirse en padre —dijo.

En ese momento, las puertas del ascensor se abrieron y de él salió mamá Plum, seguida por su hijo.

—¡Ha sido espantoso! —Se quejaba la mujer—. ¡Hubo mujeres borrachas que eran cargadas para subir las en el ascensor y que vendían su cuerpo a cambio de estampillas verdes!

—Cuando conozcas a Lauren se renovará tu fe en las mujeres —le aseguró Arnold, con gran certeza—. Ella tiene carácter y buena educación. Te dará magníficos nietos.

—No necesito convertirme en abuela —replicó la mujer—. Menos aún cuando pienso en lo que tendrías que sufrir tú.

Arnold recorrió el vestíbulo con la vista y vio salir del tocador a Lauren. Se sintió aliviado, al advertir que la joven parecía estar completamente restablecida. De hecho, había recobrado su antigua personalidad.

—¡Ahí está! —exclamó, feliz.

Tomó a su madre del brazo y la hizo atravesar el vestíbulo, mientras Lauren se detenía para mirarse en un pequeño espejo ovalado que colgaba en la pared y daba un último retoque a su peinado.

—Lauren, ésta es mi madre —anunció Arnold, orgulloso. Entonces, cuando Lauren se retiró del espejo, el muchacho prosiguió, con idéntico orgullo—: Madre, ella es Lauren.

Mamá Plum miró fijamente a la doctora Boullard.

—¡No! —susurró, con voz sofocada—. ¡Oh, no!

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Arnold, alarmado.

—¡No! —repitió la mujer y empezó a retroceder, horrorizada, sin poder apartar la vista de Lauren.

—¡Mamá! —gritó Arnold.

Mamá Plum siguió retrocediendo hasta que llegó a una pared. Sus sofocados gritos resonaban en todo el vestíbulo:

—¡No! ¡No! ¡No!

Lauren se encogió de hombros descuidadamente, pasó al lado del asustado Arnold y de su delirante madre, tomó a su padre del brazo y se dirigió hacia la salida del edificio con él. No sabía qué era lo que le ocurría a mamá Plum, pero tampoco le importaba, en lo más mínimo. Ella no tenía tiempo en aquel momento, para preocuparse por los problemas de otras personas.

Tenía un problema propio: cómo desquitarse de Paul Chadwick. El principio de

un plan se le estaba ocurriendo. Era un proyecto extremadamente malvado, cuya poética justicia agradaba a sus peores instintos; era una idea que, en fin, haría que el castigo fuera adecuado para el crimen cometido.

Capítulo 10

COMO A LAS SIETE de aquella noche, Paul Chadwick salió de su recámara, recién bañado y rasurado, y vestía una bata de casa y «slacks»^[2]; estaba listo para consumir el sacrificio. Echó una mirada crítica en torno suyo. Las cortinas de la estancia ya estaban corridas y había encendido una sola lámpara, que proporcionaba una iluminación romántica. En el comedor, ya estaba puesta la mesa; había dos copas para champaña y dos velas encima del mueble, y, junto a ellas, una botella de champaña que se estaba enfriando dentro de una cubeta llena de hielo. También el apartamento, decidió, estaba perfectamente preparado para el sacrificio. Al oír el sonido de una llamada en la puerta, fue a abrirla.

Era Mickey, quien algunas veces percibía un poco de dinero adicional realizando tareas fuera de lo común para algunos huéspedes especiales, cuando no estaba de servicio en el conmutador. Entró llevando una pequeña charola con entremeses.

—¿Dónde quiere usted que coloque esto, don Juan? —le preguntó a Paul.

—En el refrigerador, por el momento —le respondió el aludido, y luego, le preguntó—: ¿Ya se encargó usted de las flores?

—Sí. El florista se las traerá de un momento a otro.

Cuando la mujer cerró el refrigerador, Paul sacó un billete de cinco dólares del bolsillo y se lo entregó.

—Gracias, Mickey —le dijo—. Ha sido usted sumamente útil, como de costumbre.

—Ésa es la historia de mi vida: yo preparo el escenario y el espectáculo se realiza sin mi presencia. —Mickey echó una mirada a la mesa puesta—. ¿Quién va a traer esta noche a la borrachita? ¿La Compañía de Entregas a Domicilio? —preguntó.

—No; hoy, ella estará sobria.

—¿No bromea usted? Espero que no se moleste si le hago una pregunta... ¿Por qué se ha metido usted en todas estas dificultades con esa mujer, cuando cuenta con tantas otras que no le causarían el menor problema? Me tiene a mí, por ejemplo.

—Estoy haciéndole un favor a su padre —respondió Paul.

—¿De veras? —replicó la mujer. Pensó un poco al respecto, e inquirió—: ¿Serviría de algo que yo le trajese un permiso escrito de mi padre?

Paul sonrió.

—No, supongo que no —suspiró Mickey—. ¿A qué hora espera usted que se presente la dama afortunada?

—No estoy seguro, pero sé que vendrá —contestó Paul, y luego, prosiguió, para explicar—: Verá usted: ésta es una decisión altamente emocional para ella. Posee mucho orgullo, pero tiene que venir. Sin embargo, su problema está en cómo hacerlo sin verse humillada. En este preciso momento debe estar luchando consigo misma,

aunque ya tiene perdida la batalla.

En realidad, Paul Chadwick estaba completamente equivocado; ya que en aquel momento, Lauren no estaba realizando una lucha con su conciencia, sino que, por el contrario, tenía absoluto dominio de sí misma y ya había elaborado, fría y metódicamente, un plan para infligir una venganza total sobre Paul.

Estaba de visita en el laboratorio de un colega suyo, un hombre de avanzada edad llamado doctor Lambert, que realizaba experimentos psicológicos con animales. Con mucha calma, Lauren le expuso su plan, explicándole que se trataba simplemente de un experimento teórico, cuyas posibilidades la intrigaban, y que ella quería conocer su opinión acerca del resultado si la teoría fuera puesta en práctica con un hombre, cosa que, naturalmente, nunca ocurriría.

El doctor Lambert escuchó el plan de la joven con el mismo interés impersonal que conservó Lauren al exponérselo. Cuando la doctora Boullard terminó, él le reveló sus opiniones acerca de aquel tema:

—Yo diría que el experimento que usted sugiere destruiría permanentemente la potencia sexual del sujeto.

—¡Bueno! Yo solamente quería obtener la opinión de un conocedor.

—Hemos podido afectar la manera de ser de algunos animales, empleando esos métodos —dijo el doctor Lambert—. Venga usted; le mostraré un ejemplo de lo que quiero decir.

Condujo a la joven hacia la parte posterior del laboratorio. En el piso había una jaula grande y baja, de unos dos metros y medio de largo. Dentro de ella se encontraban dos monos. Uno de ellos agarró los barrotes de la jaula y comenzó a emitir chillidos, en cuanto los dos seres humanos se acercaron. El otro, en cambio, no hizo movimiento alguno, sino que permaneció sentado y acurrucado en un rincón de la jaula, con aspecto de extremo abatimiento.

El doctor Lambert señaló al mono abatido.

—Ése es el macho —explicó—. No se ha acercado a su compañera en seis meses.

Lauren miró al mono macho con algo más que interés clínico, y preguntó:

—¿De veras?

El doctor Lambert asintió.

—Antes que comenzáramos el experimento —agregó—, era sumamente activo. Observe qué aspecto tan patético tiene ahora.

—¡Muy interesante! —comentó Lauren.

Continuó examinando al mono deprimido y falto de aliento, obteniendo un profundo placer del conocimiento de que estaba a punto de reducir a Paul Chadwick a un estado parecido.

Para cuando regresó a su apartamento después de trabajar, al atardecer del martes

siguiente, Paul ya se encontraba en un estado de suma ansiedad. Se detuvo en el vestíbulo, cerca del conmutador, e interrogó a Mickey:

—¿Telefonó hoy? ¿Dejó algún recado?

La operadora sacudió la cabeza.

—No —respondió—; no ha llamado.

Paul se frotó un lado del mentón con los nudillos, asombrado.

—Tiene más resistencia de lo que pensé —dijo—. Sin embargo, tiene que ceder, tarde o temprano, y vendrá.

—Usted ha estado diciendo eso durante tres días —le indicó Mickey.

—Sí.

Antes, Paul había estado solamente sorprendido por la fuerza y duración de la resistencia de Lauren Boullard ante lo inevitable; pero ahora, a despecho de sí mismo, empezaba a preocuparse un poco por ella.

—Tal vez sería mejor que la llamara a su apartamento —sugirió.

—¿Para qué? —Preguntó Mickey—. Ella no se encontrará allí. Cualquier muchacha que pueda mantenerse alejada de usted durante tres días sólo podrá hallarse en un lugar: el anfiteatro de un hospital. ¡Es una lástima, Apolo, que haya muerto!

—¡No sea idiota! —Gruñó Paul—. Sin embargo, es posible que esté enferma.

Mickey se encogió de hombros.

—¿Estará muy grave, acaso? —inquirió—. Supongamos que tiene fracturadas ambas piernas; aun entonces podría arrastrarse con las manos, ¿no? En esa forma, lograría avanzar una cuadra cada hora y debería haber llegado hasta aquí ayer.

Pero Paul no estaba de humor para bromas. Descolgó el teléfono que se hallaba junto al conmutador y le dio a Mickey el número del apartamento de Lauren. Mickey lo marcó y escuchó por los audífonos.

Hubo varios timbrazos al otro extremo de la línea; luego, Lauren descolgó el teléfono y habló con un tono de voz alegre y melodioso.

—¿Hola? —preguntó.

—Doctora —contestó Paul—, habla Paul Chadwick.

—¿Quién?

La voz de Lauren denotaba perplejidad, como si no pudiese reconocer aquel nombre.

—Paul Chadwick —repitió él, rápidamente.

—¡Oh! ¡Oh, sí! —Exclamó Lauren; en seguida, su voz se volvió cálida y amable—. ¡Vaya! ¡Hola! ¿Cómo has estado?

—¿Como ha estado usted? —Replicó Paul—. ¿Se encuentra bien? ¿No ha...? Quiero decir... Estaba muy nerviosa cuando se fue de mi apartamento, el sábado por la mañana, así que yo pensé que...

—¿El sábado? —Le interrumpió Lauren, con tono de asombro—. ¿Qué día es hoy?

Paul comenzó a estar algo más que preocupado por ella.

—Es martes —contestó.

—¿Martes? ¡Cielos, qué extraño! ¿Qué pasó con el domingo y el lunes?

Mickey hizo un movimiento de cabeza a Paul, con expresión de sabiduría.

—Se lo dije: está muerta —afirmó.

El hombre miró el teléfono que tenía en la mano, mientras el interés que sentía por el estado mental de Lauren crecía más a cada instante.

—¡No haga nada, doctora! —ordenó—. Permanezca simplemente en donde está. Llegaré muy pronto.

Colgó y miró a Mickey con expresión de temor.

—Llegué demasiado lejos —dijo—. ¡La mente de esa mujer se hizo pedazos por la tensión!

—Eso no es excusa para ella —replicó Mickey, tranquilamente—. Pudo haber alquilado una camisa de fuerza para venir.

Paul salió a toda prisa del edificio y tomó un taxi. Mientras el vehículo se abría paso a través del denso tráfico, rumbo a la casa de Lauren, Paul Chadwick se puso tenso por el miedo reprimido y se maldijo por lo que le había hecho a aquella mujer. Para cuando llegó al apartamento de la joven, su sistema nervioso estaba seriamente afectado y su sentimiento de culpa se había vuelto casi demasiado fuerte para resistirlo.

Penetró rápidamente en el edificio, subió corriendo por las escaleras hasta el piso de Lauren, y ya había levantado el puño para llamar a la puerta, cuando se detuvo a escuchar.

El sonido de una romántica melodía española atravesaba la puerta, procedente del apartamento de Lauren.

Paul frunció el ceño, y luego, procedió a llamar.

—¡Entra! —gritó Lauren, con voz amistosa.

Paul abrió la puerta y penetró en la estancia del apartamento. Entonces, quedó paralizado ante la escena que vio. Aquello era peor aún de lo que él había esperado.

La música española provenía de un disco que giraba en el aparato de alta fidelidad que había en la estancia; Lauren bailaba al ritmo de ella, lenta y sensualmente, haciendo sonar de vez en cuando un par de castañuelas al compás de la pieza musical. Tenía un aspecto devastadoramente ardiente, gracias a un elegante traje de noche, y resultaba obvio que no llevaba encima ninguna otra prenda de vestir; su cabello suelto colgaba libremente y se balanceaba de un lado a otro, a causa de sus movimientos.

Había dos botellas de vino vacías encima de la mesa..., y una mirada de

arrebatadora alegría en la cara de Lauren, mientras ella bailaba.

Paul cerró la puerta tras de sí, y preguntó, titubeando:

—¿Doctora Boullard?

—Es una canción de amor española —le informó Lauren, con voz profunda, en tanto que continuaba realizando los movimientos lentos y ondulantes de su danza—. Los hombres la entonan cuando llevan a sus mujeres a las montañas, y usted ya sabe lo que ocurre en esas montañas.

Le dirigió una mirada lujuriosa a Paul e hizo sonar las castañuelas.

Los temores que el hombre tenía de que ella hubiese perdido el seso aumentaron.

—¿Se siente usted bien? —preguntó.

—¡Estoy divinamente feliz! —contestó Lauren. Entrecerró los ojos sensualmente, y agregó—: Yo he estado en esas montañas... Y tú eres el único responsable —concluyó.

Paul se sintió como un monstruo.

—¿Yo? —replicó—. Pero si yo no hice na... Quiero decir, usted me indicó que no recordaba nada de aquello.

—¿Aquello?

Lauren pareció asombrarse por un momento. Después, comprendió a qué se refería Paul.

—¡Ah! Hablas de las dos noches que pasé contigo, ¿eh? No, naturalmente que no. Yo no me refería a eso.

Repentinamente, se le ocurrió a Paul la posibilidad, aunque fuera sumamente remota, de que tal vez no era él el responsable del estado de éxtasis en que se hallaba Lauren.

—¿De qué montañas está usted hablando? —le preguntó, con suspicacia.

No obtuvo respuesta alguna de parte de Lauren, que continuó bailando, con ojos soñolientos.

Paul le puso mala cara.

—¿Qué ocurrió el pasado fin de semana?

Por toda contestación, Lauren le dirigió solamente una sonrisa misteriosa y una serie rápida y prolongada de golpecitos, procedentes de las castañuelas.

Paul quedó inmóvil ante las implicaciones evidentes que había en aquella actitud.

—¿Adónde fue usted, cuando salió de mi apartamento? —preguntó.

—Caminé. Caminé y caminé y caminé —respondió Lauren—. Aquella noche, sentí deseos desesperados de verte. Tuve que luchar mucho conmigo misma para no telefonearte.

—Debería haberlo hecho.

Lauren pareció sorprenderse un poco.

—Sin embargo, me acordé de tu problema con las mujeres. Yo no quería

aumentarlo y hacer que empeorara. Yo sé cómo sufres, cuando las mujeres te obligan a que las enamores.

—Yo solamente habría sufrido un poco más —replicó Paul. Decidió que trataría de hacerla entrar en razón aplicando sus antiguas técnicas—. Además, con usted —prosiguió—, todo fue como un milagro: en realidad creo que me divertí a su lado.

No obstante, parecía que Lauren había perdido el interés en él. Continuó con su relato de lo que había ocurrido en la noche del sábado.

—Caminé durante varias horas. Llegó la medianoche y yo me hallé en los muelles. Y repentinamente, ¡apareció él!

—¿Quién?

—Ramón.

Lauren no dijo el nombre simplemente, sino que lo cantó.

—¿Ramón? —repitió Paul, torpemente.

—Sí; el capitán Ramón Álvarez —entonó Lauren, reverente, con un ligero estremecimiento de placer—, mejor conocido por las mujeres de todos los puertos marinos de la tierra como El Magnífico.

Paul se encogió de temor y repitió:

—¿El Magnífico?

—¡Sí: El Magnífico!

—¿Qué..., qué tiene de magnífico? —preguntó Paul.

Por toda respuesta, Lauren le dedicó otra sonrisa de inteligencia y otra rápida serie de chasquidos con las castañuelas.

Paul, furioso, la sujetó de las muñecas.

—¡Deje de hacer tronar esas cosas! —gruñó—. El Magnífico... ¡Bah! —Eché una mirada a toda la habitación—. Un pillo español que tenía un poco de vino barato y algunos discos de larga duración —opinó. Luego, miró con furia a Lauren—. ¡Un marinero la recogió!

Lauren exhaló un suspiro emocionado.

—Fui elegida por un dios —corrigió—. Él me permitió servirle, desde la noche del sábado hasta hace unas cuantas horas.

Paul pestañeó.

—¿Desde la madrugada del sábado hasta el martes? Eso... ¡Eso es mucho servicio!

Lauren se encogió de hombros.

—Para un mortal, sí. El Magnífico ni siquiera se mostró fatigado.

—No; y cuando se marchó dijo que yo lo había complacido. Entonces, me arrodillé y le besé los pies.

—¿Tenía puestos los zapatos?

Paul trataba de parecer irónico, pero aquella pregunta no produjo el efecto

deseado. Empezaba a ceder ante la monstruosa imagen de aquel superhombre.

Lauren asintió, perezosamente.

—Yo era tan sólo una alumna agradecida, rindiendo homenaje a su maestro — movió los ojos hacia la recámara—. La noche del sábado, El Magnífico metió a una muchacha confusa en esa habitación —dijo—. El martes, por la mañana, puso en libertad a una mujer.

Paul la miró fijamente, asombrado por la transformación que aquel hombre desconocido había producido en Lauren. La soltó de las muñecas, se dirigió a la puerta de la alcoba y miró hacia adentro. Lo que vio le causó profunda impresión.

La recámara reflejaba el caos producido por una orgía. La cabecera de la cama había sido separada de su lugar de tal manera que el colchón colgaba, inclinado en ángulo. Varias tiras del papel tapiz que cubría la pared colgaban por todos lados, alrededor de la cabecera, como si hubiesen sido arrancadas con las uñas por una mujer que se hubiera puesto frenética a causa de la lujuria. Las sábanas y las almohadas estaban esparcidas por el piso. Una lámpara estaba vuelta al revés y tenía colgada una media de mujer.

Además, en la cabecera, estaban garrapateadas con lápiz labial estas palabras: «¡Viva El Magnífico!».

Hasta Paul, que era hombre endurecido por las batallas sostenidas en muchos campos del amor, quedó impresionado, o más bien, asombrado. Permaneció inmóvil durante algún tiempo, con la boca abierta. Luego, se volvió al fin hacia Lauren.

La joven sonrió e hizo sonar significativamente las castañuelas.

Paul se volvió nuevamente para mirar otra vez el interior de la recámara, y sacudió la cabeza, incrédulo.

Detrás de él, Lauren susurró:

—¡Vuélvete, Paul!

El hombre obedeció lentamente, como si fuera un sonámbulo.

Lauren lo examinó, pensativa, durante unos momentos.

—¡Qué extraño! —comentó.

—¿Qué? —preguntó torpemente Paul.

—El parecido.

Lauren recogió de un sillón una gorra perteneciente al capitán de un buque mercante.

—Mira, él me dejó su cachucha. ¡Pruébatela!

La joven se acercó a Paul y le puso la gorra del capitán en la cabeza.

Le quedaba grande, por varias tallas, y como resultado de eso, descendió hasta detenerse sobre las orejas del hombre, haciendo que él se sintiera ridículamente pequeño.

Sin embargo, Lauren no rio. Simplemente, volvió a examinarlo, pensativa.

—¡Es asombroso! —comentó—. Si midieras diez centímetros más de estatura y tus ojos no estuvieran tan húmedos... —le tocó las mejillas, en actitud de crítica—. Si tu piel fuese más firme y tu mentón más fuerte... —bajó la mano y lo pellizcó justamente arriba de la hebilla del cinturón—. Y si no tuvieras estas bolas de grasa floja, podrías pasar por una versión en pequeño de El Magnífico —concluyó.

—¿De veras? —preguntó Paul, débilmente.

Lauren se le acercó un poco más, corriendo los dedos tentadoramente a lo largo del borde de la solapa del saco.

—Hablemos del milagro que mencionaste —le recordó dulcemente—. ¿En realidad hablabas en serio cuando dijiste que habías disfrutado de las noches que pasaste conmigo, de las cuales yo no puedo recordar nada?

Paul nunca se había sentido tan inseguro de sí mismo.

—Pues, sí... ¡Seguro!... ¿Por qué? —contestó.

Lauren empezó a enrollar la corbata en su dedo.

—El Magnífico estará ausente durante seis meses —susurró.

—¿Sí?

Paul sintió de pronto que sus rodillas se doblaban.

—Sería inútil que alguien tratara de reemplazarlo —musitó Lauren.

Paul asintió con la cabeza, sin querer.

—Después de subir al monte Éverest —prosiguió la joven—, nadie se conforma viendo un montón de arena.

Paul volvió a asentir, rápidamente.

—No... ¡Naturalmente que no!

—Sin embargo, la emoción del escalamiento está en mi sangre ahora —susurró Lauren, hablando en parte consigo misma—. ¿Quién sabe...? Tal vez podría encontrar un montoncillo de arena que me interesara, que fuese pequeño, pero desafiante.

Lauren miró al hombre a los ojos y le dijo, con firmeza:

—Paul.

—¿Qué? —preguntó el aludido, tímidamente.

Para entonces, Lauren ya tenía bien agarrada la corbata y la empleó para acercar a Paul, tirando de ella.

—Paul —susurró apasionadamente—, subamos tú y yo a las montañas.

El hombre experimentó una espantosa sensación de vacío en la boca del estómago.

—Pero usted acaba de regresar de..., de la cima del Éverest —replicó.

—No tengo esperanzas de regresar nuevamente a la cumbre —susurró Lauren, con voz seductora—. Simplemente, llévame tan arriba como puedas. Yo comprenderé.

—¿Ahora? —gimió Paul.

—¡Ahora!

Paul se acobardó, y, retirándose de la joven, miró nerviosamente su reloj.

—Me encantaría hacerlo, desde luego —se disculpó—, si no tuviera una junta de negocios.

Lauren descartó su excusa con un movimiento de la mano, y dijo:

—Ya habrá otras juntas.

Paul empezó a retroceder atravesando la estancia hacia la puerta, dispuesto a huir.

—Pero ninguna será como ésta. Es extremadamente importante —afirmó.

—¡Cáncelala! —le ordenó Lauren, siguiéndolo paso a paso, mientras él retrocedía.

—Es demasiado tarde, porque ya salió de Washington el avión del presidente.

Paul adoptó una forzada expresión de irónica pena.

—¡Qué ocasión escogió el país para necesitarme! —comentó.

—Yo también te necesito —susurró Lauren, con una mirada de deseo en los ojos.

Paul logró llegar a la puerta y la abrió.

—No me detenga usted más —pidió Paul—. ¿Habría algo capaz de hacerme partir, excepto la amenaza a la paz mundial? —El tono de angustia que había en su voz no era completamente fingido—. ¡Jamás perdonaré al embajador ruso por esto! —afirmó.

Retrocedió rápidamente hasta el corredor, cerrando la puerta al salir.

Lauren permaneció parada en la estancia, contemplando la puerta con una sonrisa de satisfacción.

Ella sabía, gracias a sus continuas investigaciones científicas, que Paul Chadwick jamás volvería a ser el mismo.

Capítulo 11

ESA NOCHE, Lauren Boullard y su padre fueron a cenar al restaurante de Étienne. La joven comió vorazmente, ya que su apetito había sido estimulado muchísimo por su triunfo sobre Paul Chadwick. Entre un bocado y otro, le contó a Michel la forma exacta como lo había llevado a cabo.

Michel escuchó la mayor parte del relato con una sonrisa de placer, sintiéndose feliz de que aquel monstruo que había tratado a su preciosa hijita en forma tan miserable hubiera sido vencido totalmente.

Sin embargo, cuando Lauren terminó su historia, Michel tenía el ceño ligeramente fruncido.

—¿Dijo que tenía que reunirse con el Presidente? —le preguntó.

Lauren asintió, riendo.

—¿Qué te parece esa disculpa suya? Y aquella parte acerca de que jamás perdonaría al embajador ruso... —Lauren sonrió, al recordar lo ocurrido—. ¡Fue algo maravilloso!

—Sí.

—Es un hombre deshecho, papá —afirmó Lauren, con malicioso placer—. A partir de ahora, las mujeres de todo el mundo estarán a salvo de él. ¡Me siento como un médico que ha detenido una epidemia!

Michel la miró, con incertidumbre.

—¿Y cuánto tiempo permanecerá en esas condiciones? —preguntó.

—Muy poco...; después se pondrá peor. —Lauren sonrió, y explicó—: Su personalidad está aplastada ahora. Esta humillación «supurará» en su cerebro. Yo he introducido en su mente a un hombre imaginario contra el cual le resultaría imposible competir, ¿comprendes? Y ese temor de fracasar en superarlo le dio la seguridad de que fallaría rotundamente. Después de esto, él sentirá tanto miedo de fallar nuevamente, que jamás se atreverá a probar con otra mujer.

—¿Nunca?

—¡Jamás! Yo he visto pacientes en esas condiciones, papá: ofrecen un espectáculo desolador.

Lauren habló de aquello con tanto deleite que Michel se estremeció.

—Tú has sentenciado a *monsieur* Chadwick a una muerte en vida —dijo el abogado.

Lauren asintió, feliz.

—Así es... ¡Y le deseo una vida muy, muy larga para que pruebe lo que es existir así! —dijo.

Aclaró más aún lo que quería decir, alzando un palillo y partiéndolo en dos.

Michel observó pensativo el palillo roto, viendo a Paul en su imaginación. Poco a

poco, iba dándose cuenta de que su pequeña no era toda dulzura, sino que podía convertirse también en un enemigo mortal.

Y él mismo le había proporcionado el arma criminal... para que la empleara en contra de un hombre que era su amigo.

Afuera todo estaba oscuro, en la oficina de Paul solamente estaba encendida una lámpara. El hombre se encontraba encorvado en su silla giratoria, con actitud de derrota, mirando la gorra de El Magnífico que estaba encima de su escritorio.

Aunque ignoraba el motivo, no había podido regresar a su apartamento. Aquello habría significado el afrontar las preguntas de Mickey acerca de lo que había sucedido; además, no había tenido el menor deseo de realizar alguna de sus acostumbradas giras nocturnas, porque eso habría significado la oportunidad de encontrarse con alguna de sus antiguas amigas, y dada la forma como se sentía en aquellos momentos, no habría podido mirar a ninguna de ellas cara a cara.

Por eso había ido a su oficina, donde podría estar solo. El velador nocturno le había franqueado la entrada, y él había permanecido sentado en su oficina desde entonces, meditando acerca de su derrota, mientras pasaban las horas.

No podía seguir así. Aquello era ridículo. Tenía que recuperarse, comportarse como un hombre y defenderse.

Se enderezó en la silla, luchando por revivir su antiguo valor.

—¿Qué temo? —gruñó para sí.

Recogió la gorra de capitán y se obligó a hacerle un gesto de desdén.

—¿El Magnífico? ¡Bah! Es simplemente un capitán de barco con cabeza grande.

Paul arrojó lejos de sí la gorra desdeñosamente y llegó a una decisión. Tomó el teléfono, y, mientras marcaba el número del apartamento de Lauren, continuó racionando en su falta de valor: después de todo, era verdad que tenía una junta. Ciertamente, no era una asamblea tan importante como él había dicho, pero sí era de importancia. También era cierto que la conferencia no tendría lugar hasta el día siguiente; sin embargo, se suponía que él realizaría una investigación preliminar sobre el tema a tratar y rendiría un informe a su jefe. Y, de cualquier manera...

Hubo un chasquido en el otro extremo de la línea y se escuchó la voz de Lauren:

—¡Hola!

—Doctora Boullard —gruñó el hombre—, le habla Paul Chadwick.

—¿Sí? ¿Cómo está el Presidente?

—El Presidente está muy bien —replicó Paul.

—¿Y el embajador ruso?

—También se encuentra perfectamente. —Paul titubeó; luego, recobró el dominio de sí mismo y consiguió dar un poco de autoridad a su voz—: Espéreme en su casa. ¡Llegaré pronto!

Colgó de golpe el teléfono, se puso en pie y salió de su oficina caminando firmemente. Durante todo el trayecto hacia abajo, en el ascensor, tuvo que luchar contra un sentimiento de pánico que trataba de dominarlo y ahogarlo continuamente. Salió del edificio, abordó un taxi y dio al chófer la dirección de Lauren.

Cuando el vehículo empezó a mezclarse entre el tránsito nocturno, Paul miró fijamente la nuca del chófer, mientras el problema seguía bullendo en su cerebro. Solamente había una forma de liquidar aquella cuestión, y no le cabía la menor duda al respecto: él tenía que regresar al escenario donde había sido cobardemente derrotado, pedir una revancha, y..., y...

—El Magnífico —murmuró Paul para sí mismo, despectivamente—. Se sobreestima a los extranjeros. Ya le enseñaremos a Lauren la manera de proceder de los estadounidenses.

—¿Habla usted conmigo? —preguntó el chófer del taxi.

—No. —Paul echó una mirada a la tarjeta de identificación del chófer y vio que se llamaba Harry Studenheimer—. Simplemente estoy tratando de solucionar un problema —le explicó.

Harry, el chófer, asintió, comprensivo.

—Solamente hay una manera de resolverlo, amigo... ¡Dele a ella una paliza! —aconsejó.

—¿Cómo supo usted que se trataba de una mujer?

Harry rio.

—¿Qué otra clase de problemas tenemos nosotros, los hombres? —preguntó. Hizo una señal hacia el exterior del taxi—. Mire a todos esos hombres que están en la calle y van a casa para encontrarse con sus esposas —dijo—. Cuando estuve en el ejército, vi a mis compañeros atacar un nido de ametralladoras con mayor entusiasmo que el que exhiben éstos.

—Yo no estoy casado —le aclaró Paul—. Simplemente tengo que demostrarle algo a esa mujer —meditó un poco, y luego, agregó—: Deténgase cuando llegue a una cantina. Voy a tomar un trago primero.

—¿Sí?

—Ella está esperándome —explicó Paul, para ahorrarse preguntas—, así que la dejaré aguardando.

—¡Bravo! ¡Hágala sufrir!

Harry desvió el taxi hacia la acera, enfrente de una cantina.

—¡Hemos llegado, amigo! —anunció.

Paul se sintió conmovido por aquel cálido tono de camaradería.

—¿Quiere entrar y tomar una copa conmigo? —preguntó, cordialmente.

—¡Seguro! Lo consideraría un honor. Beberemos a la salud de todos esos pobres diablos que tienen miedo de enfrentarse a sus esposas por llegar cinco minutos tarde a

casa, y por eso llegan a la tumba con cinco años de anticipación.

Los dos hombres descendieron del taxi y entraron juntos en el establecimiento. Al encontrarse ya en la barra, Paul y Harry ordenaron su bebida, la tomaron, pidieron otra ronda y reanudaron su interrumpida discusión acerca de su enemigo común: la mujer. Un individuo que estaba parado ante la barra, al otro lado de Paul Chadwick, los escuchó durante un rato; después, se presentó como un amigo atormentado que se llamaba Pete y se unió a la discusión. Al llegar el momento de ordenar la tercera ronda de copas, Pete ya era un sólido miembro del grupo y Paul ya había hablado de todo su problema.

Los tres hicieron un solemne brindis por la derrota del enemigo.

Cuando el camarero volvió a llenar sus copas, Harry dijo, con tono aleccionador:

—Todo hombre tiene su «El Magnífico».

Pete asintió, afligido, y dijo:

—El mío se llama Leonard.

Paul lo miró.

—¿Leonard? —repitió.

—¡Ajá! Antes que Gladys y yo nos casáramos —explicó Pete—, ella tuvo una cita con Leonard. Él era salvavidas... ¿Cómo puede competir un optometrista con el recuerdo de un salvavidas?

Harry comprendió lo que quería decir.

—Pero lo intentaste —dijo.

—Sí, y fracasé —contestó Pete, tristemente—. Mi vida ha sido como una película de mala calidad. Gladys siempre se ríe en los momentos más inoportunos.

Harry dio una palmada en el fuerte hombro de Paul.

—¡Nadie va a reírse de este muchacho! —afirmó.

—Así es —convino Paul, terminantemente.

Los tres brindaron por aquello, y Paul hizo una señal al camarero para que llenara nuevamente las copas.

Harry lo miró, orgulloso.

—Él va a desquitarse de las mujeres por todos nosotros —dijo. Rodeó los hombros de Paul con el brazo, y agregó—: Y cuando la deje debería patearla varias veces, tan sólo para mantenerla a raya.

Paul, disfrutando de su nuevo papel como héroe para aquel hombrecillo, sonrió y movió la cabeza, asintiendo. Aquella idea le agradaba. Él debería hacer, simplemente, lo que Harry sugería: darle a Lauren Boullard un par de puntapiés en...

—Escucha —le pidió ansiosamente Pete a Paul, interrumpiendo sus pensamientos—, cuando la patees, imagina que es Gladys, mi esposa. Hoy es nuestro cuarto aniversario y yo estaba tratando de pensar en algo especial que obsequiarle.

También brindaron por eso.

Cuando Paul y Harry salieron de la cantina, Pete los acompañó y se acomodó en el asiento posterior, junto con Paul, como una especie de director de porra.

Harry condujo el automóvil hacia el apartamento de Lauren; ya para entonces, el licor lo había alegrado y se sentía muy valiente.

—Probablemente ella esté preocupada por saber dónde estás ahora —le gritó a Paul, y rio.

Pete asintió; también él disfrutaba de un ataque de valentía.

—Déjala que se preocupe —dijo.

Paul sonrió malévolamente, empezando a sentir el efecto de todas las copas de licor que había consumido y gozando al imaginar a Lauren paseándose nerviosamente en su apartamento, mientras esperaba, temerosa, la llegada de su vengativo adversario.

—Detente en la siguiente cantina que veas —le ordenó a Harry, señalando hacia adelante—. Entraremos allí y nos tomaremos una copa más.

Tomaron dos copas.

Y todavía ordenaron otra ronda.

Para entonces, Paul, Harry y Pete ya estaban en camino de quedar ahogados en alcohol y habían reclutado a otro individuo, un albañil llamado Joe.

Embriagado por el poder y sintiéndose muy fuerte a causa del whisky, Paul se volvió a su primer recluta, Harry, y le dio una orden, con voz severa y autoritaria:

—Telefona a Murrayhill 2-4789 y dile a esa mujer que se prepare, porque ya voy hacia allá.

Harry adoptó la posición de firmes, y saludando respetuosamente, contestó:

—¡Sí, señor!

Se alejó, tambaleándose, para hacer la llamada.

Pete se volvió a Joe, y dijo, en voz baja:

—¿Oíste eso? ¡Ya va para allá! ¡Cáspita! ¡Ya verá esa mujer lo que le espera!

—¡Abajo todos los tiranos! —gritó Joe, contagiado emocionalmente del fervor del momento.

—Algún día —anunció Pete, levantando poco a poco la voz—, tú podrás contar a tus nietos que la revolución empezó precisamente aquí, en una pequeña cantina de la Sexta Avenida.

Joe estiró la mano y tocó, agradecido, a Paul; las lágrimas fluían de sus ojos.

—Y también podré decirles que él la inició... con mi ayuda —dijo.

Mientras tanto, allá en el teléfono, Harry había terminado de marcar el número del apartamento de Lauren y esperaba, escuchando atentamente.

De pronto, retrocedió un poco y gritó en la bocina:

—¿Es Murrayhill 2-4789...? ¿Sí? ¡Bien! Habla Harry, el jefe de personal del señor Chadwick. La llamo simplemente para advertirla: ¡El Ejército de Liberación va

para allá!

Colgó el teléfono, regresó a la barra y saludó a Paul, diciendo:

—¡Misión cumplida, jefe!

—¡Bueno! —Contestó Paul, y levantó su copa, llena de licor—. Creo que ya es tiempo de hacer otro brindis.

Los otros tres hombres alzaron sus copas.

—¡Por nuestro líder! —gritó Pete, volviéndose hacia Paul.

Harry y Joe también se volvieron hacia su jefe, gritando simultáneamente:

—¡Por la victoria!

Paul alzó su copa.

—¡Por todos los hombres que han perecido cuando la palabra El Magnífico laceró su corazón! —dijo—. Esta noche se conmemorará su muerte.

Todos brindaron por aquello.

Para el momento en que Paul llegó al fin a su destino, el Ejército de Liberación del Hombre se había detenido en otras dos cantinas, había tomado seis rondas, y había recogido a tres reclutas adicionales.

Como Harry había sido el primero que se había enrolado bajo la bandera de Paul, le correspondió el honor de anunciar la llegada de El Gran Vengador.

Golpeó la puerta de Lauren con el puño cerrado.

—¡Abran! ¡La hora ha llegado! —gritó.

La joven abrió la puerta y se asomó. Primero que nada, vio a Harry.

Detrás del chófer del taxi se encontraba Paul, con la mirada vidriosa y una sonrisa esculpida en su cara; Pete y Joe estaban a su lado, sosteniéndolo.

Y detrás de ellos, se asomaban los otros tres guerreros de aquella noble causa.

Harry habló formalmente con Lauren:

—¿Aquí es Murrayhill 2-4789? —preguntó.

—Sí.

—No grite —le aconsejó Harry, severamente, aunque la joven no demostraba la menor inclinación a hacer tal cosa—. Ésta es una revolución. Hemos venido a reclamar lo que nos pertenece, según la ley natural —alzó el pulgar sobre su hombro, señalando a Paul—. Lo que nuestro jefe, aquí presente, está a punto de hacer, se hará en nombre de todos los hombres —explicó. Luego, se volvió a Paul—. Señor —dijo, señalando a Lauren con un movimiento de su mano—, aquí está el enemigo —al terminar de decir eso, Harry se hizo a un lado, y gritó—: ¡Suéltlenlo!

Joe y Pete soltaron a Paul y le dieron un empujón, impulsándolo hacia adelante a través de la puerta.

Paul Chadwick pasó junto a Lauren y penetró en la estancia, dando traspiés; finalmente, se estrelló contra el muro opuesto a la puerta, produciendo un espantoso

estruendo.

Lauren asintió cortésmente a Harry y al resto del Ejército de Liberación, y cerró la puerta, diciendo:

—¡Gracias, caballeros! ¡Buenas noches!

Luego, se volvió para ver dónde había aterrizado Paul.

El hombre yacía boca arriba, con las piernas abiertas, sobre la alfombra de la estancia; se hallaba inconsciente.

Lauren pasó a su lado, con frialdad, y descolgó el teléfono.

—¿Quiere decirle al conserje que suba, por favor? —dijo a la operadora del conmutador—. Quiero que me ayude a empacar algo, esta noche.

Colgó el auricular y sonrió levemente, mirando la cara de Paul, que permanecía desmayado. Aparentemente, todavía no había terminado su «experimento», ya que aquel hombre tenía más resistencia de la que Lauren había imaginado. Él había regresado por más, cosa que significaba que ella no había triunfado del todo todavía en su plan de aplastar la personalidad de Paul totalmente, porque éste aún conservaba un poco de voluntad.

Sin embargo, la poca voluntad que le restaba se le podría quitar muy fácilmente, y Lauren sabía con exactitud lo que debería hacer. Igual que la parte original de su plan, aquello sería justo castigo para el crimen, cometido.

Y fue debido al gusto de Lauren por la justicia poética que, cuando Paul Chadwick despertó, a la mañana siguiente, se encontró desnudo en la cama de Lauren.

Capítulo 12

LA PRIMERA COSA que vio Paul cuando abrió los ojos, inyectados en sangre, aquella mañana, fue la frase: «¡Viva El Magnífico!», garrapateada con lápiz labial en la cabecera del lecho en donde él se encontraba.

Aquello le reveló plenamente dónde estaba, pero no cómo había llegado allí.

Se sentó, sintiendo las molestias provocadas por la borrachera, y recorrió con la vista la alcoba de Lauren. La joven no se hallaba en la habitación.

Trató, desesperadamente, de recordar lo que había ocurrido la noche anterior. Sin embargo, la última cosa de que se acordaba era de haber partido con un grupo de hombres en el taxi de Harry, en la última etapa de su recorrido hacia el apartamento de Lauren.

¿O acaso se había detenido todavía en otra cantina que se hallaba en el camino?

No tenía ninguna seguridad al respecto. Él sabía muy claramente lo que había pretendido hacer, una vez que llegara al apartamento de la joven. No obstante, le resultaba imposible recordar su llegada o lo que había sucedido después de que había llegado. Su mente estaba en blanco.

El hecho de que no tenía ninguna prenda de vestir bajo la sábana que lo cubría era una clave de lo que había pasado. Pero, por otro lado...

Sólo había una manera de averiguarlo. Enredó la sábana alrededor de su cuerpo, como una toga, bajó de la cama y caminó, arrastrando los pies, hacia la estancia, mirando en torno suyo.

Ya vestida para ir a su consultorio, Lauren se encontraba sentada a la mesa, vertiendo café en su taza y tarareando la melodía española «que le había enseñado El Magnífico». Cuando Paul, intranquilo, se acercó a la doctora Boullard, ella terminó de servir el café y agregó un poco de crema. Después, lo miró.

—¡Buenos días! —Dijo Lauren, con indiferencia—. ¿Quiere un poco de café?

Paul no sacudió la cabeza, porque le dolía demasiado. Simplemente, permaneció parado, examinando el rostro de la joven para descubrir otra pista, pero nada pudo averiguar.

—¿Qué pasó anoche? —inquirió.

Lauren ignoró, deliberadamente, su pregunta.

—Hay huevos en el refrigerador —contestó—. Si usted...

—¿Qué pasó? —repitió Paul, nervioso.

—Olvide eso —le aconsejó Lauren.

—¡Dígamelo! —insistió él.

Lauren lo miró por unos momentos.

—¿Realmente no lo recuerda? —preguntó.

—No.

—Entonces, ¿por qué quiere hablar de eso? —preguntó Lauren, amablemente. Hizo una pausa breve, dramática, y luego, metió el dedo en la llaga—: Pudo ocurrirle a cualquier hombre.

Paul tragó saliva. Observaba a la mujer tomar tranquilamente su café. No había ninguna expresión en la cara de Lauren que le indicara lo que él deseaba saber.

—¿Qué..., qué pudo haber pasado? —preguntó, irritado, interrogándose a sí mismo esa vez.

Lauren le dirigió una mirada bondadosa.

—No se haga más daño, señor Chadwick, por favor —dijo.

—Quiero saberlo.

Lauren se encogió ligeramente de hombros, resignada. Después, le dijo, sin mirarlo a los ojos:

—Usted penetró aquí por la fuerza y me dijo que me haría olvidar a El Magnífico.

—¿Sí? ¿Y luego?

—Debería haberme dado cuenta, naturalmente, de que no era usted quien hablaba, sino el licor que traía dentro.

—No me disculpe usted —replicó Paul, ásperamente—. ¿Qué pasó después?

Lauren siguió eludiendo sus ojos.

—Me metió en la alcoba —dijo.

—¿Y...?

—¿Por qué insiste usted en torturarse? —preguntó Lauren, compasivamente.

Paul apretó los dientes.

—¿Le hice el amor o no? —inquirió.

Lauren consideró seriamente su pregunta.

—Pues... No quisiera tomar una decisión apresurada al respecto. Tendría que pensarlo —respondió.

Paul quedó asombrado.

—¿No podría decirlo? —preguntó.

—¿Tengo que darle un sí o un no definitivo?

—Es muy importante para mí.

Lauren sacudió la cabeza, tristemente.

—Para confiarle la verdad absoluta —respondió—, no estoy segura. Verá usted: ¡me dormí!

Paul estaba horrorizado.

—¿Usted se puso a dormir, mientras yo...? —inquirió.

—A menudo me pasa eso cuando veo televisión.

El horror de Paul aumentó más todavía.

—¿Estaba usted viendo televisión, mientras yo...?

No pudo terminar la pregunta. El impacto de saber que le había proporcionado a

aquella mujer una experiencia mortalmente aburrida le quitó los últimos restos de fuerza que tenía. Se acercó, tambaleándose, al diván y se hundió en él, apoyando la cabeza sobre una mano.

Lauren colocó su tasa en la mesa, se puso de pie, y se acercó a Paul.

—Usted no debe considerar esto como una derrota personal —le dijo, consolándolo.

Paul gimió y se apretó más la sábana al cuerpo, sintiendo deseos de desaparecer para siempre.

Lauren se sentó junto a él, hecha toda dulzura y amabilidad.

—Señor Chadwick —le dijo—, debe usted recordar que las condiciones no eran ideales anoche. Usted estuvo bebiendo, después de todo, y fue presionado.

Paul apenas se fijaba en lo que Lauren le decía, pero sí se dio cuenta, claramente, de lo siguiente:

La joven se acurrucó contra el pecho de Paul y susurró, con voz seductora:

—Sin embargo, usted no está borracho ahora.

El pánico se apoderó del hombre.

—¿Qué..., qué quiere decir? —Preguntó.

Lauren respondió, con voz cálida y sugestiva:

—¿Le gustaría a usted que yo no fuera esta mañana a mi consultorio?

Paul sintió que todo se derretía en su interior; se llevó una mano a la frente, y gimió.

Lauren lo miró, alarmada.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—No lo sé —respondió él, con voz trémula—. Repentinamente, me dio escalofrío.

Lauren tomó la mano de Paul entre las suyas.

—¡Oh, su mano está fría y sudorosa! —exclamó.

En esos momentos, lo examinaba con un interés puramente clínico.

—Usualmente, éste es el resultado de una reacción de temor. ¿Lo ha asustado algo, señor Chadwick?

—Simplemente no me siento bien.

—También está temblando.

Lauren se levantó y se dirigió al armario. Sacó un chal español y se lo llevó a Paul.

—Tome, póngase este chal —le ordenó, y luego, explicó—: Me lo dio El Magnífico.

Cubrió los hombros de Paul con el chal y retrocedió para ver el aspecto que él tenía.

Paul quiso rasgarlo; pero, sin saber por qué, le faltó fuerza para hacerlo.

—Nunca me había sentido así —dijo, débilmente.

—¿Tiene náusea?

—Sí, aunque es ligera.

—¿Tiene alterado el pulso? Tal vez se deba a algo que usted comió.

Paul no pudo mirarla a los ojos.

—No...; no lo sé —respondió.

Lauren continuó examinándolo durante un poco más de tiempo. Así, advirtió que el trabajo ya estaba completo. No le quedaba nada de fuerza a Paul Chadwick. ¡Jamás se recobraría nuevamente de aquella humillación final!

Lauren consiguió disimular la satisfacción que le provocaba aquel conocimiento, y le preguntó, solícita:

—¿Quiere usted usar el cuarto de baño, estimado señor Chadwick?

Paul meneó débilmente la cabeza de un lado a otro, respondiendo que no.

—¿Viven sus padres en esta ciudad? ¿Debo llamar a su madre y decirle que usted necesita de alguien que lo atienda?

Él negó con la cabeza.

—¿Le digo al portero que pida un taxi?

Paul movió penosamente la cabeza, asintiendo.

Eso era todo lo que quedaba de él, en ese momento: el salir escurriéndose de allí y alejarse a rastras como un perro callejero azotado y sin aliento.

Harry, el chófer del taxi, se había estacionado enfrente del edificio de apartamentos de Lauren después de haber llevado a Paul a su destino, y había permanecido en aquel lugar desde entonces. Durmió en la parte posterior de su vehículo el resto de la noche. Se despertó muy temprano aquella mañana y fue a tomar un rápido desayuno, en un restaurante cercano; después, regresó a esperar en su automóvil, sintiéndose ansioso de ser el primero en escuchar la historia del triunfo de Paul.

Por eso, cuando éste salió del edificio, con aspecto envejecido, cansado y enfermo, el portero lo condujo al taxi de Harry. Paul Chadwick se encontraba en un estado casi de trance y ni siquiera reconoció a Harry al penetrar en la parte trasera del vehículo y darle la dirección del edificio donde tenía su oficina, con una voz que resultó apenas audible.

Harry no le hizo una sola pregunta mientras lo conducía a su destino, porque ya conocía la respuesta, dada la expresión que había en la cara de Paul y el tono de su voz. Después, cuando lo dejó en el edificio donde trabajaba y lo observó entrar tambaleándose, el chófer SC llenó de un sentimiento de tristeza tan grande que se dirigió a una cantina a tomar un trago, que le hacía mucha falta.

Fue una de las cantinas que había visitado el Ejército de Liberación en su

recorrido hacia la casa de Lauren, la noche anterior. El camarero reconoció instantáneamente a Harry, cuando éste se sentó ante la barra. De hecho, aquel hombre se había contagiado tanto del espíritu de la situación, que había estado a punto de cerrar la cantina y enrolarse bajo la vengativa bandera de Paul. Ansiosamente, interrogó a Harry acerca del resultado de todo aquello.

El chófer del taxi bebió su copa primero, y después, le contó lo ocurrido.

El camarero casi lloró.

—¡Es trágico, trágico! —comentó.

Harry asintió, afligido.

—Cuando lo sacó el portero —dijo— me di cuenta de que la revolución había sido aplastada.

El camarero se sirvió una copa y la levantó para brindar por el jefe de aquella causa perdida.

—Era un gran hombre —dijo.

—Sí, lo era; ahora, es una piltrafa, una ruina.

Las lágrimas inundaron los ojos del camarero cuando se acordó de Paul, tal como lo había visto la noche pasada: fuerte, dominante, noble.

—Él trató de hacer algo por todos los hombres —dijo—. Ahora, ¿cómo podríamos recompensarlo? ¿Acaso erigiendo una estatua a su memoria? Él todavía está vivo.

—Si eso puede llamarse vida —murmuró Harry, tristemente.

—¿Qué será de él? No pueden admitirlo en un hospital de veteranos, porque ésta no fue una guerra oficial.

—Debe haber alguna clase de rehabilitación adecuada, supongo; podrían enseñarle a cosechar lechugas o hacer flores artificiales —sugirió Harry.

Sin embargo, tal y como resultaron las cosas finalmente, la rehabilitación de Paul Chadwick se llevó a cabo en una forma que ninguno de ellos podía haber imaginado.

Todo ocurrió debido a que, horas después, Lauren cometió el error de telefonar a su padre para jactarse de la manera en que había logrado realizar la destrucción de la personalidad masculina de Paul Chadwick.

Capítulo 13

AQUELLA MAÑANA, después del telefonema de su hija, Michel Boullard permaneció sentado en la habitación de su hotel durante algún tiempo, mirando el teléfono pensativamente.

Estaba profundamente preocupado.

Como hombre, sentía mucha pena por Paul; sin embargo, aquello era solamente una pequeña parte de lo que causaba su preocupación. Algo que lo inquietaba mucho más era su propia hija, por lo que denotaba el modo como le había hablado por teléfono, contándole todo acerca de sus calculadas manipulaciones con los instintos masculinos y temores básicos de Paul Chadwick. Lauren había vuelto a ser, nuevamente, la clase de persona que había sido la primera vez que Michel la había visto: una mujer dura y dominante para los hombres. Era una mujer del tipo que encontraría, con el tiempo, a otro Arnold Plum para casarse con él.

Aquello no correspondía con las características que Michel deseaba encontrar en su hija ni en el hombre que habría de convertirse en yerno suyo.

Michel era, por naturaleza, y además, por su educación, un conspirador. Había conspirado para transformar a Lauren; y después, en un momento de debilidad, había vuelto a conspirar para dar marcha atrás a lo que él mismo había iniciado, y así, había devuelto a su hija la clase de poder que a ninguna mujer debería permitírsele poseer.

En esos momentos, sentado en su habitación, urdía, cuidadosamente, un método de desbaratar lo que había hecho y de conducir el asunto a una conclusión satisfactoria; o, mejor dicho, a una que resultaría satisfactoria para él. A Michel no le interesaba saber si, posteriormente, alguno de los que estaban involucrados en el problema quedaba igualmente satisfecho. Después de todo, tenía derecho, como padre, a esperar ciertas cosas de la vida.

Una vez que hubo planeado todo al detalle, Michel salió de su hotel y se dirigió al restaurante de Étienne para discutir el proyecto con su viejo amigo.

Los dos almorzaron juntos en la cocina del establecimiento, y Michel le platicó a Étienne lo que había sucedido y también lo que había decidido hacer al respecto.

El dueño del restaurante lo escuchó con creciente confusión y desaprobación.

—¡Esto es una locura, Michel! —opinó—. Tú cambias continuamente de un partido a otro.

Michel se encogió de hombros.

—Soy un hombre que se deja llevar por sus emociones —se disculpó.

—Tu hija lloró sobre tu hombro y por eso te conmoviste y le contaste la verdad. Yo te advertí, en ese momento, que aquello era un error, ya que la verdad es un arma peligrosa, sobre todo en manos de una mujer encolerizada.

—Por eso debo reparar el daño.

—¿Contándole la verdad a Paul?

Michel asintió, tranquilamente.

—Debo hacerlo.

—¿Y pondrás un arma en sus manos? Así tendrás a dos personas que se desagradan mutuamente, suspicaces y armadas... ¿Qué clase de situación se derivará de eso?

—Un matrimonio... al estilo estadounidense.

Étienne miró fijamente a Michel.

—¿Un matrimonio? —repitió.

—¡Naturalmente! Son hombre y mujer... ¿Por qué no habrían de casarse?

—Pero, Paul Chadwick no tiene interés en Lauren —arguyó Étienne—. Él sólo quería hacerte un favor.

Michel conocía mejor la situación.

—Al principio, sí; pero después que la conoció un poco... ¿Acaso no me ofreció echarse atrás, perdonándola? ¿Por qué?

—Porque no tenía ganas de seguir engañándola tan cruelmente, para obligarla a...

—Estás en un error —replicó Michel, sabiamente—. ¿Podría sufrir remordimientos un hombre como Paul Chadwick? ¡No...! Yo te diré cuál fue la verdadera razón: él se enamoró de Lauren. Claro que todavía no se da cuenta de eso, pero lo advertirá, si lo manejamos con cuidado.

Étienne pareció dudar.

—Aun cuando té tengas razón, ¿qué me dices de Lauren? Ella detesta a ese hombre.

—Tal vez; pero eso no es importante. Lo que importa es: ¿le interesa Paul a ella? Si él no representa nada para Lauren, ¿qué habría hecho ella, después que yo le confesé la verdad? Hubiera dejado de tratarlo, lo hubiera ignorado y se habría olvidado de él, ¿no? Pero, por el contrario, ella se volvió contra él, dominada por una cólera malévola... ¿Por qué? Tú conoces la respuesta a eso tan bien como yo, Étienne. El odio y el amor están entrelazados en forma muy estrecha en el corazón de una mujer, por lo que se refiere a un hombre. Ambos sentimientos brotan de otro apasionado, que va dirigido a ese individuo. Naturalmente, ella tampoco se ha dado cuenta de eso... todavía.

—Pero, tú me dijiste que habías llegado a despreciar a Paul Chadwick —le recordó Étienne.

—Así es.

—¿Y te gustaría que un hombre a quien desprecias se casara con tu hija?

—¿Por qué no? —replicó Michel, simplemente.

Étienne recordó las palabras que su amigo había empleado para describir a Paul:

—Dijiste que él era egoísta, astuto y engañoso.

—En un amigo, esas cualidades resultan peligrosas —reconoció Michel—; pero, en un yerno..., ¡podrían ser peores!

Étienne trató de disuadirlo de su plan, pero no obtuvo el menor éxito. Michel estaba absolutamente decidido. Él sabía lo que deseaba, y pretendía entenderlo. Frunciendo el ceño por la preocupación, Étienne lo vio salir del restaurante y abordar un taxi para ir a la oficina de Paul Chadwick.

Poco tiempo después, al entrar en la oficina exterior de Paul, Michel habló con Dorothy, la secretaria de aquél.

—Soy Michel Boullard —dijo—. ¿Está el señor Chadwick?

—¿Tiene usted cita con él? —le preguntó Dorothy.

—No. Sin embargo, es un asunto de suma urgencia. Estoy seguro de que aceptará verme, si le dice usted mi nombre.

—¡Bien! Si gusta esperar, le diré que se encuentra usted aquí. Él está haciendo una llamada telefónica en estos momentos.

Michel se sentó a esperar.

Dentro de su oficina privada, Paul estaba realizando un esfuerzo por salvarse, telefoneando a una antigua amiga suya. No obstante, mientras escuchaba el sonido del timbre del teléfono del apartamento de la muchacha, miraba, fijamente, la enorme gorra de marino que se hallaba encima de su escritorio. Para cuando la joven contestó el teléfono, las manos de Paul temblaban, y gruesas gotas de sudor frío rodaban por su cara.

—¡Hola, Eileen! —dijo, con voz cortada, titubeando—. Habla Paul Chadwick. Supongo que todavía te acuerdas de mí... ¿De veras? ¡Qué bueno! Sin embargo, creo que te he llamado en un momento inoportuno, ¿verdad? Probablemente estés ocupada, pero yo quería saber si podríamos salir juntos esta noche; o si no puedes ahora, estaría bien en cualquier otra ocasión.

Naturalmente, con aquella introducción digna de un pequeño ratón asustado, Paul obtuvo la respuesta que merecía.

En realidad, se sintió casi aliviado al escuchar aquella contestación.

—¿Sí vas a estar ocupada esta noche? ¿Vas a lavar tus medias...? ¡Bien! ¿Te parecería bien que volviera a llamarte dentro de una semana, poco más o menos...? ¡Gracias, Eileen! —concluyó Paul.

Colgó el teléfono y se encorvó más todavía en su silla giratoria, mirando la gorra de El Magnífico, con expresión desesperada.

El aparato intercomunicador que estaba a su lado zumbó en ese momento. Paul oprimió el botón, y preguntó, tímidamente:

—¿Qué hay, Dorothy?

La mujer contestó:

—Aquí está el señor Michel Boullard, que desea verlo, señor. Dice que es urgente, pero no tiene cita.

—¿Boullard?

Paul titubeó, y luego, decidió que tal vez podría hablar con él sin problema alguno.

—¡Está bien! —aceptó—. Hágalo pasar.

Un momento después, Michel entró en la oficina, cerrando la puerta tras de sí. Durante algunos instantes, permaneció callado, mientras examinaba, tristemente, a aquella piltrafa humana, que era lo único que quedaba de lo que había sido en otra época, ya remota, Paul Chadwick.

Paul sacó ventaja del silencio del abogado para murmurar, rápidamente, lo que tenía que decir:

—Si ha venido usted para averiguar cómo van progresando las cosas con respecto a su hija, olvídense del asunto. Decidí abandonar ese proyecto. Lo siento, pero tengo demasiados asuntos pendientes para desperdiciar mi tiempo en...

—Señor Chadwick —le interrumpió Michel, amablemente—, yo sé lo que ha ocurrido.

Paul se encogió todavía más en su asiento, y eludió la mirada del abogado.

—¡Oh! ¿Lo sabe? —preguntó.

—Sí. De hecho, estoy enterado de muchas cosas al respecto, que usted ignora. Por eso he venido: para informarle de todo lo que no sabe.

Michel tomó asiento y procedió a revelar la historia completa de las decepciones de Lauren.

Mientras contaba todo aquello, se operó gradualmente una transformación en Paul.

Dejó de encogerse en la silla; luego, lentamente fue sentándose más erguido. Levantó poco a poco los hombros, y sus manos dejaron de temblar.

En el momento en que Michel llegó a la parte que se refería a la intervención del conserje en el acto de desnudarlo y colocarlo en la cama de Lauren, Paul ya había recobrado su antigua personalidad. El color había vuelto a sus mejillas, la posición de su boca era firme y había un brillo frío en sus ojos entrecerrados.

Precisamente a causa de la expresión que Michel vio en sus ojos, fue que se atrevió a decirle una pequeña mentira. Después de todo, ¿por qué habría de correr el riesgo de recibir un puñetazo en plena cara?

—Conque así fue como Lauren descubrió que no le había ocurrido nada en mi apartamento, en aquellas dos noches, ¿eh? —Gruñó Paul—. ¡Étienne se lo dijo!

Michel extendió la mano, en actitud de inocente asombro.

—Yo quedé tan admirado de su perfidia como usted —dijo—. El amigo de mi niñez, arruinando nuestro maravilloso plan... ¡Oh! No puedo comprender por qué lo

hizo..., excepto, tal vez, que haya sentido pena por ella.

—¡Sentir pena por ella! Pena por esa malvada...

Paul miró con genuino desdén la gorra de capitán que estaba en su escritorio, sin sentir el menor temor hacia ella.

—El Magnífico... ¡Bah! —exclamó, dejando caer el puño sobre la gorra.

—Sí —dijo Michel—; sólo fue un producto de la imaginación de mi hija. Debo decir, sin embargo, que me anima, en cierta forma, el descubrir que posee tanta imaginación.

—Voy a desquitarme de ella —juró Paul, con ansiedad—, aunque me lleve el resto de la vida.

Michel asintió, feliz.

—Hay una manera muy simple para conseguir eso, hijo mío —dijo.

Paul se puso en pie de un salto, frunciendo el ceño, suspicazmente.

—¿Qué acaba usted de decir? —preguntó—. ¿Hijo mío? —rodeó el escritorio y avanzó hacia Michel, adoptando una actitud casi amenazadora—. Yo sé que usted no es sacerdote —dijo—. Entonces, ¿qué tiene pensado?

Michel sonrió bondadosamente, tratando de calmar a Paul.

—Es un término afectuoso que algunas veces emplean los suegros —explicó.

Paul no se calmó y se irguió enfrente del abogado, mirándolo furiosamente.

—¡Miserable conspirador! —exclamó—. Cuando acudió a mí, con lágrimas en los ojos, suplicándome que le hiciera un favor, tenía pensado algo venal y asqueroso. Debería haberlo sabido. Desde aquel día, usted estaba preparando un complot para llegar a esto...

—Le aseguro —replicó Michel, interrumpiéndolo— que mis intenciones eran sumamente honorables en aquella ocasión. Sin embargo, han ocurrido sucesos imprevistos desde entonces; y, ahora que usted habla de vengarse, yo le ofrezco la solución perfecta.

—¿El matrimonio?

Michel señaló las ventajas:

—Su víctima estará encadenada a usted de por vida y se encontrará a su merced día tras día..., y también noche tras noche. Jamás se hallará a más de un paso de distancia, estando imposibilitada de escapar a su juramento de venganza.

—Usted es un tipo peligroso —comentó Paul, lentamente—. ¡Hace que eso me parezca atractivo!

—¡Hazla sufrir por lo que te hizo, hijo mío! ¡Cásate con ella!

—Me ha lavado el cerebro perfectamente. Ha vuelto a decirme hijo mío..., ¡y mi estómago no se revolvió! ¡Vaya!

Paul se dirigió a la pequeña cantina portátil que se hallaba en un rincón de su oficina, y se sirvió una copa de whisky.

Se aconsejó que debía ser muy cuidadoso en esos momentos. Aquel tramposo francés tenía una manera muy especial de hacer que la proposición más descabellada pareciese lógica e inevitable, y sus poderes de persuasión eran, aparentemente, casi hipnóticos. ¡Aquello debía ser el motivo! Paul no pudo imaginar otra posible razón de que estuviera tomando en consideración aquello.

Vació la copa y se volvió a Michel.

—Algo malo me está ocurriendo y no sé cómo combatirlo —dijo.

—Entonces, ¿por qué lo intentas?

—Porque tengo la noción de..., de...

Paul hizo una pausa, meditando sobre el asunto.

—¿Me casaría con ella... para toda, toda la vida? —preguntó.

Michel sonrió.

—¿Tan mal suegro te parezco?

Paul lo examinó durante algún tiempo, y luego, contestó, sinceramente.

—Usted es un viejo fraudulento, evasivo y precavido, pero agradable, y puedo aceptarlo como suegro. Pero ¿cómo mantendríamos a su hija al margen de esto? Ella es una mujer fría, vengativa, cruel y obstinada.

—Ella trabaja todos los días y va a muchas asambleas. ¿Con cuánta frecuencia tendrías que verla?

—Quedan los domingos —arguyó Paul.

Michel se encogió de hombros al oír aquello.

—Ella estará ocupada persiguiendo a los niños por el parque —dijo.

Paul retrocedió.

—¿Va a ser el Ella la madre de mis hijos? —preguntó.

Michel se puso de pie, presintiendo que estaba por llegar el triunfo.

—¡Naturalmente! —respondió—. Manténla embarazada todo el tiempo. Eso la humillará.

—Pero... Pero ¡a mí no me gusta ella!

—El embarazo será parte de tu venganza.

Michel estiró una mano enfrente de su estómago.

—¿Qué problemas podrá causarte, mientras ande contoneándose por todas partes, con la panza hasta aquí? —preguntó—. Le costará un gran esfuerzo simplemente el sentarse —se acercó a Paul y colocó una mano encima de su hombro—. Confía en mí y ve a buscarla —sugirió.

Paul trató de no perder terreno.

—¡Oh, no! —replicó—. Entonces, yo me convertiría en otro Arnold. Ella tiene que ceder y buscarme a mí. Dejemos que nos demuestre que es una mujer.

Michel se dio cuenta de que Paul tenía razón, y meditó un poco al respecto.

—Tal vez si ella piensa que vas a fugarte con otra mujer... —sugirió.

—Ella nunca lo creería —repuso Paul—. A estas alturas, está convencida de que temo tocarlas. No... De nada serviría otra mujer en este caso.

Michel abrió los brazos, desesperado.

Desafortunadamente, no tienes alternativa... ¡No puedes fugarte con un hombre!

Paul quedó paralizado, mirando fijamente al abogado.

—¿No? ¿Y por qué no?

—¡Monsieur!

Sin embargo, Paul tenía en los labios una sonrisa diabólica y estaba como hipnotizado por lo engañoso del plan, de manera que olvidó lo que podía sucederle en caso de tener éxito.

—Ella es psicóloga —explicó—, y según sus predicciones, eso es lo que debería ocurrirle a un individuo cuya personalidad de hombre fuese aplastada.

Mientras más pensaba en aquella idea, más atractiva le parecía.

—¡Sí! —Exclamó al fin—. Después de lo que me hizo, creerá en esto.

Capítulo 14

PAUL TOMÓ EL RESTO del día libre y abandonó su oficina en compañía de Michel. Al salir del edificio se separaron: el abogado se dirigió a su hotel a esperar, y Paul se fue a su apartamento.

Cuando entró en el vestíbulo, Paul caminó directamente hacia el escritorio donde estaba el conmutador, y preguntó:

—¿Le gustaría pasar la noche conmigo, en un motel Mickey?

Con un rápido movimiento de la mano, la mujer arrancó todas las clavijas del tablero, se quitó los audífonos y se puso en pie de un salto.

—Mire, señor Chadwick —contestó—, yo no soy del tipo de chica a quien se le pueden decir cosas como ésa, a menos que se hable en serio.

—Yo hablo en serio.

Mickey volvió a sentarse.

—Deme un minuto: llamaré a mi madre para contarle la buena noticia —dijo—. Ha estado esperando esto durante mucho tiempo. ¿Nos iremos inmediatamente?

—No; más tarde, esta noche. Pero, primero, deseo que se corte el pelo.

—Lo que usted diga. ¿Quiere que me afeiten?

—No; simplemente que se lo dejen corto. También va a necesitar ropa.

—Yo tengo lo necesario —le aseguró Mickey, rápidamente—: un traje de noche descotado que...

—Iremos a la tienda «Brooks Brothers» —la interrumpió Paul—. Quiero conseguirle un bonito traje de negocios, para hombre, de estilo conservador.

Mickey frunció el ceño.

—¿Un traje de hombre? ¿Adónde vamos a ir esta noche?, ¿a un baile de disfraces? —preguntó.

—Se lo explicaré en el camino —le indicó Paul.

Y así lo hizo.

Mickey aceptó todo de buen grado. Al anochecer, los dos estaban de regreso en la estancia del apartamento de Paul. Mickey, con el cabello ya recortado y vistiendo un traje masculino muy elegante, posó para ser juzgada por Paul.

—¡Estás muy bien, Mickey! —opinó el hombre.

Sin embargo, continuó criticándola con una mirada ligeramente preocupada. Aun con el cabello corto y sin maquillaje, tenía un aspecto algo femenino.

Paul tomó un sombrero y lo colocó en la cabeza de la mujer. Aquello dio el resultado apetecido. Con el sombrero puesto, Mickey parecía un hombre pequeño y delgado.

—Ahora sí podrás representar el papel —le informó Paul, aliviado—; y créeme, Mickey: te agradezco esto. ¿Comprendes por qué tengo que hacerlo?

—Seguro: tienes que ser visto saliendo en compañía de un hombre.

—¡Exactamente!

—Para que ella te siga.

—Acertaste otra vez —dijo Paul—. ¡Ojalá que esto no te haga sentir incómoda!

—No. —Mickey sonrió—. Esto me parece romántico —agregó—. Yo siempre quise formar parte de un triángulo amoroso; pero, en verdad, nunca imaginé que acabaría siendo el otro hombre.

Paul rio y le dio una afectuosa nalgada. Luego, se dirigió al teléfono y marcó el número de Michel Boullard.

—¡Bien, Boullard, ya estamos listos! —le dijo.

—¡Bueno! —Respondió el abogado—. Me apresuraré a informar a Lauren.

Paul colgó y se volvió a Mickey.

—¡Bien, vamos! —ordenó.

Los dos recogieron sendas maletas y salieron del apartamento rumbo al elevador.

Abajo, en el vestíbulo, se encontraba mamá Plum ante el escritorio del cajero, pagando su cuenta para irse; al entregarle aquel hombre un recibo sellado, la mujer se volvió a Arnold.

—Me sentiría mejor si regresaras conmigo a West Palm Beach —refunfuñó—. Nueva York es un sitio de perdición, hijo; aquí no se puede confiar en las mujeres.

Arnold asintió, enfáticamente.

—Admito que Lauren fue una desilusión para mí —dijo—; sin embargo, voy a mudarme al club masculino del que te hablé. ¡Allí estaré seguro!

Paul y Mickey salieron del ascensor y pasaron junto a ellos sin prestarles atención. Cuando se dirigían hacia la salida del vestíbulo, el hombre dirigió a su acompañante una mirada de agradecimiento y le dijo:

—Mickey, eres un ángel. Nunca olvidaré lo que estás haciendo por mí.

Impulsivamente, Paul se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Mamá Plum miró aquella escena por encima del hombro de su hijo y se asombró al ver lo que parecía ser un hombre besando a otro.

Tomó el brazo de su hijo con todas sus fuerzas, y llegó a una decisión:

—¡Tú vienes ahora mismo a casa, Arnold! En esta ciudad no estarías seguro ni en el club masculino.

Paul acompañó a Mickey fuera del edificio, hizo una seña al taxi que estaba a corta distancia, en la misma cuadra, esperándolos, y se volvió hacia el portero.

—Si alguien pregunta por mí, Matt —le dijo—, estaré en el motel Stardust, de Long Island, hasta mañana.

El portero asintió, dándose por enterado.

—Motel Stardust —repitió—. Sí, señor.

El taxi se estacionó justamente enfrente del dosel; el chófer era Harry. Todo lo

que sabía y todo lo que le interesaba al respecto era que Paul le había telefoneado a la oficina de taxis y le había dicho que la guerra de liberación se reanudaría. El tono de vida renovada que había en la voz del jefe, a quien Harry había creído muerto para el mundo, hizo que el chófer saliera de su estado de abatimiento y que acudiera apresuradamente.

Paul y Mickey se acomodaron en el asiento posterior, mientras el portero metía las maletas en la cajuela. La puerta se cerró y Harry emprendió la marcha en su taxi, dirigiéndose hacia el túnel de Midtown, rumbo a Long Island.

Paul se recostó cómodamente.

—Harry, quiero presentarte a Mickey, una de mis mejores amistades —le informó.

Harry miró a Mickey en el espejo retrovisor.

—Gusto en conocerte, compadre —dijo.

Paul sonrió.

—Mickey no es hombre, sino mujer... ¡Una gran mujer! —aclaró.

Harry observó asombrado la cara que se reflejaba en el espejo.

—¿Es una chica? —preguntó.

—¡Ajá! Quítate el sombrero y demuéstreselo, Mickey.

La mujer obedeció.

Harry examinó su imagen en el espejo retrovisor.

—Todavía no estoy convencido.

Rápidamente, Paul explicó el motivo de que Mickey estuviera disfrazada de hombre.

Harry quedó impresionado.

—¿Quieres decir, Paul, que ella desea ayudar a nuestra causa, aun en contra de una de su mismo sexo? —preguntó.

—¡Seguro! Mickey no es como la mayoría de las mujeres. A ella le gustan los hombres. ¿Verdad, Mickey?

La mujer asintió vigorosamente.

—¡Los adoro... Cada vez que tengo oportunidad! —contestó.

—Harry —afirmó Paul, con sinceridad—, si todas las mujeres fueran como Mickey, la guerra de los sexos terminaría y habría solamente paz.

—Es extraordinaria —admitió Harry, mirando nuevamente a Mickey en el espejo retrovisor.

Después, le habló, titubeando:

—Tal vez podamos salir juntos alguna noche.

—Cualquier noche —contestó, ansiosa, Mickey.

Paul empezó a gozar de su papel de promotor.

—Esta joven es simpática, amorosa, devota, fiel —comentó—. ¡Será una buena

esposa!

Harry asintió, pensativo.

—Podría ahorrarme mucho dinero con una chica como ella —dijo—; ya que podría darle mi ropa.

Paul siguió convenciendo a Harry de las virtudes de Mickey, mientras el vehículo atravesaba el túnel, hacia Long Island.

Lauren iba sentada, inmóvil, en el taxi que la conducía, junto con su padre, hacia el apartamento de Paul; se mordía continuamente el pulgar y la consumía la culpa... y una ansiedad cuya causa no podía admitir ni siquiera ante sí misma.

—Estoy rezando porque no sea demasiado tarde para detenerlo —murmuró—. Jamás me perdonaré el haber convertido a un hombre normal y saludable como Paul en...

—No comprendo por qué estás tan inquieta —le dijo Michel, con fingido asombro—. Cuando Étienne me comunicó la noticia, yo creí que ibas a alegrarte muchísimo; por eso fue que me apresuré a informarte de todo.

Pero Lauren no le escuchaba, porque se encontraba demasiado abstraída con sus propios pensamientos temerosos y sus emociones confusas.

—¡Yo quebranté su espíritu! —se reprendió, con voz débil—. Lo llevé demasiado lejos.

En aquel momento, su taxi llegó al frente del edificio de apartamentos de Paul. Michel asomó la cabeza por la ventanilla y llamó al portero.

—¿Todavía no ha salido *monsieur* Chadwick? —le preguntó.

El portero atravesó la acera, aproximándose al taxi.

—Sí, señor. Él dijo que pasaría la noche en el motel Stardust, de Long Island.

—¿Iba solo? —inquirió Lauren.

—No... Salió con un hombre; era un tipo de aspecto extraño. Algo joven, supongo. Ni siquiera había comenzado a salirle la barba todavía.

—¡Llévenos a Long Island! —Le gritó Lauren al chófer del taxi—. Al motel Stardust... ¡De prisa!

Durante el trayecto hacia Long Island, Lauren permaneció rígida en su asiento, con los puños apretados encima de la falda, tratando de dominar sus debilitados nervios. Michel iba sentado junto a ella, en silencio, teniendo mucho cuidado en mantener su cara inexpresiva, para disimular la alegría que abrigaba en su interior. Él reconocía la forma magistral en que Paul había preparado la trampa. El hecho de que el estadounidense no pareciera darse cuenta de que también él iba a ser capturado en la misma trampa hacía que el asunto resultara sumamente agradable.

En el momento mismo en que el vehículo se detuvo enfrente del motel Stardust, Lauren bajó de un salto y corrió hacia la entrada. Pasó apresuradamente junto a otro

taxi estacionado, sin fijarse en Harry, que se encontraba sentado detrás del volante.

El chófer del taxi, en cambio, sí se fijó en ella, porque había estado aguardando a que se presentara.

Y en cuanto la vio penetrar en el vestíbulo del establecimiento, dio la señal convenida, haciendo sonar dos veces la bocina.

Dentro de la estancia del cuarto matrimonial, que se encontraba en el primer piso, Paul escuchó la señal y comprendió. Se volvió hacia Mickey, que estaba haciendo una llamada telefónica a su madre, y le dijo:

—¡Date prisa: ya llegó!

Mickey asintió, y luego, dijo en la bocina:

—¡Bueno! Mamá..., habla Mickey. Tengo que decirte todo rápidamente: Estoy en un motel, en Long Island. Acabo de conocer al hombre más maravilloso del mundo, se llama Harry...

Escuchó atentamente durante unos momentos.

—No... No está en la habitación —respondió—. Se encuentra afuera, en el taxi.

Guardó silencio nuevamente, escuchando, y luego, dijo:

—¡Deja de preocuparte, mamá! ¡Él no va a marcharse de aquí solo!

Paul le hizo señas, impaciente.

—Te llamaré después —dijo Mickey a su madre y colgó el teléfono.

Paul abrió la ventana que daba a un patio.

—Será mejor que salgas por aquí —dijo.

—¿Debemos esperarte? —le preguntó la mujer, mientras salía por la ventana.

—No. Vete con Harry para que se conozcan mejor. Él cree que eres toda una mujer.

—Sí... Pero ¿cuánto tiempo podré engañarlo? Algún día tendré que ponerme un vestido.

Llamaron frenéticamente a la puerta de la habitación. Paul cerró la ventana y gritó:

—¿Quién es?

—Soy yo —gritó Lauren desde afuera—, la doctora Boullard.

—¡Márchese! —replicó Paul con voz angustiada, mientras atravesaba el cuarto.

—Por favor —suplicó Lauren—, abra. Tengo que hablar con usted.

Paul tenía una expresión resignada y aburrida en el rostro, al abrir la puerta.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

Lauren lo empujó y entró, recorriendo todo con la vista, rápidamente.

—¿Dónde está su..., este..., su acompañante? —inquirió.

—Mickey acaba de salir a comprar comestibles.

—¡Ah!

En realidad, lo que Lauren comprendía era que aquélla era una situación

desesperada que requería medidas también desesperadas. Cerró la puerta y dio vuelta a la llave en la cerradura.

Paul tenía aspecto asustado.

—¿Qué hace usted? —preguntó.

—Trato de impedir que usted cometa un error trágico —explicó Lauren y dejó caer la llave por el escote de su vestido.

—Deme esa llave, por favor —suplicó Paul, muy débilmente.

—Usted sabe dónde está —replicó la mujer, con intenciones de curarlo.

—¡No me haga esto! —gimió Paul.

Solamente había una manera de que Lauren reparase el daño que le había hecho a Paul.

—Yo estoy de su lado —le dijo, fervientemente—, y quiero ayudarlo, señor Chadwick. Si quiere usted esa llave..., ¡tómela!

Paul extendió parcialmente una mano temblorosa hacia la mujer. La mano se detuvo a pocos centímetros del busto de Lauren.

—¡No puedo! —gritó el hombre.

—¡Inténtelo, por favor!

Paul estiró un poco más la mano, tocó a la joven y en seguida la bajó a un lado.

—¡Es inútil! —exclamó desesperado y le volvió la espalda a Lauren.

—No debe darse por vencido tan fácilmente —insistió la mujer, luchando porque él la aceptara.

Pero Paul bajó los hombros y se mantuvo de espaldas hacia la joven.

—Es mejor de esta manera —dijo—. Así no hay conflicto, ni competencia, ni tengo que superar a El Magnífico.

—Nunca existió El Magnífico; yo lo imaginé.

—No trate de consolarme... ¡Yo fracasé!

—Una sola vez. Eso nada prueba.

Paul agachó la cabeza.

—Lo intenté con otras después de usted, y siempre ocurrió lo mismo... Empezaba a temblar, se me revolvía el estómago, y después, ¡la huida!

—El mal está en su mente.

—Temo que sea demasiado tarde para curarme, doctora. ¡Oh! ¿Por qué no regresa Mickey?

Lauren, desesperada, lo rodeó hasta quedar enfrente de él, y le dijo:

—¡No es demasiado tarde! Usted tiene que luchar.

—¿Por qué?

—En otra época, usted fue un hombre magnífico. Las mujeres suplicaban por sus atenciones.

Paul sonrió tristemente, recordando sus pasadas glorias, y replicó:

—Parece que eso fue hace mil años... Entonces, yo abrazaba a las mujeres y ellas se derretían en mis brazos.

Lauren tomó los brazos de Paul, los colocó alrededor de su cintura y se apretó contra él.

—¿Lo ve? —preguntó—. Yo me estoy derritiendo.

Paul siguió haciendo memoria:

—Luego, las besaba, y se les ponía la carne de gallina —prosiguió.

Lauren sujetó la cara de Paul entre sus manos, hizo que la bajase y lo besó apasionadamente. Entonces, señalando uno de sus brazos, exclamó:

—¡Mire, tengo la carne de gallina!

—Después, yo... Yo...

La voz de Paul se apagó cuando los recuerdos de aquella época de oro no acudieron a su mente.

—Trate de recordar —le animó Lauren, con insistencia apremiante.

Hizo el intento, frunciendo las cejas a causa del esfuerzo realizado.

—Yo —continuó— bajaba el cierre de sus vestidos...

Lauren tomó la mano de Paul y la colocó un poco abajo de su nuca, donde estaba el broche del cierre de cremallera de su vestido, y le dijo:

—¡Ya está!

—Mi mano tiembla.

—¡Adelante, bájela! —ordenó Lauren.

Paul, obediente, bajó el cierre completamente. Luego, abrió desmesuradamente los ojos, sorprendido.

—¡Lo hice! —exclamó.

—Naturalmente —contestó Lauren, feliz—. ¿No comprende que está ocurriendo algo maravilloso?

—¡Ajá! Pero no puedo creerlo.

—No se detenga ahora. ¿Qué ocurría en seguida?

—Las alzaba —musitó Paul, y unió la acción a la palabra, levantando a Lauren en sus brazos.

—¡Sí! ¡Sí! —Gritó la mujer, infundiéndole valor—. Y, ¿entonces?

—Las llevaba... Las llevaba a...

Nuevamente pareció que la memoria le fallaba y miró en torno suyo, frunciendo el ceño.

—Pero ¿a dónde? —preguntó.

—¿A la alcoba? —sugirió ansiosamente Lauren.

—¡Eso es, a la alcoba!

Paul atravesó la estancia a grandes pasos, llevando a Lauren a la recámara.

—Ya estoy recordando todo —afirmó.

—No olvide un solo detalle —musitó Lauren, mientras Paul la depositaba en la cama y se inclinaba sobre ella.

El teléfono sonó.

Los dos lo miraron furiosamente.

El teléfono volvió a sonar, en forma imperiosa.

Frunciendo el ceño con furia, Paul lo descolgó y gruñó:

—¿Sí?

En el pequeño vestíbulo del motel, Michel estaba parado ante el escritorio del recepcionista, sosteniendo un teléfono contra su oreja.

El encargado del establecimiento se encontraba parado detrás del escritorio, observando con curiosidad y escuchando atentamente, mientras Michel hablaba con mucha formalidad por teléfono:

—Habla el padre de Lauren, *monsieur* Chadwick. Estoy en el vestíbulo. Sé que nos agradecería a los tres reunimos en un momento como este..., para discutir el contrato matrimonial. Espero que esto no parezca anticuado, pero, hasta que tenga lugar la boda, Lauren irá a casa de unos amigos. Sin embargo, nosotros estaremos juntos constantemente. ¡Ojalá pudiese decirte lo que siente mi corazón, hijo mío!

Michel colgó, con una sonrisa de satisfacción.

El dependiente sonrió cínicamente y preguntó:

—¿Qué siente tu corazón, papá?

—El padre de una muchacha —le contestó Michel— no puede confiar en un sistema como el de las tarjetas de crédito. Las líneas aéreas ofrecen, por ejemplo: «Vuele ahora, pague después». ¿Qué pasaría si el futuro esposo no disfrutara del vuelo?... Entonces, yo me quedaría con un aeroplano solterón.

Capítulo 15

ALGUNOS AÑOS DESPUÉS, Paul y Michel se encontraban de pie en el pasillo de la sala de maternidad de un hospital, contemplando orgullosos, a través de la ventana de observación, a un bebé recién nacido que se hallaba en una cuna.

—¡Ah, los recién nacidos son el pasaporte del hombre a la inmortalidad! —comentó Michel, feliz.

Paul le envió un beso al bebé.

—La nena se parece a Lauren —comentó.

—Es maravilloso tener una nieta —afirmó Michel, entusiasmado. Hizo una breve pausa, y luego, añadió—: ¡Solamente hay un goce más completo!

Paul se entiesó, manteniendo los ojos fijos en la nena.

—¡No más favores! —advirtió.

—¿Qué te estoy pidiendo, Paul? ¡Solamente un nieto!

Paul se negó a mirarlo todavía.

—¡Olvídelo!

—Un pequeñín, de mi propia carne —suplicó Michel, con voz sofocada—, para que llore por mí cuando me haya ido.

—Contrataré a unas plañideras profesionales.

—Te lo ruego: dame un nieto. ¡Hazme un último favor!

Paul cometió el error de mirarlo a la cara: los expresivos ojos de Michel estaban llenos de lágrimas.

Paul bajó los hombros, derrotado.

—¡Está bien, está bien! ¡Pero esta será definitivamente la última vez! —afirmó.

Se volvió hacia cinco niñas que se hallaban en el pasillo, detrás de él, cuya edad variaba desde los seis hasta los dos años.

—Vamos a ver a mamá, hijitas —les dijo.

Michel, agradecido, puso la mano en el hombro de Paul.

—Mientras no llegue a la tumba, recordaré esto —dijo.

—Al paso que voy —replicó Paul, sonriendo— llegaré antes que tú al cementerio.

FIN



MARVIN H. ALBERT (1924-1996). Nace en Philadelphia, Pennsylvania, EE.UU. el 22 de enero 1924. Fue oficial de marina y periodista para la revista Look, antes de convertirse en uno de los más famosos y cotizados guionistas del mundo. Ha escrito argumentos para: Rock Hudson, Frank Sinatra, Anthony Quinn y otros grandes de la pantalla. Entre las decenas de guiones debidos a su pluma basta citar *La Pantera Rosa*. Cabe destacar también el éxito que logró al novelizar varios films, entre ellos: *Un favor muy especial*.

Iguales éxitos conquista al pasar a la narrativa pura. Fue un escritor de misterio, crimen y aventura destacando en todos los géneros, incluyendo el Western. «Uno de los más fascinantes y poderosos narradores de nuestra época», ha dicho de él el Evening Tribune. Y el Evening Dispatch le considera «un autor que sabe combinar aventura y suspense con una narrativa de gran categoría». Vivía alternativamente en Nueva York y en el sur de Francia.

Durante la Segunda Guerra Mundial Albert sirvió en la Marina Mercante EE.UU. y comenzó a escribir a tiempo completo, gracias al éxito de su novela: *The Law and Jake Wade*. A veces escribió bajo seudónimos como Albert Conroy, Ian McAlister, Nick Quarry y Anthony Roma. Los escenarios para sus novelas son: Francia, Miami y el Viejo Oeste. Muere en Menton, Francia, el 24 de marzo 1996.

Notas

[1] FECES: Gorro rígido, circular, semi cónico, utilizado en algunos lugares de la India y países árabes.

N. del E.D. <<

[2] SLACKS: pantalones flojos, holgados, informales / Bermudas / Pants de deporte.

N. del E.D. <<